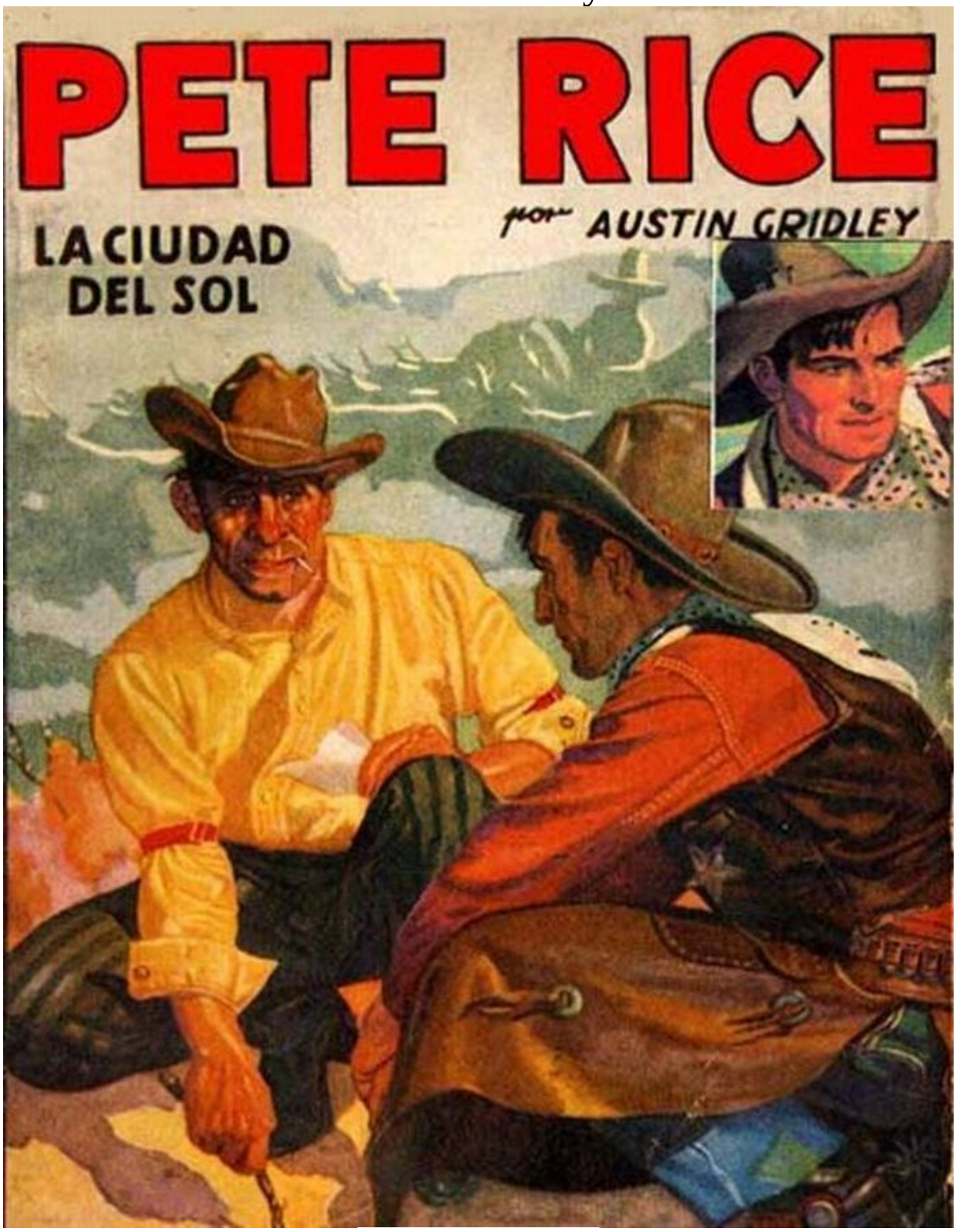
La ciudad del sol
Austin Gridley



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA SENDA MISTERIOSA

El jinete no economizaba las fuerzas de su caballo ni las suyas. Los herrados cascos del animal batían rítmicamente la tierra, levantando, de vez en cuando, fugaces chispas de las graníticas rocas.

Los herbosos terrenos, con sus grandes matas de artemisa, única vegetación de aquel lugar, habían quedado ya atrás.

La vasta desolación del desierto, hogar de las serpientes de cascabel, de los escorpiones y, a veces, de hombres más terribles y venenosos que estos animales, se extendía, entonces, ante él.

Por entre los cactos, mezquites y palos verdes que, como martirizados fantasmas, se erguían en la inmensa planicie, el viento susurraba, levantando nubes de finísima arena.

Para librarse de ella el jinete se tapó la boca con el rojo pañuelo que llevaba anudado al cuello.

Por su aspecto parecía un vaquero. Al verle mirar tan fijamente la tierra, cualquiera hubiese creído que seguía la pista de alguna ternera extraviada; pero no eran de aquella clase las huellas que buscaba el hombre, sino de cascos herrados.

Por fin logró dar con ellos, y tras una breve vacilación, se dispuso a seguirlas, dirigiéndose hacia el Suroeste por entre macizos de espinosos cactos y chollas.

Las millas fueron quedando atrás, convertidas en nubes de polvo. Llegó el ocaso y, seguidamente, cayó la noche como negra cortina de rico terciopelo.

En el firmamento se encendieron millares de estrellas, que proyectaban sobre el desierto su pálida y fría luz.

El sofocante calor se fue convirtiendo, gradualmente, en frío, a pesar de lo cual, jinete y caballo estaban bañados en sudor.

El hombre quitóse el sombrero de <diez galones> y, con el enorme y rojo pañuelo que horas antes le sirviera para defenderse del polvo, enjugóse el rostro y la badana del sombrero.

A poca distancia veíase una solitaria colina, perdida en la llanura. Una raquítica vegetación de espinosas plantas cubría sus resecas laderas.

Al pie de esta colina brillaba un puntito de luz, que hubiera podido tomarse por una gigantesca luciérnaga.

El jinete se levantó sobre los estribos y sus ojos taladraron la oscuridad.

Lanzó un suspiro de alivio, y, picando espuelas, avanzó más rápidamente, hasta que, por fin, el puntito luminoso se convirtió en una hoguera, claro indicio de que algún caminante había establecido allí su campamento.

El magnífico garañón fue obligado por su dueño a abandonar la senda e internarse entre la salvaje vegetación, que hería en vez de acariciar.

El jinete se detuvo a unos treinta metros del círculo de luz de la fogata. El que la había encendido podía ser un amigo, pero también podía no serlo.

En aquellas soledades era preciso no correr riesgos innecesarios. Las manazas del vaquero se posaron sobre las nacaradas culatas de los Colts del 45, que descansaban en sus fundas, y gritó:

-¿Eres tú, Carver?

La voz que contestó era, indudablemente, la de un hombre muy viejo.

-No. Soy Alec MacDonald. Acérquese al fuego, forastero. ¿Tiene tabaco?

El cuerpo del jinete perdió su rigidez. Acababa de reconocer la voz de un viejo buscador de oro, que varias veces había estado en la «Quebrada del Buitre» para comprar lo que necesitaba.

El jinete saltó al suelo y, acompañado del argentino tintinear de sus espuelas, se acercó a la hoguera con la sonrisa en los labios.

-¿Cómo va eso, Alec? -saludó-. ¿Has encontrado algo de oro estos días?

Un hombrecillo calvo y de blanca barba levantó la vista hacía el recién llegado, percibiendo entonces los destellos que la llama de la hoguera arrancaba a la estrella que el desconocido llevaba prendida en el chaleco.

-¡Por los clavos de Cristo! ¡Pero si es Pistol Pete Rice! -exclamó-. No, hijo mío -siguió inmediatamente-, no he encontrado ni una sola pepita, ni tampoco una brizna de tabaco.

Los dos hombres se estrecharon las manos, luego, Pete Rice sacó una bolsita y se la tendió al minero, diciendo:

-Por lo menos encontrarás tabaco. Puedes guardártela, Alec. Mañana por la mañana volveré a la «Quebrada del Buitre» y podré comprar cuanto quiera. Siento no poder darte del de mascar, pero yo no lo uso.

El viejo Alec sacó una viejísima pipa de enebro, cuyo aroma enrareció el ambiente y mientras la cargaba con todo cuidado, invitó al sheriff.

-Siéntate mientras yo me preparo esta pipa. He olvidado ya el tiempo que hace que no fumo.

Antes de encender la pipa acercó al fuego una abollada y ennegrecida cafetera de hierro, que, en un tiempo, había sido roja. Entretanto, Pete Rice se sacudía con el pañuelo del cuello el polvo que llenaba sus ropas.

-Me quedaré a tomar una taza de café, Alec, y después continuaré el camino.

-¿Que seguirás cabalgando? -exclamó el viejo minero-. ¡Dios santo! A ti sí que se te puede llamar centauro, pues te pasas el día y la noche a lomos de tu potro. Los muchachos se ríen de mí porque soy una rata del desierto, que siempre va detrás de un oro que nunca encuentra. Quizás esté loco, no digo que no; pero me parece mucho mejor mi trabajo que el tuyo, Pete. ¡Siempre detrás de los que viven fuera de la Ley! No, decididamente, no me gusta tu empleo. Algún días terminarás con una onza de plomo en el vientre.

Pete Rice se echó a reír.

-Mi empleo, como tú le llamas, es ideal para conservar la línea y el humor -dijo-. A todos esos sujetos que, según las novelas, se sienten invadidos por el hastío, les daba yo unos meses de mi trabajo, que consiste, como sabes, en estar siempre con los revólveres prestos a salir de sus fundas. Te aseguro que en quince días, o habían muerto, o eran los seres más alegres del mundo. ¡No hay como el tronar de los Colt del 45 para quitar el aburrimiento! Pero, volviendo a lo que has dicho antes, Alec; esta noche no sigo las huellas de ningún proscrito. Tú conoces a John Carver, ¿verdad?

-¿Carver? Sí, le conozco. Esta misma tarde le he visto pasar a caballo. Le pregunté si tenía tabaco y me contestó que no. Con ese penco tuyo le alcanzarás en seguida. Pero, oye, Pete, supongo que ese viejo bribón no habrá hecho nada malo, ¿he?

Pete denegó con la cabeza.

-No, Carver es un hombre que se mantiene dentro de la Ley, sin apartarse ni un ápice de ella. Además, es todo un caballero; se ha educado en buenos colegios y sabe un sinfín de cosas, que ni tú ni yo aprenderemos nunca. Si le busco es porque quiero hablar con él.

Cuando dejó de hablar, el sheriff acercóse a Sonny, su alazán, y le cubrió con una manta para protegerle del frío reinante.

Luego dejóse caer al suelo, junto a la hoguera, y mientras MacDonald sacaba de su petate dos potes de hojalata, él sacó, a su vez, de uno de sus bolsillos una carta. Acercóse al fuego y leyó una vez más:

<Sheriff Pete Rice:

»Buen amigo mío: Antes de emprender otra expedición a las montañas, quería esperar tu regreso para explicarte ciertas cosas interesantes. Jamás se me habría ocurrido escribirte, de

lo contrario. Ante todo quiero decirte que en una de mis últimas expediciones me pareció que unos extranjeros me seguían. Usé toda mi cautela, pero no pude comprobar la certeza de mis sospechas.

»Interesándome arreglar las cosas por si en esta excursión ocurriera algo, deseo que abras la caja escondida en la chimenea de mi casa. Te extrañará quizá que te encargue de esta misión, pero lo hago así porque eres el único en quien tengo completa confianza.

»Te queda agradecido por este favor tu buen amigo:

»John Damon Carver.»

Cuando terminó la lectura, Pete guardóse la carta en el bolsillo de donde la había sacado. Hacía un año que conocía a Carver, que era el tiempo que llevaba el viejo neoyorquino en Arizona a donde acudió para reponer su quebrantada salud.

Para la mayor parte de los habitantes de la «Quebrada del Buitre», Carver era un «viejo bribón».

Pocos se dieron cuenta de que se trataba de un famoso hombre de ciencia, profesor de arqueología de una universidad del Este, y que su nombre era famoso en el mundo entero por sus estudios sobre las ciudades de la antigüedad.

Pero, ¿qué clase de expedición podía haber emprendido Carver?, Y, ¿por qué podía sentir alguien interés en espiar sus pasos?

¿Sería, acaso, una fantasía del extraño profesor? Sin embargo, Pete Rice no creía que fuera así. Hubiese deseado que Carver no hubiera sido tan vago en su carta.

El profesor habitaba en una modesta casa de ladrillo a pocas millas de la «Quebrada del Buitre», donde pasaba el tiempo rodeado de libros, mapas, microscopios y muestras de minerales.

Desde el momento de llegar se dedicó de lleno al estudio de los primeros habitantes de Arizona. Su carácter reservado no le permitió crearse muchas amistades, pero era imposible que un hombre honrado pasase más de un mes en la «Quebrada del Buitre» sin hacerse amigo de Pete Rice.

Mientras el sheriff bebía el hirviente café servido por el viejo Alec, preguntábase, mentalmente, qué significaban las palabras: «Por si en esta excursión me ocurriese algo».

¿Por qué emprendía Carver una expedición secreta a las montañas? ¿Por qué temía no regresar?

No encontrando respuesta satisfactoria a todas estas preguntas, Pete lió un cigarrillo, pero a las tres chupadas lo arrojó nerviosamente al fuego.

A pesar de la insistencia de Alec de que le hiciera un poco más de compañía, quitó la manta que abrigaba a Sonny y saltó sobre la silla, al mismo tiempo que gritaba al viejo rata de desierto:

-Es necesario impedir el crimen antes de que sea demasiado tarde. Hasta la vista, Alec.

-Me parece que pierdes el tiempo, Pete -replicó el buscador de oro-. Ese Carver me hizo el efecto de un tipo excéntrico y medio loco.

-Puede que sea verdad; aunque a mí me parece que Carver no es lo que tú dices, sino un hombre muy leído, que sabe un sinfín de cosas que nosotros no sospechamos siquiera que existan. Bueno, repito: Hasta la vista, Alec.

Y dándole unas palmadas a Sonny en el cuello, el sheriff se alejó al galope.

Pete Rice supuso que el neoyorquino acamparía aquella noche en algún cañón, y esperaba encontrarle antes de que se hiciera de día.

Así fue registrando todos los barrancos que encontraba, buscando las huellas dejadas, al pasar, por su amigo.

Había estado ya otras veces por aquellos lugares y sabía que remontaba la montaña en un camino bastante bueno que conducía a un valle que se hallaba al otro lado.

Para entretenerse buscó una pastilla de goma de mascar que guardaba en uno de los bolsillos: Cuando la hubo encontrado, sus níveos dientes se pusieron a aplastarla metódicamente, dándole multitud de variadas formas mientras seguía buscando la senda que le convenía seguir.

Muchos en su lugar, no hubieran hecho ningún caso de los temores de Carver; pero Pete Rice sentía un profundo respeto por el profesor.

Quizá había ocurrido algo en la <Quebrada del Buitre> mientras él y sus dos comisarios estuvieron en Buffalo Ford liquidando una formidable banda de ladrones de ganado.

Había dejado en la «Quebrada del Buitre» a sus comisarios, Teeny Butler e Hicks «Miserias». Estos dos hombres eran suficiente garantía para el mantenimiento del orden en la «Quebrada», mientras el sheriff iba en segui-miento de Carver.

En aquel momento, Pete Rice llegó a la entrada de un cañón, por el cual soplaba, encajonado, el viento. Como el camino era difícil, el sheriff dejó a su caballo que lo siguiese como su instinto le diera a entender.

Sabía que a una milla de distancia encontraría un puente natural formado por una roca horadada por el río Bonanza.

Una vez allí, hallaría el camino que buscaba y, antes de una hora, habría alcanzado a Carver. Su aguda mirada descubría a cada momento frescas señales del paso de una caballería.

Aquella era una comarca muy solitaria. El único ruido que turbaba el silencio, que el viento hacía más intenso, era el choque de las herraduras de Sonny contra los peñascos que llenaban el camino.

Después, creciendo lentamente a medida que se acercaba al río, el murmullo del Bonanza se dejó oír. A un lado de la senda veíase una pared de piedra de unos quince metros de altura.

El otro lado lo ocupaba un montón de rocas, caídas desde lo alto de los riscos. El lugar era ideal para un emboscada.

La mano derecha de Pete no se apartaba de la funda de su revólver. Era posible que el único ser humano que hubiese por aquellos alrededores fuera, aparte del sheriff, el viejo profesor.

Pero también era muy posible que hubiese varios hombres emboscados en espera de Carver, dispuestos, al mismo tiempo, a quitar de en medio al guardador de la Ley y del orden en aquella región.

El murmullo del Bonanza se había convertido ya en estruendo. Pete estaba casi en la cima del cañón. De pronto Sonny tropezó con un obstáculo y estuvo a punto de caer.

Algo brilló entonces en la oscuridad y, como por arte de magia, el Colt 45 de Pete Rice apareció en la mano derecha del sheriff que, con los ojos entornados, escudriñó los alrededores.

Ya no mascaba chicle; tenía la boca fuertemente cerrada y todo en él revelaba que estaba presto a la lucha.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Tras de una de las grandes rocas, tres fogonazos rasgaron las tinieblas. Las balas erraron el camino y, antes de que brillase la tercera llamarada, el Colt de Pete Rice entró en acción, disparando a su vez contra los relámpagos.

Oyóse un grito de dolor y el 45 que dejó oír su voz allá en las rocas, cesó en su mortífera charla.

Pero desde otro peñasco, en el lado opuesto del primero, un nuevo 45 tomó la palabra. Una de las terribles balas de plomo pasó silbando a pocos centímetros de Pete Rice.

¡Por si el concierto necesitase más instrumentos, un Winchester automático entró en acción a espaldas del sheriff! El tirador no tenía blanco seguro y las balas iban a perderse en la pared del cañón, de la cual arrancaban brillantes

chispas.

-¡Adelante, Sonny!-gritó Pete al mismo tiempo que picaba espuelas. Era necesario alejarse lo antes posible de aquella vecindad, sobre todo, del rifle automático, cuya gran precisión era un peligro para la salud del sheriff de la «Quebrada del Buitre».

Para colmo de males, un nuevo tirador entró en escena. Desgraciadamente, tratábase de un hombre que sabía cómo se debe disparar, y sus balas estuvieron a punto de terminar con la carrera de Pete Rice; pues una de ellas, afortunadamente de plomo, fue a aplastarse contra uno de los cartuchos de la canana del sheriff y otra arrancó un trozo de tacón de una de sus botas.

Como no tenía otro medio de salvarse que la huida, Pistol Pete Rice castigó los flancos de su alazán, el cual partió a toda la velocidad que permitía el estrecho caminejo. El fuego era graneado y las balas silbaban cada vez más cerca. Sólo le quedaba una salvación a Pete Rice; cruzar el puente y escapar por la otra vertiente de la montaña. Una vez allí, a cubierto de los disparos de aquellos asesinos, podría cargar su revólver y tratar de desquitarse.

Era indudable que había varios hombres emboscados; pero lo mismo podían ser diez que veinte, pues Pete no veía a ninguno de sus atacantes.

¡En cambio, ellos podían verle perfectamente! Era, pues, una temeridad permanecer allí, tratando de hacer frente a aquellos enemigos invisibles.

El plomo cortaba el aire con agudo silbido alrededor de Pete Rice. El ancho Stetson voló empujado por uno de aquellos mortíferos moscardones.

Sonny galopaba con todas sus fuerzas bajo el acicate de las espuelas. El puente de roca estaba sólo a unos seis metros.

-¡Animo, Sonny! -gritó el sheriff-. ¡Ya llegamos¡ ¡Ya¡

¡Buuum!

Un terrible estruendo ensordeció a Pete. Fragmentos de rocas poblaron el aire, cayendo sobre jinete y caballo. Una arista de piedra fue a clavarse en la mejilla del sheriff, dejándole el rostro bañado en sangre.

Un trozo de granito, impulsado con la velocidad de una bala de cañón, rozó una de las rodillas, obligándole a hacer un esfuerzo para no lanzar un grito de dolor. Pero, inmediatamente, Pete Rice recobró el dominio de sus nervios.

Apretó las piernas contra los flancos de Sonny y le obligó a avanzar. El noble bruto, después de dar unos pasos, se detuvo al borde de la hendidura, por cuyo fondo corría, rugiente, el Bonanza.

¡El puente natural, obra de infinitos siglos de lenta perforación, había desaparecido!

Mil pensamientos se agolparon en la mente de Pistol Pete Rice. ¡Aquello era imposible! ¡Sin embargo, había ocurrido!

La huida por el puente no se podía ya realizar. Acababa de ser volada aquella maravilla de la Naturaleza.

Los encargados de la operación calcularon mal el momento en que ésta debía producirse. Dos segundos más tarde y, jinete y caballo, habrían volado con el puente.

Sin embargo, todo parecía indicar que la muerte sólo había sido retardada.

El Winchester automático vaciaba un nuevo cargador sobre el sheriff de la <Quebrada del Buitre>. Las balas chocaban cada vez más cerca; por el sendero ascendían varios hombres disparando y lanzando gritos de triunfo.

Pete se volvió. Su Colt disparó la última bala que quedaba en el cilindro, enviándola a alojarse en el cuerpo de uno de los atacantes, que cayó de bruces al suelo.

Guardando el arma en su funda, Rice empuñó el otro revólver. En el mismo instante, una bala pasó rozándole la cara. La mala luz que reinaba en el lugar, impidió al sheriff comprobar si sus disparos hacían blanco en sus enemigos.

Por lo menos obtuvo un resultado evidente, y fue la retirada de los asesinos, que se apresuraron a buscar refugio tras de las rocas.

Durante esta breve pausa, Pistol Pete Rice trató de hacerse cargo de la situación. Estaba cogido en una trampa.

No tenía tiempo de volver a llenar los cilindros de sus dos revólveres. Era verdad que los tiradores eran, en su mayoría, poco diestros, y que la luz era mala; pero, más o menos pronto, alguna bala le alcanzaría.

Nadie es capaz de permanecer inmune en medio de una granizada de balas.

Sólo había un medio de escapar. Lanzarse al río. Cierto que podía morir ahogado, o ser estrellado contra una roca por la impetuosa corriente; pero, al fin y al cabo, había una posibilidad de salvación.

En cambio, arriba no quedaba ninguna.

Hincó espuelas a Sonny, con decisión; pero el caballo retrocedió, asustado, no atreviéndose a dar aquel terrible salto. Pete trató de animarlo:

-¡Vamos, Sonny! ¡Salta!

El caballo relinchó y siguió retrocediendo.

Desesperado, Pete Rice hundió salvajemente las espuelas en los ijares de su alazán. ¡Era preciso correr aquel albur!

Lanzando un salvaje relincho, el caballo se decidió, y, sin vacilar más, saltó al vacío.

CAPÍTULO II
DISTURBIOS EN LA "QUEBRADA DEL BUITRE"

Un hombrecillo rechoncho caminaba por la entarimada acera que bordeaba la calle principal de la «Quebrada del Buitre».

De cuando en cuando dirigía una medrosa mirada hacia atrás, y el cigarrillo que llevaba en la boca temblaba convulsivamente.

Era indudable que el hombre sentíase amenazado por algún peligro.

Desde la barbería de Hicks, dos hombres le observaban atentamente por la abierta puerta. Estos dos hombres, los comisarios de Pistol Pete Rice, tenían por misión observar a todas las personas sospechosas que circulaban por las calles de la <Quebrada>.

Uno de ellos era Teeny Butler, el otro, Hicks «Miserias», propietario de la barbería.

-Ese hombre está asustado por algo- dijo Teeny, con acento marcadamente tejano.

-Por esta vez no te equivocas -asintió el comisario-barbero-. Es el señor Durkey. Debe de temer que alguien le emplome el estómago.

«Miserias» salió a la puerta de su establecimiento y observó atentamente la calle. A cierta distancia se veía otro hombre, que andaba apresuradamente.

Tendría alrededor de un metro ochenta de estatura, los hombros eran anchos, revelando una fuerte complexión, y el rostro mostraba evidentes huellas de una vida en estrecho contacto con los elementos.

Este hombre era, al parecer, el causante del pánico del hombrecillo.

-¡Carape! Durkey viene aquí-anunció «Miserias».

Y así era. Inesperadamente había variado de camino y, a toda prisa, entró en la barbería del comisario.

-¿Qué tal, señor Durkey? -le saludó Hicks-. ¿Qué será? ¿Cabello? ¿Afeitar? Tengo unos cuantos tónicos nuevos para el cabello, y son capaces de hacer salir pelos hasta en una bola de billar.

Pero el llamado Durkey no estaba para charlas. Con pasos recelosos, como un coyote, se dirigió hacia uno de los sillones y se sentó en él.

Estaba mortalmente pálido al decir, contestando a la pregunta del barbero:

-Sí, claro, aféiteme. ¡Pronto! ¡Corra, écheme una toalla por encima! ¡Dese prisa, haga el favor!

-¿Ha estado en la taberna?...-empezó Hícks, dispuesto, como de costumbre, a entablar conversación con su cliente. Pero éste no estaba para perder el tiempo y se apresuró a interrumpirle:

-Sí, sí. Oiga, ¿sabe dar masaje? ¿No? Bueno, es igual, pruebe conmigo écheme una toalla por la cara.

-En seguida, no se preocupe-replicó «Miserias», y dirigiendo una significativa mirada a Teeny, hizo como que iba a buscar una toalla, pero, en realidad, lo que hizo fue acercarse a la puerta y dirigir una mirada a la calle.

El hombretón causante del espanto del señor Durkey acababa de entrar en « El Descanso del Vaquero», la taberna más importante de la «Quebrada del Buitre».

Indudablemente, supuso «Miserias», el hombre, o había perdido la pista de Durkey, o se disponía a esperar que saliese de la barbería, pues en la parte trasera del establecimiento estaba la oficina del sheriff, y nadie se hubiera atrevido a armar allí un alboroto.

«Miserias» regresó al lado de su cliente y se puso a enjabonarle el pálido rostro. Deseaba entablar conversación con él, e hizo todo lo posible por conseguirlo.

Pistol Pete Rice le había dicho que deseaba adquirir cuantos informes fueran posibles acerca de aquel hombrecillo, llegado del Este una semana antes.

Hicks, en sus pesquisas de los días anteriores, se enteró de que Durkey vivía en una casa de adobe, que en un tiempo fue morada de un monedero falso.

Era indudable que aquel hombrecillo, de cara ratonil, no visitaba la «Quebrada del Buitre» para disfrutar del clima y del paisaje.

La manera que tenía de hablar por la comisura del labio convenció a Pete Rice de que era un «pájaro de cuenta».

Sin embargo, no pudo encontrar su fotografía entre las muchas que componían su archivo de «Reclamados por la Justicia».

«Miserias» empezó a suavizar la navaja. El ruido hizo estremecer a Durkey.

Con un ademán cogió el brazo del barbero, y pidió:

-No haga eso, amigo, que me pone los nervios de punta.

El barbero comisario movió la cabeza, diciendo:

-Veo que se le ha metido una «miseria» en el cuerpo. Precisamente ahí tengo una medicina hecha por una india, que le sentará a maravilla. Le hará dormir toda la noche. Le dará un sueño tan profundo como si hubiese detenido con la barbilla un puñetazo de Teeny Butler.

-¿Qué pasa?-preguntó en aquel momento Teeny, quien, sentado en una desvencijada silla, estaba enfrascado en la lectura del Trailler de la «Quebrada del Buitre». A1 dejar el periódico a un lado, el crujido del papel hizo dar un bote en el sillón al señor Durkey.

-¡Por favor! -gimió-. Que mis nervios no pueden resistir más. He visto hoy algo que me ha puesto fuera de mí, y no puedo oír ningún ruido sin sentirme a punto de estallar. ¡Deje tranquilo ese periódico!

Teeny lanzó una carcajada y, excusándose, dijo:

-Perdone, amigo, siento haberle atacado los nervios.

El comisario podía haberse permitido el lujo de mostrarse descortés, pues su formidable musculatura le hacía temible en una lucha cuerpo a cuerpo.

De un leve manotazo hubiera podido enviar al forastero a morder el polvo de la calle. Pero, en su calidad de comisario, Teeny Butler debía ser, y era, cortés.

-Me tiene sin cuidado que lo sienta o no -gruñó Durkey-. ¡Sólo le digo que no vuelva a hacerlo!

-¡Bien, amigo!-replicó, sumiso, Teeny, guiñando un ojo a «Miserias».

Después, su mano derecha se deslizó hacia atrás y de bajo de la silla sacó un largo látigo, que en manos del comisario era una arma terrible.

Tenía un mango corto y el cuero que formaba el látigo era de una desmesurada largura. Con él, Teeny era capaz de hacer caer la ceniza de un cigarrillo sin tocar la cara del fumador.

Más de una vez el comisario se había valido de él para desarmar a algún proscrito que trataba de tomarle por blanco su revólver.

-De manera que sus nervios no funcionaban bien, ¿eh, forastero? -preguntó a Durkey-. ¿Le molesta el crujido del papel de un periódico? Eso no está bien, no debía molestarle un ruidillo tan insignificante. Veamos, ¿qué le parece éste?

El comisario dio al aire un fuerte latigazo, que produjo un estampido semejante al disparo de una arma de fuego.

¡Craaac!

El salto que pegó Durkey le hizo llegar casi al techo.

-¡Déjese de juegos, amigo! -pidió-. Prefiero que haga crujir el periódico.

-Como guste, forastero -replicó Butler, con la misma humildad que antes-. Quería terminar de leer las hazañas de ese Vicente Garza, el rebelde que quiere derribar al gobierno mejicano. Parece que ese hombre está a punto de ser derrotado.

El hombrecillo prestó atención a las palabras del comisario.

-¿Dice eso el periódico?-preguntó.

-Sí. Parece que ese Garza ha reunido un ejército tan numeroso, que no encuentra comida suficiente para alimentarlo. Necesita un millón de pesos para continuar la campaña y por más que hace, no puede conseguirlos robando en los pueblos. Parece que tendrá que dejar de hacer revoluciones y dedicarse otra vez al robo del ganado.

Hicks «Miserias» empezó a afeitar a su cliente. El rapabarbas y comisario estaba dispuesto a hablar del revolucionario Vicente Garza como si le conociese de toda la vida.

El famoso insurrecto hacía varios meses que sembraba el terror por su país natal. Muchos norteamericanos, que habitaban cerca de la frontera, temían que el revolucionario, embriagado por sus triunfos, intentase alguna correría por territorio estadounidense.

-Si hace eso -predijo «Miserias»-, saldrá perdiendo. Pete Rice le hará huir tan lejos que, cuando vuelva, su traje estará ya pasado de moda.

El hombrecillo escuchaba atentamente. No parecía estar ya tan mal de los nervios y hasta consintió en comprar una botella de tónico nervioso, fabricado por la india.

Hicks recibió el remoquete de «Miserias» por los males, «miserias» como él los llamaba, que siempre estaba dispuesto a curar.

Los médicos podían dar tantos nombres raros como quisieran a las enfermedades; para Lawrence Michael Hicks, todas ellas eran «miserias».

Una persona no tenía jaqueca, sino una «miseria» en la cabeza; ni gota, sino otra «miseria» en la pierna.

Al dirigirse el barbero a buscar la botella del tónico, pasó frente a la puerta y, con gran sorpresa, vio parado enfrente, apuntando al sillón con una pistola, al hombre que siguiera a Durkey. Teeny Butler se puso en pie de un salto y, empuñando el látigo, lo hizo restallar, enviando el extremo a enrollarse alrededor de la pistola del asesino, arrancándosela de la mano.

Pero el forastero era un tipo valiente, y, sin asustarse, corrió dentro de la barbería, precipitándose sobre el comisario, dispuesto a descargar un puñetazo sobre él.

Indudablemente se trataba de un ex boxeador, pues, a pesar del movimiento de Teeny, el puño chocó con gran fuerza contra la mandíbula del comisario que, ante el profundo desconcierto del hombre, permaneció impasible.

Nadie había conseguido jamás tender a Teeny; por eso, el asombro de «Miserias» fue enorme cuando el segundo puñetazo del desconocido hizo desplomarse al fornido comisario.

Pero en seguida tuvo el barbero la explicación de lo ocurrido. Aquel hombre se protegía los nudillos con una llave inglesa y, por fuerte que fuese la mandíbula del comisario, no lo era tanto que resistiese el choque del acero.

El desconocido no trató de recuperar su pistola, y, dando media vuelta echó a correr calle abajo, abriéndose paso entre la gente que se había estacionado frente a la barbería.

Un vaquero que se interpuso en su camino, recibió un puñetazo que le tumbó de espaldas, dejándole inmóvil bastante rato.

Un niño fue derribado y sus gritos llenaron la calle.

Todos los curiosos lanzaban gritos de cólera, pero ninguno se decidió a perseguir a un hombre que acababa de tumbar a Teeny Butler, el hombre más fuerte de la «Quebrada del Buítre».

Hicks «Miserias» se precipitó a un estante y empuñó un Colt del 45, pero en seguida comprendió que no podría disparar sin correr el riesgo de herir a algún pacífico ciudadano.

Así, guardando el revólver se dirigió a una percha y descolgó un extraño objeto. Unas boleadoras, regalo de un gaucho que fue a Arizona a domar algunos caballos; aquel particular objeto se componía de tres bolas de metal forradas de cuero, sujetas fuertemente a sendas gascas unidas entre sí.

«Miserias» saltó por encima de su caído compañero y salió a 1a calle, volteando por encima de la cabeza las boleadoras.

-¡Abrid paso, amigos!-gritó.

El que huía disponíase a torcer por una calle adyacente, cuando las boleadoras salieron disparadas, produciendo un agudo silbido y fueron a enrollarse a los pies del fugitivo, sujetándole fuertemente y haciéndole caer al suelo.

Sin embargo, no estaba herido. La mucha práctica en la lucha le permitió caer en la mejor postura, y antes de que Hicks llegase junto a él, logró librarse de las boleadoras y echó de nuevo a correr; pero, por desgracia suya, fue a caer en brazos de un joven alto, delgado, cubierto con un sombrero agujereado por un balazo y con el rostro bastante magullado.

-¡Pete Rice!-gritó alguien.

El pugilista palideció intensamente al oír el nombre del famoso sheriff. Con un esfuerzo trató de liberarse de las manos de Pete Rice.

Dándose cuenta de que aquello era imposible, dirigió un terrible puñetazo a la mandíbula de su aprehensor.

El golpe falló por una fracción de centímetro, al apartar Pete Rice la cabeza, mientras una sonrisa le curvaba los labios. Pero se desvaneció todo vestigio de buen humor y los labios se apretaron fuertemente, hasta formar una línea.

El puño derecho chocó, con la fuerza de una catapulta, contra la mandíbula del fugitivo, y antes de que éste pudiera recobrarse del golpe, el puño izquierdo completó el trabajo.

Pero la mandíbula del pugilista fue capaz de resistir el impacto de los fuertes puños del sheriff, por lo cual, el segundo golpe de éste fue seguido de una fulminante réplica, y una mancha cárdena apareció en la mejilla de Pete Rice.

La gente se arremolinó alrededor de los combatientes, Teeny Butler que, por fin logró volver en sí, acercóse al grupo y, no pudiendo aproximarse a los luchadores, se dirigió a donde estaba el caballo de su jefe.

Cruzado sobre el noble bruto veíase el ensangrentado cuerpo de un viejo.

-¡Pardiez! -exclamó. Inclinóse hacia delante y observó atentamente el rostro del muerto-. ¡Es el viejo Carver! ¡Está muerto! ¡Lo han asesinado!

Pero ni el morboso espectáculo del cadáver fue capaz de arrancar a más de tres personas de la contemplación de la lucha entre Pete Rice y el forastero.

Cuando el sheriff de la «Quebrada del Buitre» empleaba sus puños, los habitantes del pueblo procuraban no perderse lo que para ellos era un verdadero espectáculo.

Una vez más, Pete Rice demostraba sus cualidades de luchador.

CAPÍTULO III
ASESINATO

El pugilista empleaba en la lucha todas las malas artes aprendidas en el ring.

A1 principio, en su rostro se reflejó una sonrisa de burla, creyéndose enfrentado con un rústico lugareño, incapaz de resistir unos cuantos golpes.

Después del primer puñetazo que le marcó la mejilla, le dirigió otro al cuerpo, con la esperanza de engañar al sheriff y hacer que se descubriese.

Pero comprendiendo la treta, Pete amagó un directo con la izquierda, dirigido a la mandíbula del pugilista y, al levantar éste las manos para detener el golpe, el sheriff lanzó un terrible derechazo al estómago de su contrincante.

El pugilista se dobló, lanzando un gemido de dolor; pero un upercut de Pete le obligó a enderezarse, mal de su agrado.

La réplica del forastero fue fulminante. Su puño derecho fue a chocar contra la barbilla del sheriff, quien quedó vacilante unos segundos.

Pero cuando el púgil se lanzó sobre él para asegurar la ventaja conseguida, fue recibido con un directo en la nariz, que hizo brotar la sangre a borbotones.

Ciego de rabia y de dolor, el hombre descargó dos puñetazos al estómago de Pete, quien, de nuevo, se creyó a punto de caer al suelo.

Haciendo un violento esfuerzo, se rehizo, y, por cuatro veces seguidas sus puños castigaron duramente al forastero, el cual, para librarse de aquella lluvia de golpes, buscó el cuerpo a cuerpo.

En aquel momento su mano derecha chocó con uno de los revólveres de Pete Rice.

Con rápido movimiento lo sacó de la funda y apuntó al sheriff.

Pero antes de que tuviera tiempo de levantar el percusor recibió un puñetazo sobre el corazón seguido de un upercut que le hizo perder la noción de las cosas y dio con él en tierra, completamente sin sentido.

Los espectadores aplaudieron la hazaña de su sheriff. Pero el rostro de éste no revelaba ninguna alegría.

Inclinóse a recoger el revólver, que había caído al suelo. A pesar de la dura lucha sostenida, Pete respiraba con toda normalidad.

-¿Qué diablos significa todo esto? -preguntó-. ¿Qué ha hecho este hombre?

¿Quién es?

Durkey, el hombrecillo a quien el caído apuntara poco antes con una pistola automática se abrió paso entre la gente y señalándole dijo, dirigiéndose a Pete Rice:

-¡Encierre a este sujeto! Es terrible. Me quería matar porque una vez tuve que prestar declaración contra él, por el robo que cometió en una fábrica de tejidos. Pasó dos años en la cárcel y ahora quería quitarme de en medio.

-¿Y qué hacía aquí?-interrogó Pete.

-Quiso matarme. Yo creí que le había despistado, pero hoy ha aparecido cuando menos me lo esperaba. Es Red Hook Regan, el boxeador más sucio que ha pisado un ring.

Pete Rice, que leía todos los periódicos que caían en sus manos, conocía de nombre a Red Hook Regan, uno de los boxeadores que más knocauts tenía en su historial, pero que al fin terminó faltando a la Ley y fue a parar a Sing Sing, donde pasó un par de años.

-Deseo que se me proteja de los ataques de ese individuo-pidió Durkey.

Pete Rice observó atentamente al hombrecillo y al fin decidió que aquel hombre debía ser vigilado. Regan, entretanto, iría a descansar a la cárcel; y así lo anunció el sheriff.

-Queremos que a los forasteros que llegan a la «Quebrada del Buitre» no se les moleste en absoluto-dijo. Después, volviéndose a Teeny, añadió:-Llévate a este pájaro a la jaula-. De pronto se interrumpió y observó, extrañado, el magullado rostro de su comisario. -¿Qué te ha ocurrido?-preguntó.

Teeny Butler miraba tristemente al suelo. Aquella había sido la primera vez que terminaba una pelea a puñetazos tendido en tierra.

-No lo comprendo, patrón, pero ese hombre me ha tumbado de un puñetazo -dijo-. Estoy que se me cae la cara de vergüenza.

El sheriff de la «Quebrada del Buitre» se echó a reír.

-No te preocupes, Teeny. Regan es un luchador de mala fe. Si te ha tumbado lo habrá hecho con una llave inglesa. Y eso, amigo, es capaz de curar el insomnio a un búfalo...

Entretanto el boxeador había recobrado ya el conocimiento y con la ayuda de Teeny estuvo pronto en condiciones de caminar.

Pete Rice buscó con la mirada a su otro comisario, Hicks «Miserias», y, al encontrarle, le ordenó:

-Lleva el cadáver de Carver al enterrador y luego avisa al doctor Buckley -El doctor Buckley era el forense del distrito-. Cuando hayas hecho eso ve a casa de Williams, el abogado del Banco, y dile que vaya a verme a mi oficina, que tengo que hablar con él. Ahora debo ir a un sitio y no volveré hasta dentro de una hora o cosa así.

El sitio donde tenía que ir el sheriff era la casa que ocupara John Damon Carver durante su estancia en la «Quebrada del Buitre».

Pete no perdió tiempo explicando sus aventuras en el cañón, ni cómo había escapado milagrosamente a la muerte al lanzarse con su caballo al río Bonanza, donde permaneció más de media hora luchando brazo partido con la terrible corriente.

Al llegar a la vivienda de Carver vio que la puerta estaba destrozada. Una vez dentro comprobó que la casa había sufrido hacía poco un registro minucioso.

Los cajones de la mesa escritorio del viejo aparecían forzados, y su contenido estaba desparramado por el suelo. Un viejo baúl fue también forzado como así mismo dos maletas, cuyo contenido fue revuelto precipitadamente.

Las cajas que contenían muestras de minerales y los estantes de la cocina también habían sido registrados. Los libros del sabio llenaban el suelo mostrando la blancura de sus hojas. Era indudable que la persona que hizo aquel registro buscaba algún documento científico.

Sin embargo, los ladrillos del hogar no parecían haber sido tocados. Pete Rice, tras largo y detenido examen descubrió algunos ladrillos más nuevos que los otros.

Entonces, con un cuchillo, el sheriff fue separando la argamasa que los juntaba hasta que por fin logró levantar uno.

Los demás siguieron con gran facilidad y pronto apareció un agujero lo bastante grande para poder pasar la mano por él.

En una pequeña cavidad, encontró Pete Rice una cajita de hojalata esmaltada, cerrado con un candado. La cogió con todo cuidado y emprendió el camino de regreso a su oficina.

A1 entrar en el pueblo tuvo la impresión de que alguien le observaba. Su perspicaz mirada registró las ventanas de las chozas más próximas y como medida de precaución guió a Sonny detrás de un montón de residuos de la fundición de la «Quebrada del Buitre».

Pero no vio a nadie. Llevaba la mano derecha apoyada en la culata de uno de los Colts, dispuesto a sacarlo para repeler cualquier agresión.

*****

Pero no hubo necesidad. Si algún espía observaba a Pete Rice, no lo hacía con intención de entablar una conversación a tiros con el famoso sheriff, cuya terrible puntería era conocida en toda la región.

Hicks «Miserias» hallábase en la oficina del sheriff, que como ya se ha dicho, estaba instalada en la parte posterior de su establecimiento.

El forense estaba examinando el cadáver de Carver en casa del enterrador y Cyrus Willíams, el abogado del pequeño banco de la «Quebrada del Buitre», llegaría dentro de pocos minutos.

Hicks «Miserias» no se sentía feliz. El barberillo comisario había cortado muchas veces el cabello al viejo Carver y llegó a sentir una profunda simpatía por aquel viejo que se entretenía buscando piedras inútiles en las ruinas de la antigua ciudad india próxima a la «Quebrada del Buitre».

-¡Y pensar que le mataron por la espalda!-gemía el buen hombre.

Pete asintió con un movimiento de cabeza.

-Sí, le pegaron un tiro por la espalda -murmuró-. Ya tenemos un asesinato que aclarar. Puedes guardar tus navajas y tijeras, «Miserias». No podrás volver a trabajar en tu oficio hasta que los asesinos de Carver estén muertos o enjaulados, esperando la cuerda.

-Ahora mismo cierro la barbería -rugió «Miserias»-. ¡Por cien mil diablos! No afeitaré a nadie hasta que esto quede aclarado.

Movió tristemente la cabeza y continuó: -¡Pobre Carver! ¡La de conversaciones que hemos sostenido los dos! Una vez me detuvo en medio de la calle. Le brillaban los ojos como si le acabasen de comunicar la mejor noticia del mundo. Me dijo que iba a enseñarme algo. Estaba tan alegre, que supuse que acababa de encontrar una mina de oro e iba a sacar una pepita del tamaño de un huevo. ¿Y sabes lo que me enseñó? Pues un hierro de lanza india. Una cosa sucia, más oxidada que una momia. ¡Que a un hombre tan inocente le hayan matado! No hay derecho.

Durante unos segundos, Pete permaneció en silencio.

-«Miserias» -dijo al fin-. Sería muy posible que a Carver le hubiesen matado por unos simples hierros de lanza india.

El piso de la barbería crujió bajo el peso de la imponente mole de Teeny Butler.

-El gorila ese está ya encerrado en su jaula -anunció, riendo-. Seguramente Durkey se alegrará mucho de saberlo.

Pete movió la cabeza. En aquel momento Cyrus Williams entró en el establecimiento.

-¿Qué tal, Cy? -saludó el sheriff-. Supongo que se habrá enterado ya de la noticia.

-¡Es terrible! ¡Terrible! -rugió Williams-. Daría cualquier cosa por estrangular al coyote que mató al pobre Carver.

Movió la cabeza y sentóse a la mesa que Pete Rice usaba como escritorio.

Era un hombre de aspecto vivaz e inteligente, que ganó el dinero de su carrera domando potros. Durante la vista de alguna causa, hablaba en inglés puro, pero una vez en la calle empleaba el mismo vocabulario de cuando era vaquero.

-Supongo que estará usted dispuesto a echarle el guante al asesino de Carver, ¿verdad, Pete?-preguntó.

-Ese es mi deseo -contestó el sheriff-. Quiero coger al asesino o asesinos de nuestro amigo.

En seguida explicó al abogado lo de la carta y la caja de hojalata.

-¿Estoy equivocado al suponer que una caja así debe abrirse delante de testigos?

-Se ha escrito bastante sobre eso, pero en resumen, creo que no hay ningún inconveniente en que la caja sea abierta ante nosotros.

-Pues empecemos-dijo Pete.

Fue a buscar la caja y Teeny rompió el candado.

Dentro de ella sólo había una hoja de papel en la que se leía:

«En el caso de mi muerte deseo que la caja de seguridad que tengo alquilada en el Banco de la «Quebrada del Buitre» sea abierta en presencia del señor Estrada y del sheriff Rice.

« John Damon Carver. »

-¡Hum! -gruñó Williams-. ¿No hay nada más? Qué hombre más extraño era ese Carver. De todos modos, su caja de seguridad hubiese sido abierta al saberse su muerte -el abogado se puso en pie y, acercándose a Pete, le preguntó-: ¿No tiene alguna sospecha de quiénes hayan podido ser los asesinos de Carver?

Pistol Pete negó con la cabeza.

-No tengo la menor idea. En la oscuridad no pude verles les caras a los asesinos. Cuando encontré el cadáver de Carver vi que le habían registrado los bolsillos. Pero como se marcharon antes de que fuera de día se olvidaron de algo que el viejo debió de tirar al suelo antes de caer muerto. Estaba a unos cinco metros del cadáver.

Y Pete sacó de un bolsillo tres largas llaves de cobre en las cuales se veía un extraño dibujo: Un águila con una serpiente en el pico.

CAPÍTULO IV
TIBURCIO ESTRADA

Dos grandes amores tenía el sheriff Pistol Pete Rice: Su madre, y la Ley.

Durante los momentos de peligro de sus arriesgadas empresas, siempre tenía un pensamiento para su madre.

En ella pensó cuando las balas cortaban el aire a su alrededor durante la lucha sostenida en el cañón, y cuando las frías aguas del Bonanza se cerraron sobre él y su caballo.

Al separarse de Cyrus Williams pensó dirigirse a la casa donde vivía con su madre. Pero de pronto recordó que su amada viejecita le había dicho infinitas veces que la obligación es antes que la devoción.

La hacienda de don Tiburcio Estrada estaba en el extremo del pueblo, en el lado opuesto de donde se levantaba la casa de los Rice.

Y era allí donde la obligación llamaba a Pete.

Era indudable que se preparaba algo muy serio en la «Quebrada del Buitre».

Si el muerto hubiese sido un hombre rico, la cosa no habría ofrecido ninguna dificultad. Pero a John Damon Carver no le mataron para robarle dinero.

Debía de tratarse de algo más serio y Pete Rice no pensaba dejar que las huellas se perdiesen antes de seguirlas. Mientras los cascos de Sonny golpeaban la dura tierra del camino que conducía a la hacienda de los Estrada, Pete Rice reflexionaba profundamente.

¿Tendría algo que ver con el crimen la presencia en la <Quebrada> de Red Hook Regan? Pete recordó la mirada de asombro que le dirigió el pugilista cuando vio que regresaba con el cuerpo de Carver.

¿Y qué hacía aquel Durkey en Arizona? Indudablemente se trataba también de un ex presidiario. ¿Por qué John Carver ponía tanto misterio en sus actos?

Pete se preguntaba si Estrada sería capaz de proyectar alguna luz sobre aquel misterioso asesinato.

Estrada era mejicano, descendiente de una noble familia española. Era todo un caballero, muy educado y bondadoso. Se decía que había estudiado con John Carver en la misma Universidad.

De ser así, Estrada sería el único habitante de la «Quebrada del Buitre» con quien Carver habría podido hablar de asuntos científicos.

Pero el señor Estrada pasaba muy poco tiempo en la «Quebrada».

Periódicamente se trasladaba a Méjico, en viaje de negocios.

Los pobres de ambos lados de la frontera sólo tenían frases de alabanza para el caritativo mejicano.

Pete Rice se desvió del camino y lanzó su caballo por la llanura cubierta de artemisa, al final de la cual aparecía la hacienda de Estrada cuyas numerosas edificaciones formaban un hermoso pueblo.

El rico mejicano tenía un ejército de criados. Los peones habitaban atractivas casitas de ladrillo construidas al estilo colonial español.

Al Norte del pueblo se veía una hermosa casa de tres pisos que circundaba.

Alegres balcones de hierro forjado adornaban la fachada de la mansión de Tiburcío Estrada, construida tres generaciones antes.

Pete entró en los bien cuidados jardines y dirigióse a la vivienda. Antes de que pudiera desmontar, un peón acudió a ayudarle, saludándole con una versallesca inclinación.

En seguida, cogiendo a Sonny por la brida, lo condujo al corral. Tiburcio Estrada estaba ya a la puerta de su morada.

-¡Buenas tardes, señor sheriff! -saludó-. Espero que no vendrá a decirme que alguno de mis peones ha cometido algún atropello en la «Quebrada del Buitre», ¿verdad?

Hablaba un inglés correcto. Mucho más correcto del que empleaban los norteamericanos residentes en el condado.

-Buenas tardes, señor Estrada -replicó Pete Rice-. No, no ha ocurrido nada de eso-el sheriff se interrumpió, no sabiendo cómo comunicar al mejor amigo de Carver la noticia de que éste había sido asesinado.

-¡Por Dios, amigo! Haga usted el favor de pasar -invitó el hacendado. Y estrechando calurosamente la mano del sheriff le hizo entrar en la casa-. -No sabe usted cuánto me alegro de que haya venido a visitarme. Venga, iremos al patio y Félix nos servirá un poco de chocolate.

Estrada guió a Pete a través de un vestíbulo ricamente amueblado. Era un hombre alto, elegante y delgado como cualquiera de sus vaqueros.

Tenía algo más de cuarenta años. Su cabello era de negrura de ala de cuervo.

-Perdone un momento, señor Estrada -dijo Pete-. Creo que no hago bien en ocultarle las noticias que traigo para usted. He venido a traerle un mensaje muy triste. Su amigo John Carver... ha emprendido el largo viaje...

El aristócrata mejicano se detuvo como herido por un rayo.

-¡Que John Carver ha muerto! -exclamó. Luego, señalando un ídolo de piedra que adornaba una mesita, continuó-: Hace algunos años, cuando John Carver visitó por primera vez esta comarca, encontramos juntos ese idolillo. John estaba alegre como un niño con un juguete nuevo. Se trata de la imagen de Itzamma, uno de los dioses mayas.

El mejicano movió tristemente la cabeza.

-¡No sabe usted cuánto me afecta la noticia que me ha dado! Pero, en fin, creo que debo resignarme. John Carver era ya viejo y vivió una vida intensa. La muerte ha sido muy piadosa con él llevándoselo con una envidiable rapidez, pues ni siquiera sabía yo que estuviera enfermo.

Pete Rice carraspeó, aclarándose la garganta y, con voz entrecortada y ronca, explicó:

-¡John Damon Carver ha muerto asesinado!

El rostro de Estrada se convirtió en la estampa de la ira. El mejicano enrojeció intensamente y sus ojos brillaron como carbones encendidos.

-¡Asesinado! -rugió-. ¡Pero si John no tenía ningún enemigo! No se metía en nada. Tampoco tenía dinero. ¿Quién podía desearle daño alguno al pobre John? ¡No, es imposible! Debe de estar usted equivocado, sheriff.

-Reconozco que parece imposible, señor Estrada -replicó Pete Rice-. Sin embargo, lo cierto es que le metieron un balazo por la espalda. Encontré el cadáver entre el Cañón de la Tijera y el río Bonanza. Quería preguntarle si podría echar usted alguna luz que aclarase algo este misterio. ¿Conocía esto?

Pete sacó de un bolsillo las tres llaves de cobre.

Estrada lanzó una exclamación.

-¡Cómo!- Esas deben ser las llaves de que me habló John en su última carta. Me la escribió desde la «Quebrada». Yo entonces estaba en Méjico. Precisamente acabo de llegar de allí.

-¿Explica algo respecto a las llaves? -preguntó Pete-. ¿Tiene a mano la carta?

-No. Como no le concedí importancia, la rompí. John escribía que acababa de encontrar un viejo pergamino que fue pasando de padres a hijos en una familia de peones. Creía que con él lograría descubrir el emplazamiento de una antigua ciudad azteca. ¿Cree usted que puede tener eso alguna relación con el asesinato?

-Seguramente -asintió Pete-. En esa ciudad podría hallarse oculto algún tesoro, ¿no?

-Podría existir e, indudablemente, existe tal tesoro-replicó Estrada. Sin pronunciar más palabras, guió a su invitado a un fresco patio y al criado que acudió ordénole que trajese chocolate.

Con el ceño fruncido, el mejicano escuchó atentamente la explicación del sheriff acerca de la nota y de la caja de hojalata.

-Cyrus Willíams debe de estar esperándonos en su despacho-terminó Pete.

-Williams-repitió el señor Estrada. Era evidente que el hacendado no sentía la menor admiración por el abogado, o bien sospechaba de él, como de cualquier otro, después de la trágica noticia que acababa de comunicarle Pete Rice.

-Indudablemente, eso significa que mí viejo amigo deseaba que yo contemplase el pergamino. Esperemos que sólo seamos cinco los enterados de su existencia -se interrumpió un momento y, al fin, preguntó- ¿Callarán sus comisarios, sheriff?

Por primera vez desde que había entrado en la casa, Pete Rice pareció a punto de ofenderse.

-Mis hombres -replicó- saben cuándo deben callar.

-Perdone, sheriff -se excusó el señor Estrada, inclinándose-.No he querido ofenderle. Pero, volviendo a lo importante, el asesino de mi amigo debe ser detenido. Usted es quien debe hacerlo, sheriff Rice. Deseo decirle que todos mis recursos en hombres y dinero están a su disposición. Asimismo lo están todos mis conocimientos...

Se detuvo bruscamente, con el ceño fruncido. Pete no parecía escucharle con la debida atención.

La aguda mirada del sheriff estaba clavada en una colina cercana a la hacienda, que se divisaba por uno de los ventanales del patio. Un sexto sentido acababa de advertir a Pete que un peligro se cernía sobre ellos.

Un suave vientecillo agitaba la verde alfalfa frente a la casa haciendo el efecto del oleaje de un pequeño mar situado en medio de la roja extensión de tierra.

De pronto, Pete Rice se lanzó sobre su huésped derribándolo al suelo con silla y todo. En el mismo instante una bala silbó sobre los dos hombres y fue a clavarse en una de las estucadas paredes.

Inmediatamente, otras dos balas se alojaron junto a la primera y, apagadas por la distancia y el viento, oyéronse tres débiles detonaciones de rifle.

Varios peones aparecieron en el patio, lanzando exclamaciones en español.

Pete ayudó al mejicano a ponerse en pie y le hizo apartarse de la ventana.

-Siento mucho haberme portado tan bruscamente con usted, señor Estrada -dijo-, pero no tenía más remedio.

-Yo soy quien debe darle las gracias por su oportuna intervención, señor Rice -dijo Estrada. Y volviéndose hacia sus servidores, gritó-: ¡Félix! ¡José! ¡Miguel! ¡Montad a caballo! Hay un asesino en la...

-No haga nada -le interrumpió Pete-. Eso sólo podría tener por resultado que algunos hombres perdieran la vida cayendo en una emboscada. Por ahora dejaremos que ese criminal escape. Hemos de habérnoslas con una legión de asesinos. La muerte de uno no serviría de rada. Lo mejor que podemos hacer ahora es marchar al pueblo para poder llegar allí antes de que anochezca.

Estrada entró en su casa, acompañado de Pete Rice.

-No sé de nadie que pueda tener algún interés en matarme -dijo-. Estoy seguro de que disparaban contra usted, señor Rice. Si lo que se avecina es tan importante como lo hacen prever los acontecimientos, lo indudable es que sea usted la persona a quien tienen interés en quitar de en medio. Nosotros, los ciudadanos cumplidores de la Ley, le debemos a usted mucho, amigo mío.

-No me deben nada -replicó modestamente Pete Rice-. Preparémonos para marchar hacia la «Quebrada del Buitre.

CAPÍTULO V
EL PERGAMINO AZTECA

Durante el viaje de regreso, Pete Rice galopaba delante de su compañero, quien, montado en un caballo árabe, le seguía sin la menor dificultad.

El sheriff deseaba llegar cuanto antes al pueblo, pues indudablemente alguien había tratado de asesinarle a él, o a don Tiburcio Estrada.

Fuese lo que fuese, era muy importante salir lo más pronto posible de aquella solitaria llanura.

El mejicano seguía hablando de Carver y de los estudios arqueológicos que había hecho en su compañía. Explicó que la raza azteca era la dominadora de Méjico a principios del siglo XVI, cuando los españoles, al mando de Cortés, lo invadieron. Pistol Pete Rice escuchaba atentamente. Las preocupaciones de su cargo de sheriff no le permitieron dedicar gran atención a la historia del país.

Sin embargo, conocía las ruinas de Casas Grandes, que se decían restos de una ciudad azteca construida quinientos años antes, y se daba cuenta de que una ciudad azteca perdida en las inexorables y salvajes montañas de Arizona, no era una cosa imposible.

Las explicaciones del señor Estrada eran interesantes, pero al sheriff le resultaban un poco confusas.

-Estoy convencido de que si John Carver descubrió esas ruinas aztecas pensaba sorprenderme llevándome a ellas a mi regreso de Méjico -dijo-. Los toltecas una raza que vivió en Méjico mucho antes que los aztecas, habitaron también Arizona; John y yo encontramos varias veces reliquias de su paso. ¡Pobre John! No puedo hacerme a la idea de su muerte.

*****

La oficina de Cy Williams estaba en un edificio de adobe de un solo piso en la calle principal de la «Quebrada del Buitre», no muy lejos del cuartel general de Pete Rice.

El abogado comerciaba en fincas, seguros, hacía préstamos de dinero, era procurador de varios rancheros y notario público. En el pueblo se le tenía por uno de los hombres más ricos de allí.

Cuando Pete Rice y el señor Estrada entraron en la oficina vieron que encima de la mesa estaba la caja de seguridad de Carver, pero aún no la habían abierto.

En cuanto los dos hombres se hubieron sentado, procedió a abrirla. Del interior sacó un largo sobre blanco y rompió los rojos sellos.

-Indudablemente es el testamento del señor Carver -anunció-. En efecto -añadió, sacando un largo documento-. Así es. Se trata de un testamento ológrafo, o sea, redactado a mano por él mismo.

Williams extendió sobre la mesa, ante él, el documento. Se afirmó los lentes, carraspeó y adoptó la expresión que requería en casos semejantes.

Con voz opaca leyó los preámbulos legales y en seguida, con mayor entonación, pasó a lo interesante.

«A don Tiburcio Estrada, que en un tiempo estudió en mi aula de la universidad y que desde entonces fue uno de mis mejores amigos, le lego todos mis libros, instrumentos científicos y efectos personales; éstos para ser distribuidos entre los pobres. Siento infinito no poder dejar ninguna suma importante de dinero, pero mi interés siempre se dirigió hacia asuntos más importantes que la fortuna material.

Williams se interrumpió, y, para remarcar la importancia de las palabras que iba a leer, levantó la mano con ademán grandilocuente, luego continuó:

«Antes de que sea leído este testamento, estoy seguro de hacer el mayor descubrimiento de mi vida. Dicho descubrimiento légoselo a don Tiburcio Estrada, seguro de que sabrá llevarlo a buen término.

»Mi estimado discípulo conocerá tan bien como el que más la historia del país actualmente llamado Méjico. Pero hay una fase de esa historia que no ha podido llegar a su conocimiento. Está enterado, desde luego, de todos los detalles de la conquista española. Pero seguramente no sabrá lo que ocurrió durante el mandato de Hernán Cortés, cuando gran parte de los nobles y caciques emigraron a un país que siglos más tarde recibió el nombre de Arizona.

Pistol Pete Rice escuchaba con toda atención. Estaba seguro de que aquel documento proyectaría alguna luz sobre el asesinato de Carver. Mirando a Estrada notó que sus negros ojos brillaban intensamente mientras Williams continuaba:

«Con centenares de obreros marcharon a ocultarse en las abruptas montañas de Arizona, en un lugar conocido por el de Montañas de Baja.»

Estrada miró significativamente a Pete Rice. Las montañas de Baja conservaban aún el mismo nombre latino. El abogado continuó la lectura:

«Aquellos rebeldes construyeron una gran ciudad para honrar a su dios Sol, o dios del firmamento, Quetzalcoalt, y le dieron el nombre de Ciudad del Sol. Durante muchas generaciones los aztecas se mantuvieron en esa fortaleza, realizando correrías por las tierras próximas y por Méjico. Al parecer, aquellos antiguos mejicanos perecieron víctimas de una epidemia de viruela. También es muy probable que un terremoto cerrase la entrada de la Ciudad del Sol.

»De manos de un estudiante mejicano, huido de su país por motivos políticos y cuyo nombre no me es posible revelar, he entrado en posesión de un pergamino en el cual aparece un mapa con las indicaciones precisas para encontrar esa ciudad. También he conseguido unas llaves de cobre que una familia se transmitió de generación en generación. Es posible que ellas sean las que abran las puertas de la Ciudad del Sol.»

-Las llaves que encontró usted, amigo-susurró el mejicano. El sheriff asintió con un movimiento de cabeza y el señor Williams terminó la lectura:

«Como ya he dicho, lego a don Tiburcio Estrada mí descubrimiento. El pergamino con el mapa se encontrará en mi caja de seguridad del Banco de la «Quebrada del Buitre».

Williams sacó otro sobre, lo abrió con el mayor cuidado y sacó un pergamino. Las bien cuidadas manos de Estrada lo cogieron ávidamente. Pete Rice miró por encima del hombro del mejicano el mapa que éste acababa de desdoblar.

Dibujadas en el pergamino se veían varias líneas y figuras muy extrañas.

Pete no lo comprendió mejor que si se hubiera enfrentado con una escritura china. Sin embargo, presentía que aquello era algo muy importante para la justicia, pues conduciría a la captura del asesinato de John Damon Carver.

Estrada, muy excitado, hablaba entrecortadamente medio en español y medio en inglés:

-¡Eh! -exclamó-. Creo que podré descifrar gran parte de esto si tengo tiempo. ¡Bueno! ¡Sí! Esta misma noche empezaré. ¡Pobre amigo mío! Si por lo menos no hubieses muerto, John...

¡Buuuna! ¡Buuum-bub-bum!

Las explosiones cortaron la palabra al mejicano. Parecían el estruendo de un trueno.

Pero Pete Rice sabía que no podía tratarse de ningún trueno. El cielo estaba despejado y no se notaba en el ambiente la menor señal de tormenta.

Por otra parte, los revólveres y los rifles no hacían tanto ruido. Pete conocía demasiado las armas de fuego para desconocer sus distintas voces.

Mentalmente regresó a la noche que salió tras la pista de John Damon Carver y revivió la voladura del puente sobre el Bonanza.

¡Dinamita! ¡Aquello era! ¡Aquel ruido sólo podía producirlo la explosión de la dinamita!

Además, el estruendo había sonado muy cerca. No podía haber sido producido por la explosión de algún barreno en las minas próximas.

Como una exhalación, Pete salió a la calle. La gente corría en dirección a la cárcel de la <Quebrada del Buitre>. Pete les siguió con toda la velocidad que le permitían sus piernas dejando atrás al señor Estrada, y desapareció por la calleja que conducía a la cárcel.

Por un momento, el asombro le dejó clavado en el sitio.

Una parte entera del muro de la cárcel había sido volado. El boquete se hallaba en el lugar ocupado por la celda de Red Hook Regan.

Hicks <Miserias>, y Teeny Butler, estaban ya en la cárcel y a gritos daban órdenes a varios hombres para que se persiguiese al preso, que acababa de escaparse.

-¡Cinco presos han huido! -exclamó <Miserias>, dirigiéndose hacia Pete-. Red Hook y cuatro más -luego, volviéndose hacia los hombres que se disponían a emprender la persecución, les gritó-: Marchemos hacia el Norte, han escapado en esa dirección.

La pequeña tropa partió al galope por una calle adyacente. Pete Rice vio al gigantesco Teeny Butler que salía de la cárcel llevando un hombre en brazos.

Pete se acercó a él. Se trataba del carcelero y el sheriff respiró más tranquilo al comprobar que no estaba herido de gravedad.

Al ver al sheriff, el carcelero se desprendió de los brazos de Teeny.

-Lo siento, jefe -dijo-. Estaba encendiendo un cigarrillo cuando alguien me golpeó en la cabeza, después sin duda debió de volar la cárcel.

-No te preocupes -le dijo Pete-. No puede criticársete. La explosión se produjo fuera.Ahora, amigos, vayamos a coger a esos hombres que han escapado.

*****

Cuatro de los fugitivos fueron capturados fácilmente. Uno de ellos era cuatrero; dos más, jugadores profesionales que trataron de introducir en la «Quebrada del Buitre» un nuevo juego; y el cuarto, un mejicano que, hinchado de marihuana, trató de apuñalar a su novia.

El quinto, Red Hook Regan, el que más interesaba a Pete Rice, no pudo ser cogido.

Seguramente éste prefirió escapar por el barrio mejicano en lugar de apoderarse de un caballo y huir por la carretera, como hicieron los demás fugitivos.

Pete, acompañado de varios mejicanos de toda su confianza registró el barrio, pero no pudo obtener ningún informe.

Muchos de sus habitantes callaban seguramente por el dinero recibido y otros, por temor a las consecuencias de hablar demasiado.

El resultado fue que no pudo hallarse ni rastro del fugitivo, en el barrio mejicano.

Pete interrogó a los prisioneros detenidos de nuevo. A1 cabo de unos minutos quedó convencido de que no fue ningún aliado suyo quien voló la pared de la cárcel. Los jugadores debían cumplir una sentencia insignificante.

El mejicano obró sólo a impulsos de la droga y al ladrón de caballos le faltaba sólo unos días de cárcel.

Todos convinieron que si escaparon fue porque, con profundo asombro suyo, vieron derrumbarse la pared de la celda, asegurando, sin embargo, que ninguno de ellos tenía nada que ver con el causante de la explosión.

Y como el sheriff sabía conocer cuando un hombre mentía o decía la verdad, se separó de ellos con la seguridad de que no habían mentido.

La boca de Pete Rice estaba fuertemente contraída y los ojos tenían la dureza del pedernal, mientras examinaba los destrozos producidos por la explosión.

Afortunadamente no hubo heridos, los daños fueron sólo materiales.

Refugiados en la sombra, habló largamente con Teeny, al mismo tiempo que pensaba en la voladura del puente sobre el Bonanza. El causante de aquella explosión era el mismo que colocó el cartucho de dinamita en la cárcel y, por lo tanto, el asesino de John Damon Carver.

La dinamita sólo la empleaban en la «Quebrada del Buitre» los mineros de las montañas próximas.

Una cosa, por lo menos, se presentaba algo clara: Regan debía ser el culpable, o amigo de los culpables.

En el momento en que Pete iba a separarse de Teeny, don Tiburcio Estrada llegó corriendo por la callejuela que conducía a la cárcel. Su aspecto demostraba una gran excitación.

Rice recordaba que el mejicano le siguió al sonar la explosión, pero al no verle junto a él, el sheriff supuso que había regresado al despacho de Cyrus Williams.

-¡Señor sheriff -llamó Estrada-. ¡Venga, pronto! Al volver al despacho encontré al señor Williams tendido en el suelo sin sentido, y...

-¿Y el pergamino azteca?

-¡El pergamino azteca ha desaparecido!-exclamó el hacendado.

CAPÍTULO VI
AMENAZA DE MUERTE

Pete Rice corrió a la calle mayor y llevándole un centenar de metros de ventaja a Estrada, llegó al despacho de Cyrus Williams, el abogado.

Este se hallaba tendido en el suelo, de bruces sobre una piel de oso que hacía las veces de alfombra.

En el momento de entrar el sheriff en la habitación, el abogado hizo un esfuerzo para levantarse, y, tras algunas tentativas, consiguió apoyarse en un codo.

A1 ver a Pete Rice, Williams señaló una botella de whisky y con voz ronca dijo, mientras se frotaba la barbilla:

-Deme un poco de ese veneno. ¡Vaya porrazo el que me han pegado!

Pete llenó un vaso y se lo tendió al abogado, que lo apuró de un trago.

-¿Ha visto quién era, Cy, o quiénes eran?-preguntó Pete.

-Que yo recuerde, era uno solo -contestó Williams-. Debió de llegar por detrás. Como la alfombra apagaba el ruido de los pasos, no me di cuenta de su presencia hasta que estuvo junto a mí, entonces, al volverme, recibí un puñetazo en la barbilla que me hizo ver las estrellas. Era un tipo muy fornido.

-Seguramente Red Hook Regan-indicó Pete.

-Quizá -asintió Williams-.Quienquiera que fuese, lo cierto es que me tumbó dejándome sin conocimiento. El golpe es lo último que recuerdo. Luego, cuando usted entró, volví en mí ¡Diablo! ¿Y el pergamino? ¿Ha desaparecido?

El sheriff movió afirmativamente la cabeza.

-¡Qué lástima!

-No tanta. Por lo menos eso indica que todo está relacionado con el asesinato de John Damon Carver. No es que haya salido ya de las tinieblas, pero empiezo a vislumbrar cierta claridad. Red Hook Regan está metido en ese crimen; de esto no cabe la menor duda. Por lo tanto, lo que interesa ahora es echarle el guante lo antes posible. Bueno, hasta luego, Cy.

Pete salió del despacho del abogado. A1 llegar a la calle encontró a sus comisarios «Miserias» y Teeny, acompañados de un mestizo llamado Hopi Joe, gran rastreador, con cuya ayuda examinaron todas las carreteras que salían de la «Quebrada del Buitre», sin que en ninguna de ellas pudieran encontrar el menor rastro de Red Hook Regan.

Por lo cual, Pete Rice quedóse convencido de que el pugilista estaba aún en el barrio mejicano.

Seguido de sus comisarios, el sheriff regresó a su oficina, donde se les reunió don Tiburcio Estrada. Este parecía desconsolado por el robo del mapa azteca.

-No se preocupe, señor -le dijo Pete-. El trabajo del sheriff es parecido al de esos policías que se llaman detectives. Son muchos misterios que hay que aclarar y que aclaramos. No se preocupe, que los asesinos de Carver caerán en nuestras manos. Seguramente, dentro de unos días tendré necesidad de hablar con usted.

-Cuando usted guste, señor sheriff -asintió Estrada-. Siempre que me necesite me encontrará en mi hacienda. Haré todo lo posible por ayudarle a capturar al asesino de mi amigo.

-¡Por las barbas de Belcebú! -exclamó Hicks «Miserias», cuando el mejicano se hubo retirado-. Ese Estrada es un hombre muy amable, ¿no os parece?

-Muy amable es. La amabilidad y la educación son dos virtudes que hacen más efecto en una mula que un látigo y un capazo de avena. Ahora, muchachos, vayamos a registrar bien el barrio mejicano, a ver si encontramos el rastro de Red Hook Regan. No creo que ocurra nada más esta noche. El pueblo parece estar en calma.

Pero algo tenía que ocurrir. Y ocurrió en aquel preciso momento.

El pálido y pequeño Durkey, se precipitó en la oficina. Iba sin sombrero y en sus ojos se leía la más profunda desesperación. Llegaba jadeante a causa de la velocidad que había traído y en la mano sostenía un papel, y los papeles no presagiaban nada bueno al sheriff en aquellos días.

-¡Ya sabía yo que ocurriría! -exclamó Durkey-. Creí que la Suerte me sonreía, pero no ha hecho más que burlarse de mí. ¡Voy a ser asesinado! ¡Asesinado! -repitió-. Quiero...

-No vaya tan de prisa, forastero -le interrumpió Pete Rice-. No corra como una gallina recién decapitada.

En la voz del sheriff se adivinaba el profundo disgusto que le causaba aquel hombrecillo llegado de las populosas ciudades del Este.

Pero su deber era proteger la vida de todas las personas residentes en la «Quebrada del Buitre», tanto si le eran simpáticas como no.

-Bien, explíquese. ¿A qué viene tanto ruido? ¿Ha ocurrido algo?

-¡Que si ha ocurrido! -exclamó Durkey-. ¡Mire, fíjese! ¡Lea esto! Estaba durmiendo la siesta y cuando me desperté fue para encontrarme con esto prendido en el traje. Creí que tenía usted a Regan en la «sombra».

-También lo creíamos nosotros-replicó secamente Pete cogiendo la carta que le tendía Durkey.

«Durkey -leyó-, pienso matarte. Te lo digo en seguida para que sepas cuáles son mis intenciones. Seguramente creías que en un poblacho como éste no iba a encontrarte, ¿verdad? Pues no me ha sido nada difícil, como ya habrás podido ver.

»Podría haberte matado al dejar sobre ti esta carta. Pero no lo he hecho, porque quiero que sufras y sudes, pensando que de un momento a otro morirás

»Por tu culpa he estado en la cárcel y en ella he visto a los habitantes de la Casa de los Muertos esperando turno para ser asados en la silla. Te aseguro que pasaban unos días terribles. Tú no pasarás días, pero sí horas, y confío que sean tan malas como las de aquellos desgraciados.

»Hubo un tiempo en que me llamaste <camarada>. Pues bien, camarada, esta noche, a las once, serás ejecutado. Que te diviertas hasta entonces.

»Te saluda, deseándote los más hermosos sueños, tu camarada,

»Red Hook Regan. »

-¡Yo no quiero morir! -gimió Durkey-. Sheriff, usted y sus comisarios deben hacerme compañía esta noche. Mañana mismo saldré del pueblo. Lo haría esta misma noche, pero no sale ningún tren.

Pete Rice frunció el ceño al mismo tiempo que se pellizcaba el labio inferior.

No sentía la menor simpatía por Durkey; sin embargo, era necesario protegerle lo mismo que si le inspirase una simpatía loca.

De momento pensó decirle que se hospedara en el Hotel Arizona, pero en seguida abandonó tal idea. Regan salió de la cárcel gracias a la dinamita.

El hospedaje de Durkey en el hotel podría ocasionar la pérdida de muchas vidas inocentes.

-Usted vive en casa de Martín, ¿no?-preguntó.

Durkey asintió.

-Una casa muy solitaria.

Pete reflexionó un momento y, al fin dijo en voz alta:

-Slick Martín era un monedero falso antes de que me nombrasen sheriff. Las ventanas de su casa están resguardadas con barrotes de hierro y puertas de acero. Es una especie de fortaleza ¿Por qué no se encierra usted allí? Regan no puede alcanzarle con sus disparos; también es imposible prender fuego a una casa de ladrillo. Nosotros vigilaremos fuera...

El sheriff se interrumpió. No, aquello no sería una protección muy eficaz contra la dinamita.

Observó con gran atención a Durkey. En el rostro del hombre se reflejaba el más profundo de los terrores. Era indudable que no se trataba de un ángel; probablemente, en el Este debió de pertenecer a una banda rival a la de Red Hook Regan.

Pero en la «Quebrada del Buitre» no tenían nada contra él y, por lo tanto, era necesario proteger su vida.

Por fin el sheriff tomó una decisión. Lo mejor era llevar al hombrecillo aquel a su casa y vigilar ésta desde fuera. Sería el modo mejor de apoderarse de Red Hook.

Y en el caso de que se tratase solamente de una baladronada no se habrían perdido con ello más que unas horas.

-Bien -dijo al fin Pete-. Le vigilaremos hasta que salga el primer tren de la mañana, en el cual le dejaremos sano y salvo.

-Les aseguro que ese es mi mayor deseo-contestó fervorosamente Durkey-.Pueden ustedes creer que hasta me da miedo comer.

-No se preocupe. Dentro de unos momentos iremos al Hotel Arizona a cenar -dijo Pete-. Y luego a su casa. Ahora estese aquí mientras yo hago un trabajito.

Y sin preocuparse de Durkey, se puso a escribir el informe de los últimos sucesos ocurridos en el distrito de Trinchera.

El asesinato de John Damon Carver; la voladura del puente del Bonanza; la casi destrucción de la cárcel; el robo del pergamino; el ataque sufrido por Cy Williams y la amenaza de muerte contra Durkey.

Durante los dos últimos días habían ocurrido infinidad de cosas en la «Quebrada del Buitre».

Además de este informe, Pete Rice escribió algo más que Durkey no vio.

-Lleva esta nota a Curly Fenton -le dijo después a Teeny Butler, entregándole el papel que acababa de escribir-. Luego reúnete con nosotros en el Hotel Arizona.

-Estaré allí en el momento de la cena -rugió el comisario-. Mi estómago reclama a gritos un poco de combustible para seguir funcionando.

La nota que se llevaba el comisario no iba dirigida sólo a Curly Fenton.

Contenía además un telegrama que Teeny iría a imponer en la estación.

Estaba dirigido a El Paso, Tucson, Phoenix, Denver y Nueva York. En él se describía minuciosamente a Durkey y se pedían a la Policía de aquellos puestos, todos los detalles posibles acerca de él.

Pete no se fiaba del hombrecillo de ojos ratoniles. Sin embargo, mientras no tuviera pruebas de lo contrario, le trataría como a un hombre de bien.

En cuanto tuviese alguna prueba de culpabilidad contra él, en lugar de cenar en el Hotel Arizona, le enviaría a comer el rancho que servía a los presos de la cárcel de la «Quebrada del Buitre».

El sheriff tenía un motivo muy importante para llevar a Durkey a cenar al Hotel Arizona.

Red Hook Regan había demostrado que no era hombre que se detuviese ante un obstáculo. Si descubría que aquel a quien juró matar estaba en el hotel procuraría por todos los medios quitarle de en medio allí.

Así, pues, Pete tomó toda clase de precauciones para impedir que tal cosa ocurriese. Su misiva a Curly Fenton, un joven vaquero que tomaba parte en todas las levas de hombres que hacía el sheriff cuando era necesario perseguir a alguna banda numerosa, indicaba al muchacho que rondase cerca del hotel, y que, a la menor sospecha, lanzara un silbido de aviso.

Mientras se dirigía al hotel, acompañado de Durkey y de su comisario «Miserias», Pete no miró atrás ni una sola vez.

Si Regan o uno de sus cómplices lo vigilaban, debió quedar convencido de que el sheriff no abrigaba la menor sospecha.

Por fin los tres hombres llegaron al hotel en cuyo comedor encontraron a Teeny Butler, que ya les estaba esperando.

-¡Esto es vivir!-exclamó el robusto comisario cuando, después de convertir en esqueleto un magnífico pato, se disponía a hacer lo mismo con una gallina asada.

-Sí -asintió «Miserias»- pero si continúas comiendo así, tendrás que cambiar tu penco por un elefante, Teeny. Créeme, amigo, si sigues hinchándote, terminarás no pudiéndote mover a causa de las « miserias».

-Para que veas el caso que te hago -replicó Butler-, voy a encargar una docenita de pichones para cuando termine con este pajarito que estoy liquidando. Me quedaré cómodamente sentado aquí, comiendo, hasta...

¡Crac!

Oyóse un ruido de cristales rotos y una piedra fue a caer al centro de la mesa.

El sheriff de la «Quebrada del Buitre» corrió a la ventana cuyo cristal acababa de ser roto y avizoró las tinieblas que se extendían al otro lado.

En la mano derecha tenía uno de sus Colts del 45, con el percusor levantado.

CAPÍTULO VII
LA MORDEDURA DE UNA SERPIENTE

Por la avenida del hotel, bordeada de álamos, un pequeño individuo era perseguido por Curly Fenton, el vaquero que Pete Rice colocó de guardia.

Que el vaquero alcanzase al otro era solamente cuestión de aritmética, pues las largas piernas de Curly, daban unas zancadas mucho más grandes que las de su perseguido.

En menos de un minuto, el vaquero había logrado coger al pequeño fugitivo por el cuello.

-¡Pero si es un niño!-exclamó Pete. El sheriff se había hecho la ilusión de que la caza fuese mucho más importante. Seguido de sus comisarios salió del hotel y fue a reunirse con Fenton y el prisionero.

-Este pequeño me ha desconcertado -se defendió Curly-. Yo esperaba un «hombre» grande y no me fijé en él hasta que le vi tirar la piedra.

Pete Rice contempló con el ceño fruncido al chiquillo en cuestión, que no tendría más de diez o doce años.

-Chiquillo -dijo con la mayor amabilidad posible-. ¿No sabes que la Ley prohíbe que se atente contra la propiedad de los demás, aunque se trate sólo de un cristal?

-Yo no quería hacer ningún mal -gimió el muchacho-. Se lo aseguro, sheriff. Ni siquiera sabía que estaba usted allí. Un hombre muy grande, a quien nunca había visto, me llamó hace un momento y me dio cinco dólares por tirar una piedra a la ventana aquella. Yo lo hice porque en casa necesitamos dinero desde que mi padre quedó inutilizado.

El muchacho presentaba al sheriff una moneda de oro de cinco dólares. Pete Rice la cogió, pues no quería que el muchacho se embolsase un dinero ganado de una manera vergonzosa.

Guardóse la pieza de cinco dólares y palmoteando la espalda al chiquillo le dijo:

-Si me prometes no volver a hacer nunca más una cosa semejante, te dejaré marchar. Cuando te encuentres en un apuro de dinero, ven a verme y te ayudaré sin que tengas de recurrir a medios así. Ahora vete a casa.

El muchacho se marchó corriendo, satisfecho de haber salido tan bien librado de su hazaña. Más tarde, en uno de los bolsillos del chaleco encontró un billete de diez dólares que el sheriff le puso sin que él se diese cuenta. Este billete representó para él una cantidad fantástica de caramelos y golosinas de todas clases.

De regreso al hotel, Pete encontró a Durkey, acurrucado en un rincón.

-Atada a la piedra que tiraron venía una nota -tartamudeó-. Tenga, léala.

El sheriff la cogió. Decía lo siguiente:

«Durkey: Esta es la última cena. Esta noche, a las once, abandonarás el mundo de los vivos. »Red Hook Regan.»

El sheriff no hizo ningún comentario. Regan se mostraba dispuesto a cumplir su amenaza y esto era para Pete Rice una agradable noticia, pues le hacía prever que en casa de Durkey cogería a Red Hook Regan.

También podría ser una añagaza para obligar al sheriff y a sus comisarios a permanecer junto a Durkey, descuidando la vigilancia del resto de la población, cosa que permitiría escapar al fugitivo.

Pero Pete Rice tomó en seguida sus precauciones y Curly Fenton y otros vaqueros fueron enviados a vigilar las carreteras de la «Quebrada».

Por fin, a Pete Rice se le ocurrió que la carta podía ser una trampa de Durkey para conseguir algún fin determinado. Por lo tanto, decidió que a la menor confirmación de esta sospecha, detendría a Durkey y lo metería en la cárcel a reflexionar acerca de otros trucos.

Pasada la alarma, los hombres terminaron de cenar. Teeny, a quien la salida abrió otra vez el apetito, redujo a huesos la gallina que había empezado, e hizo lo mismo con una segunda.

Luego los cuatro salieron en busca de sus monturas. Pete montó en «Sonny», Teeny en su gigantesco bayo, y «Miserias» y Durkey en el ruano del primero.

A una milla de la ciudad los jinetes llegaron ante dos casas de ladrillo.

Una, algún tiempo antes, fue escenario de un terrible crimen y decíase que en ella rondaba el fantasma del asesino. La otra era la antigua vivienda del monedero falso «Slick» Martín, que se hallaba cumpliendo condena en una penitenciaría del Estado.

Después de apearse ataron los caballos a unos árboles que crecían en un prado cercano.

La casa de Durkey era un edificio construido especialmente para rechazar cualquier ataque del exterior... Las paredes tenían más de sesenta centímetros de espesor. Las ventanas quedaban protegidas por fuertes barras de hierro, y, además, podían cerrarse con postigos de acero.

La puerta, de fuerte roble, estaba defendidas por gruesos herrajes. La chimenea no había servido nunca, pues el falsificador la cegó con ladrillos y cemento. La persona que se encerrase dentro de aquella casa podía resistir el ataque de varios centenares de hombres hasta que le venciera el hambre.

Varias aspilleras abiertas en los muros hubiesen permitido al defensor del edificio impedir que los atacantes se acercaran lo suficiente para colocar algún cartucho de dinamita.

-¡Métase ahí dentro, Durkey! -ordenó Pete Rice- y no tenga ningún miedo. Nosotros vigilaremos de cerca.

Durkey entró en la casa, acompañado de Pete Rice, y mirando el reloj que adornaba la repisa de la chimenea, dijo con voz temblorosa:

-Van a dar las once dentro de poco.

-Siéntese a esa mesa y entretengámonos un rato jugando a cartas -dijo «Miserias»-. Tiene usted aspecto de jugador.

Pero el forastero no parecía estar de humor para entretenerse en diversiones. Con paso nervioso, demasiado nervioso, recorría de un lado a otro la única habitación de la casa. Pete Rice, que lo observaba atentamente, se dijo que el «píes tiernos», aquel, estaba quizá representando una comedia.

Durkey se acercó al quinqué de petróleo e inclinándose sobre el tubo, encendió un cigarrillo. Dio varias chupadas y por fin lo tiró al suelo, aplastándolo con el pie.

Pete Rice había estudiado a muchos criminales. Aquel hombre era indudablemente un enfermo de los nervios pero, a pesar ello, la manera que tenía de comportarse era un poco exagerada.

El sheriff se dirigió a una de las ventanas, la abrió un poco y miró afuera.

Su fino oído le permitió oír los mugidos de las vacas de una estancia cercana a la «Quebrada del Buitre». Como así mismo las voces de algunos trasnochadores que cantaban alegremente.

Pero no se oía nada más aparte de aquellos ruidos y del choque de las cartas contra la mesa, junto con los nerviosos pasos de Durkey.

Pete se preguntaba si Red Hook Regan se atrevería a atacar la casa aquella noche, cuando, de pronto, el quinqué se apagó.

-¿Qué está usted haciendo, Durkey?-preguntó, furioso, Teeny Butler.

No hubo ninguna contestación.

-Quizá se ha terminado el petróleo-indicó «Miserias».

-¡Enciende una luz! ¡Pronto! -ordenó Pete Rice-. El quinqué está lleno de petróleo, me he asegurado al entrar.

«Miserias» frotó una cerilla y quitando el tubo del quinqué, prendió la mecha. La habitación quedó claramente alumbrada.

-¡Diablos! -exclamó «Miserias»-. ¿Dónde está Durkey?

El neoyorquino había desaparecido.

Pete se acercó a la mesa, donde al entrar dejó la llave de la puerta. ¡Había desaparecido! El sheriff corrió a la puerta. Esta seguía cerrada con las barras por dentro. Durkey no podía haber salido por allí.

-¡Maldición! ¡Hemos caído en la ratonera!-rugió Teeny.

Los ojos de Pete Rice brillaron amenazadores. Acercóse a la ventana. que antes entornara y miró hacia fuera por la rendija que quedaba. No pudo ver ni oír nada absolutamente.

La traición de Durkey no le sorprendió. Durkey era, indudablemente, cómplice de Red Hook Regan. A1 atraer allí al sheriff y a sus comisarios, debió de hacerlo con algún fin determinado. Pero, ¿con cuál?

Pete regresó al centro de la estancia. Durkey debía de haber escapado por alguna salida secreta. Por lo tanto, si existía tal salida, más pronto o más tarde la perspicaz mirada del sheriff daría con ella.

Una maleta bastante grande estaba debajo de la mesa. Una idea asaltó a Pete Rice. Levantó la maleta y escuchó con reconcentrada atención. A sus oídos llegó un ligero tic tac.

-¿Qué ocurre, patrón?-preguntó Teeny.

Los labios de Pete se habían apretado hasta formar una línea fina e irregular.

-Es probable que dentro de unos minutos volemos todos con la casa -replicó-. Durkey ha decidido reducirnos a polvo. Le creí nervioso y lo que hacía era mirar constantemente el reloj. Hubo un momento en que llegué a creer que realmente tenía miedo a Regan. Su único miedo era no poder escapar a tiempo. En esa maleta nos ha dejado una bomba de relojería. Procuremos salir de aquí lo antes posible.

-Pero, ¿cómo?-interrogó Teeny Butler.

Esta misma pregunta preocupaba a Pistol Pete Rice. Era indudable que Durkey se había marchado en el último momento. Debía de haber dispuesto la explosión para las once, ¡y en aquel momento eran las once menos un minuto!

CAPÍTULO VIII
CLAY KILDARE

En una caseta, situada en la montaña, a tres millas de la «Quebrada del Buitre», un hombre estaba estudiando un mapa a la luz de una lámpara de petróleo, mientras fumaba un excelente cigarro.

De cuando en cuando trazaba una línea en el mapa, lo observaba atentamente y, en seguida, se sumía en profundos pensamientos.

Era un hombre atractivo, de unos treinta y cinco años, alto, vigoroso, bien proporcionado. Su rostro era de color de la caoba, el cabello casi rubio y los ojos de un azul claro.

Estos brillaban duramente cuando el hombre salía al porche de la entrada de la vivienda y escuchaba con gran atención.

Cuando regresaba a la mesa y miraba al reloj, su rostro reflejaba la cólera que le embargaba. Faltaban pocos minutos para las once.

-¿Por qué no llegará? -murmuró-. ¡No puede haber salido mal el proyecto!

El desconocido cogió un arrugado periódico y lo extendió sobre la mesa.

Era un ejemplar del «Light», de San Antonio.

El hombre pareció interesarse enormemente por el último intento de Vicente Garza para derribar al gobierno mejicano.

Según el periódico, la campaña de Garza estaba a punto de fracasar a causa de que el revolucionario no podía encontrar los fondos necesarios para el mantenimiento de su enorme ejército.

El desconocido, cuyo retrato aparecía en una de las páginas del periódico, lo arrugó violentamente. Debajo del retrato había habido un suelto que fue recortado y que el hombre, sacándolo de un bolsillo, volvió a leer atentamente en aquel momento.

«CLAY KILDARE ACUDE EN AYUDA DEL GENERAL GARZA»

Así rezaba la cabecera del suelto. A continuación se leía:

<Un antiguo vecino de esta ciudad, soldado de fortuna, se alista a las órdenes del general Garza.

»Nos comunican que Clay Kildare, natural de esta población, y antiguo soldado de fortuna, se ha unido a los «ínsurrectos» mejicanos que acaudilla el general don Vicente Garza.

»Los amigos de Kildare aseguran que ha tomado por lo menos parte en doce guerras y revoluciones y que ha estado al servicio de varios gobiernos como instructor militar.

»La tía de Clay Kildare, la señora de Preston Kildare, se ha negado a confirmar estos rumores al visitarla hoy nuestro redactor.»

Una sonrisa curvó los labios del hombre.

-Cuando me apodere de ese millón de dólares, se va a hablar bastante más de mí- murmuró.

De nuevo dirigió la mirada al reloj, y, levantándose, fue de un sitio a otro con grandes zancadas. De pronto inclinó la cabeza a un lado, escuchó atentamente, y de nuevo salió al porche.

-¿Quién es?-gritó.

Oyóse el golpear de los cascos de un caballo y poco después una voz contestó: -Soy yo.

-¿Lo conseguiste?-preguntó ansiosamente Kildare.

-Claro que lo conseguí, compañero. Ya sabes cómo soy.

El jinete saltó al suelo. Era un hombre muy alto, vestido al estilo mejicano, pero que no hablaba en español.

-Espero que tendrás un poco de ron, ¿verdad, Kildare?-dijo el recién llegado, apeándose y entrando en la caseta.

-Sí, te daré todo el ron que quieras, pero antes entrégame el pergamino, Regan.

Red Hook Regan tiró su ancho sombrero mejicano sobre una silla y con la mirada recorrió la habitación.

-¿Estabas en el pueblo cuando la explosión de la cárcel?-preguntó al mismo tiempo que se dirigía a una alacena donde se veía una botella de ron.

Clay Kildare negó con la cabeza:

-No, creí que era preferible no dejarme ver. Durkey me envió una nota por mediación de uno de mis mejicanos, diciéndome que lo había dispuesto todo. En realidad te esperaba más pronto.

-¡Más pronto! -rugió Regan-. Me hubiera gustado verte allí.Tuve que esperar varias horas escondido en el barrio mejicano, hasta que dejaron de buscarme los pistoleros de Pete Rice. Además, el sheriff dejó vigilantes en todas las carreteras. Un mejicano me llevó por un atajo, pero tuve suerte de que Pete Rice no estuviese en el pueblo, de lo contrario no habría podido salir. Siento un odio a muerte contra ese sheriff, porque hay que reconocer que es peligroso.

-Por lo que me decía Durkey en su nota -dijo Kildare-, no tendremos que preocuparnos más de Pete Rice. Le tiene preparada una carga de dinamita que lo hará papilla. En eso de las explosiones Durkey es un as. Allí en el puente hizo un excelente trabajo. ¡Lástima que estallara un segundo antes de lo que nos hubiese convenido!

-No te preocupes, que esta vez no se salva. ¡El idiota creyó a Durkey cuando fue a pedirle ayuda contra «mí»! Durkey le enviará a él y a sus dichosos comisarios a cien kilómetros de altura. Manejando explosivos, es un hombre de cuidado.

-A Garza le hará mucho servicio -siguió Kildare-. Podrá volar los puentes que convenga si hay que retirarse. Garza deberá nombrarle capitán, si el trabajo de esta noche sale bien. Es de gran interés para la insurrección que a Pete Rice y a sus comisarios se les quite de en medio. El mismo ha dicho que Pete Rice vivo podría significar el fracaso de la revolución.

Kildare miró el reloj. Las saetas marcaban las once menos un minuto.

-Yo también me sentiré más seguro cuando sepa que Pete Rice ya no existe -admitió-. La mayoría de los sheriffs son fáciles de manejar, pero ese Rice es un hueso. Y sus comisarios...

¡Buuum!

La explosión despertó múltiples ecos en las montañas e hizo vibrar los cristales de la ventana.

Red Hook Regan pegó un brinco.

-¡Ya está! ¡El millón es nuestro! Durkey tenía dispuesta la explosión para las once. Son las once y hemos oído ya el estruendo. ¡Bebamos para celebrarlo!

Kildare sonrió fríamente, dirigióse a la alacena y cogió un vaso.

Los dos conspiradores estaban a la mitad de la botella cuando, de pronto, Regan se puso en pie.

-¿Has oído eso? -preguntó-. Son los cascos de un caballo. Debe de ser Durkey.

-Quizá -asintió Kildare-, pero será mejor que te escondas por si es otra persona.

-¡Es él! -exclamó Regan-. Conozco su manera de silbar.

Unos segundos más tarde, Durkey entraba en la habitación.

-¿Habéis oído esa explosión? -preguntó ufanamente-. ¿Qué os parece mi manera de trabajar?

-¿Estás seguro de que Pete Rice ha muerto?-preguntó Regan.

-¿Que si estoy seguro? ¡Vaya pregunta! Cuando salí de allí procuré alejarme lo más posible, pero no tanto que perdiera de vista la casa. La vi volar y con ella a Pete Rice y sus malditos comisarios.

E inmediatamente explicó cómo había escapado de la casa por un pasaje secreto que se abría en la chimenea, apretando un determinado ladrillo.

El pasaje conducía a la casa encantada, detrás de la cual le esperaba un caballo ensillado.

-Ese secreto me lo contó Slick Martin, el falsificador, que fue compañero mío de celda en la penitenciaría donde cumplí condena. Slick era de la «Quebrada del Buitre». Como sabía que nunca saldría de la cárcel, me reveló el secreto. ¡Un secreto que nos ha servido de mucho! ¿Verdad, compañeros?

-Y que quizá a ti te valga el grado de capitán en el ejército de Garza -replicó Kildare-. Regan será comandante. Le he presentado como experto en ametralladoras.

-¡Y no has dicho ninguna mentira! -intervino Durkey-. Regan se «cargó» a tres «polis» con una ametralladora, allá en Brooklyn.

-¡Haz el favor de no hablar de cosas pasadas! -protestó Regan-. Las paredes tienen oídos.

-Es un sistema excelente el hablar lo menos posible -dijo sonriendo Kildare-.

-Estoy convencido de que me seréis útiles vosotros dos, amigos. Yo pondré el cerebro, y no porque vosotros no tengáis la suficiente inteligencia, sino porque carecéis de práctica, pero en cambio podéis poner la fuerza.

Acercóse a la alacena y cogió otro vaso.

-Entre nosotros no deben existir secretos -dijo al volver junto a la mesa-. La victoria de Garza nos tiene sin cuidado... Lo que nos interesa es aprovechar los rebeldes para nuestros propios fines. Tendremos una banda nuestra completamente gratuita.

-¡A propósito! -exclamó Regan-. El otro día, cuando hablaba con...

-¡Alto! -exclamó Kildare-. ¡Nada de nombres! Aquellos que cooperan con nosotros no quieren que se mencionen para nada sus nombres. No olvidéis que si cogen a alguno de nosotros le irá la vida.

-¿Estás seguro de que hay oro en esa ciudad?-preguntó Regan, dirigiéndose a Kildare.

-Completamente. Ya oísteis al viejo Carver, poco antes de morir, cómo en su delirio proclamaba que en la Ciudad del Sol había mucho oro. El vejestorio aquel fue un idiota no queriéndonos decir dónde estaba esa ciudad. Si lo hubiera hecho le habríamos matado más suavemente.

-Pero ahora ya tenemos el mapa -rió Durkey-, Garza tendrá el oro que necesita para adueñarse de todo Méjico y nosotros el suficiente para pasar el resto de la vida lo más agradablemente posible.

Kildare extendió sobre la mesa el mapa azteca y mientras lo observaba, exclamó:

-¡Sí, es el mapa que nos conducirá a la Ciudad del Sol!

-Está muy bien -intervino Regan-. Pero, ¿quién leerá esos garabatos?

-Estrada -replicó Kildare. Llenó los tres vasos y levantando el suyo, exclamó-:-¡Comandante Regan! ¡Capitán Durkey! ¡Brindemos por la Ciudad del Sol!

CAPÍTULO IX
LA EXPLOSION

La terrible explosión atrajo a las calles multitud de alarmados vecinos de la «Quebrada del Buitre». A poca distancia de la población había varias minas de plata, oro y cobre.

Las explosiones eran corrientes. Pero los ciudadanos estaban muy acostumbrados a las ahogadas detonaciones de los barrenos en las minas, para confundir la que acababan de escuchar con una de ellas.

La explosión fue muy próxima, por lo tanto sólo podía tratarse de una catástrofe. Sin embargo, nadie podía decir con certeza de dónde procedía el estruendo.

De pronto oyóse el rítmico chocar de los cascos de un caballo contra la carretera que conducía a la «Quebrada del Buitre». Un jinete apareció a toda velocidad.

Era Curly Fenton, el joven vaquero a quien tanto apreciaba Pete Rice.

Llegaba con el rostro bañado en lágrimas, y su aspecto era el de un hombre abrumado por la desgracia.

-¡Han matado al sheriff ! -gritó-. Pete Rice y sus comisarios han perecido en esa explosión. Lo he visto con mis propios ojos. También ha muerto un «pies tiernos» recién llegado del Este. He visto la casa de ladrillos convertida en polvo y llamas.

El excitado Curly Fenton saltó al suelo, siendo rodeado inmediatamente por un grupo de no menos excitados hombres y mujeres.

Desde que Pete Rice fue nombrado sheriff, sus conciudadanos esperaban de un momento a otro enterarse de su muerte, pues a partir de aquel momento se mostró dispuesto a no retroceder ante ningún riesgo, por grande que fuera.

El sherif f de la «Quebrada del Buitre» era un personaje tan dinámico, que la <Quebrada del Buitre> en peso se preguntaba cómo había podido pasar hasta entonces sin él.

El pueblo estaba próximo a la divisoria, era una región de pastos y minería y, por lo tanto, una verdadera atracción para los bandidos de toda clase.

Sin Pete Rice y sus comisarios, la «Quebrada del Buitre» no tardaría en convertirse en una madriguera de asesinos y proscritos.

-No cabe la menor duda de que han muerto -explicaba Fenton-. Yo mismo les vi entrar en la casa poco antes de las once. No salió nadie y a las once en punto ocurrió la explosión. Por encima de mi cabeza pasaron volando varios ladrillos. Otros volaron hacia las nubes. No existe la menor posibilidad...

Curly Fenton se interrumpió, dominado por la emoción. Era uno de los grandes amigos del sheriff .

Los que le rodeaban parecían abrumados por lo ocurrido. Pete Rice era un amigo para todas las personas honradas de la «Quebrada del Buitre.

Sus bondades le habían granjeado el aprecio de la mayoría y por eso la consternación era general.

-Hace cincuenta años que vivo en la Quebrada -dijo un anciano cuyos cabellos ya eran blancos antes de que naciese Pete Rice- y en todo ese tiempo no he visto un sheriff que pudiera compararse a Pete. ¿Por qué no me habrá tocado «liármelas» a mí en lugar de él?

-A mí me salvó de ser linchado en el condado de Mesa -dijo Curly Fenton. Y sus comisarios eran también unos hombres muy valientes -continuó-. Ellos impidieron que la gente me ahorcase en lugar del verdadero culpable.

-Alguien tendrá que comunicar la noticia a la madre de Pete -dijo uno-. Yo no me veo con ánimo de hacerlo. Deberán encargarse las mujeres.

Una mujer de rostro duro, la viuda Davis, cuyo marido fue muerto por un caballo al cual había castigado con demasiada crueldad, se adelantó, dispuesta a llevar la noticia.

Era uno de esos seres cuyo mayor gozo está en ver sufrir a los demás.

-Señora Ames, ¿quiere usted venir conmigo? -preguntó, dirigiéndose a otra de las reunidas allí-. ¿Y usted, señora Smithers? La señora Rice agradecerá mucho nuestra compañía.

Las tres mujeres habían enterrado a sus respectivos maridos; por lo tanto, sabían lo que era el dolor y, egoístamente, deseaban verlo reflejado en los demás.

Cogidas del brazo, las tres «consoladoras» se dirigieron a casa de la señora Rice. Habría sido preferible que el más bruto de los vaqueros de la «Quebrada del Buitre» se hubiera encargado de la comisión.

La señora Rice acogió a las tres visitantes con su amable sonrisa de siempre.

Los años se habían mostrado muy benignos con ella, pues, aunque su cabello era de un gris plata, sus ojos habían perdido parte de su antiguo brillo y algunas arrugas aparecían en su rostro, el color animaba aún sus mejillas y se conservaba fuerte y ágil.

La hora era un poco intempestiva y la señora Rice comprendió en seguida que aquellas mujeres no la visitaban por un motivo corriente.

Ella también oyó aquella terrible explosión. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, disimuló la inquietud que la embargaba.

-Pasen ustedes -invitó, cortés-. Ya me perdonarán si encuentran la casa desarreglada... Como no esperaba esta agradable visita...

Lo de la casa desarreglada era una enorme mentira.

Como decía Pete Rice, en el suelo de la cocina podía tirarse una pastilla de manteca con la seguridad de recogerla tan limpia como estaba antes. Ninguna mujer de la «Quebrada del Buitre» tenía su casa tan pulida como la señora Rice.

-Voy a prepararles unas tacitas de té -siguió ésta-. Tengo también algunos pasteles que había preparado para mi hijo Pete, pero esta noche no ha venido a cenar.

Estas palabras prestaron pie a la viuda Davis para explicar el motivo de su visita. -Por eso veníamos a verla, señora Rice -empezó con empalagosa suavidad, al mismo tiempo que se enjuagaba los ojos con la punta de su chal-. Su hijo nunca más volverá a cenar. ¡Pete ha sido asesinado!

-¡Oh! -exclamó la señora Rice, llevándose una mano a la garganta-. Ya me lo temía yo... -murmuró-. Pete era todo cuanto me quedaba en la Tierra. Su padre también murió de muerte violenta... y ahora... ahora...

-¡Cálmese, cálmese, señora Rice! ¡Hay que resignarse! ¡Cuando Dios lo ha dispuesto así... mejor estará allí que en este mundo!

De pronto, en el silencio de la noche, oyóse el grito de un búho:

¡Hu-huuu! ¡Hu-huuu! ¡Hu-huuu!

La señora Rice apretó con fuerza los brazos de su sillón. A través de las lágrimas, sus ojos brillaron llenos de alegría.

Sin embargo, comprendiendo las intenciones de aquellas tres brujas que habían ido a regocijarse con el dolor de una madre que idolatraba a su hijo, procuró impedir que se dieran cuenta de su alegría y, con voz fingidamente temblorosa, dijo:

-Muchas gracias por sus palabras de consuelo, señora Davís. Y a ustedes también, señoras, muchas gracias por su visita. Sin embargo, les agradeceré mucho que me dejen sola. Necesito calmar mi dolor.

Las tres viudas quedaron desconcertadas. No habían podido volcar todas las frases que llevaban preparadas, por eso, la señora Davis, resistiéndose a ser despedida, dijo, dulzona:

-¿De veras, que no quiere aspirar unas sales, o una taza de tila? En fin, tomar algo. Debe usted tener resignación, calma...

-Sí, sí, haré lo que usted dice- le interrumpió la madre de Pete, que permaneció en la puerta viéndolas alejarse hacia el pueblo.

Cuando se hubieron perdido de vista, una sombra apareció en la galería y un hombre alto y fuerte se acercó a la mujer y la estrechó entre los brazos.

-¡Mamá!-exclamó.

-¡Pete! -la señora Rice apretó fuertemente las manos de su hijo-. No sé qué hubiera sido de mí si llego a perderte. La gente mala te odia y te teme. Pero para mí serás mi pequeño, aunque tengas la barba blanca.

Madre e hijo, cogidos por la cintura, entraron en la casa. En seguida, la señora Rice corrió a preparar el té, mientras Pete llevaba a la mesa las tazas y los platos.

-No he entrado en seguida, mamá, porque he visto a aquellas mujerucas ahí dentro, y quiero que, por algún tiempo, todo el mundo crea que he muerto.

Inmediatamente el sheriff explicó a su madre el oportuno descubrimiento de la salida secreta, y cómo lograron salir él y sus comisarios de la casa segundos antes de la explosión, si bien nada dijo de su presencia de ánimo ni de que fue el último en salir de la casa.

Pero la señora Rice lo adivinaba perfectamente. Los tres camaradas siguieron el mismo camino que Durkey, llegando a la casa encantada, cuando acababa de tener lugar la explosión.

No hallaron el menor rastro del traidor. Pete se separó de sus comisarios y por un atajo se dirigió a su casa, avisando a su madre de que estaba vivo por medio del grito que ella conocía ya y oculto en el jardín aguardó pacientemente a que salieran las tres harpías aquellas.

-Este asunto me ha servido para una cosa, mamá -dijo-. Ahora ya sé quiénes asesinaron a John Carver. Sé que Regan y Durkey trabajaron juntos y ahora sólo me falta conseguir algunas pruebas concluyentes para poner una cuerda al cuello de esos hombres.

Mientras tomaban el té y los pasteles, madre e hijo hablaron animosamente.

El tiempo transcurrió de prisa y al fin, mirando el reloj, Pete dijo:

-Ya es hora de que se acueste, mamá. Mientras usted duerme yo fregaré estos platos.

La señora Rice protestó, pero al fin tuvo que ceder ante la insistencia de su hijo.

Poco antes de la una sonaron unos leves golpecitos en la puerta. Era Hicks «Miserias». Los telegramas enviados por Pete habían tenido contestaciones.

Pete Rice leyó los dos telegramas y su rostro se endureció visiblemente.

-Esos dos canallas estaban de acuerdo -explicó a <Miserias>-. Ese Durkey está reclamado por tres o cuatro robos, y Regan, por el asesinato de tres guardias en Brooklyn. La policía suponía a esos dos individuos en Méjico. Parece que tratan de ingresar en el ejército de los rebeldes.

A la una en punto llegó Teeny. Después de la explosión, el sheriff le había enviado a la hacienda de Estrada para pedir al mejicano que acudiera a la ciudad para celebrar una conferencia.

-¡Estrada ha desaparecido! -anunció Teeny-. No se sabe nada de él. Ni su criado Félix sabe dónde se encuentra. Abrimos una de las ventanas del despacho del señor Estrada y entramos en él. Todo parecía estar en orden, excepto algunos papeles que se hallaban

desparramados por el suelo. Este fue el único que me pareció interesante y lo he traído para que lo veas. Yo no entiendo ni una jota de lo que dice en él.

-Es la hoja de un bloc -explicó Pete Rice-. Se ve que Estrada trató de reproducir algunos de los jeroglíficos aztecas que aparecían en el pergamino robado. Pero para mí es lo mismo que si estuviera escrito en chino.

-¿Crees que eso significa algo?-interrogó <Miserias>.

-Sí -asintió Pete-. Por lo menos significa una cosa. Que esta misma noche emprenderemos un largo viaje. Así nadie se enterará de que nos hemos salvado de la explosión. Preparaos, muchachos, que vamos a galopar.

CAPÍTULO X
LA SENDA PELIGROSA

Tres jinetes ascendían las montañas que se levantan al Oeste de la «Quebrada del Buitre». Era mediodía. El sol inundaba con sus ardientes rayos la senda que seguían los tres hombres.

El calor era sofocante, pero los jinetes no se quejaban. Estaban más acostumbrados a las molestias que a las comodidades.

Pistol Pete Rice y sus comisarios no necesitaban sus insignias, las plateadas estrellas, las cuales iban guardadas en la parte interior de los chalecos.

El sheriff y sus hombres se dirigían a la misión de San Juan situada a unas cincuenta millas de la «Quebrada del Buitre». Allí, Pete Rice saldría de dudas respecto a ciertos detalles.

La misión era una vieja construcción de ladrillo. Fue fundada en el siglo XVII, por los franciscanos. Se decía que el Padre Quino, un misionero que en el año 1694 llevó la fe a aquella salvaje región, dirigió su construcción.

Los edificios contiguos se levantaron bajo la dirección del Padre Font, otro misionero español, que en el año 1775 organizó las escuelas para indios.

El Padre Adolfo, un antiguo amigo de Pete Rice, hacía varios años que dirigía la misión. Este fraile era un experto en historia azteca y tal era el motivo de la visita de Pete Rice.

Mientras se dirigían a la misión, el ceño del sheriff se fue frunciendo. ¿Por qué había desaparecido el señor Estrada? ¿Estaría acaso el mejicano mezclado en el asesinato de John Damon Carver?

¿Era el señor Estrada tan amable y honrado como aparentaba? ¿Sería todo ello una máscara para encubrir sus culpables manejos?

Pete recordó el brillo que apareció en los ojos del mejicano cuando Cy Williams, el abogado, sacó el pergamino azteca. ¿Sería Estrada quien le dejó sin sentido? ¿Habría robado el pergamino? O estaba, acaso, de acuerdo con Regan y Durkey?

Pete no podía creerlo; sin embargo, era muy posible que don Tiburcio Estrada, obsesionado por el afán de superar los Descubrimientos de su amigo le hubiera matado para adueñarse de su secreto y ganar para sí la gloria que correspondía a John Damon Carver. Por otra parte, la verdad era que el señor Estrada se mostró muy caritativo con algunas familias pobres de la «Quebrada del Buitre». Pero aquello podía ser una manera de satisfacer su vanidad.

Cuando el sheriff comunicó a Estrada la noticia de la muerte de Carver, el mejicano le dijo que acababa de llegar de Méjico. ¿Habría dicho la verdad?

¿Estuvo en realidad en Méjico, o estuvo acaso en las montañas, con los hombres que mataron a John Damon Carver y que luego le atacaron a él la noche en que fue volado el puente sobre el Bonanza?

Estos eran los pensamientos que asaltaban el cerebro de Pete Rice mientras se dirigía hacia la misión de San Juan.

Esta se levantaba en la cima de una pequeña montaña y constaba de varias edificaciones. Añosos robles bordeaban el camino que conducía desde la carretera hasta la cumbre de la colina.

Se entraba a la misión por la puerta de una torre donde se alzaba el campanario. Fray Adolfo se dirigía hacia allí en el momento que los tres jinetes llegaban a la puerta.

Con una bondadosa sonrisa el fraile se dirigió presuroso al encuentro de Pete Rice.

-Bienvenido, hijo mío -dijo en español-. El peligro parece probarte. Estás más saludable que nunca y tu bien proporcionada delgadez casi me da envidia. Supongo que estos caballeros serán tus comisarios, ¿verdad? ¡Bienvenidos a esta pobre mansión, amigos míos!

-Buenas noches, padre -replicó Pete también en español-. ¿Podríais dejarnos pasar la noche en la misión?

-Desde luego, hijo mío -replicó el fraile-. Llevad los caballos a la cuadra y arreglaos para la cena.

Los tres camaradas, que estaban hambrientos a causa de la cabalgata, sentáronse a la mesa con verdadero placer. La comida, copiosa y sana, fue acompañada por varias botellas de un excelente vino que, desde cincuenta años antes, descansaba en las bodegas de la misión.

Mientras cenaban, el sheriff explicó los motivos de la visita, dando al fraile todos los detalles de lo ocurrido.

-¡John Carver! -exclamó el franciscano-. ¡Que su alma descanse en la Gloria! El señor Carver fue mi huésped en diversas ocasiones. Juntos pasamos horas muy agradables, descifrando jeroglíficos aztecas que el señor Carver me trajo para que los examinara. ¡Sentíase tan orgulloso de sus descubrimientos! ¡Las alegrías de la vida son efímeras, hijos míos!

Pete Rice explicó lo del mapa robado y repitió lo que le contara Estrada acerca de la Ciudad del Sol y las palabras de Carver, acerca del asentamiento de los aztecas en una montaña de Arizona.

-Sí, algo he sabido de esa emigración de nobles aztecas cuando la caída de Moctezuma -dijo fray Adolfo-. No dudo de la existencia de esa Ciudad del Sol. Los aztecas pertenecían a una raza cruel y guerrera. Esta misión, en los primeros tiempos de su fundación fue sitiada por los guerreros aztecas. En las montañas próximas se han encontrado evidentes indicios de sacrificios humanos. En el patio tengo una piedra que sirvió de altar para los sacrificios. La encontré en unas excavaciones. Sin embargo, he recorrido todas estas montañas y dudo que la Ciudad del Sol se encuentre por estos alrededores. Es una verdadera lástima que robaran el mapa. Quizá yo hubiese podido descifrar algunos de los jeroglíficos.

Pete Rice sacó del bolsillo la hoja en la cual don Tiburcio Estrada había dibujado algunas de las figuras del mapa. El franciscano abrió desmesuradamente los ojos, exclamando.

-Son signos aztecas. No me es posible descifrarlos en seguida. Los cotejaré con otros pergaminos que tengo ya descifrados y mañana a la hora del almuerzo os diré lo que haya sacado en limpio. Ahora, hijos míos, os acompañaré a vuestras habitaciones.

A la mañana siguiente, fray Adolfo se dirigió sonriendo al encuentro del sheriff y sus comisarios. Pete Rice supuso que el fraile había pasado la mayor parte de la noche entregado al estudio de aquellos jeroglíficos.

-Siento mucho no poder explicarte todo lo que quisiera, hijo mío -empezó el buen fraile-. He descifrado casi todos los signos, pero no he conseguido aclarar el sitio exacto

donde se encuentra esa Ciudad del Sol. Aquí -señaló la hoja de papel-, habla de montañas, pero ya sabes, que en Arizona las montañas son numerosísimas.

Mientras hablaba, el fraile había tendido a Pete Rice la traducción de los jeroglíficos dibujados por don Tiburcio Estrada. El sheriff leyó:

<En las lejanas montañas por donde el sol se pone cruza el río y baja la llanura de los caballos. Dirígete luego hacia el sitio de donde vienen los vientos helados (Norte), y encontrarás el nido del halcón (sin duda la cima de una montaña). En su base hay un río que ha mordido a la montaña (sin duda se trata de que un determinado río se mete en un túnel que atraviesa la montaña». Corriente lleva a... «no he podido hallar el verdadero significado de este signo. Su traducción más aproximada es, según creo, la siguiente: «Remontar la corriente hasta llegar a una roca en forma de pirámide guardada por un alto pino. Enfréntate con el sol poniente y verás el paso que por las montañas conduce a la casa de Queltzalcoalt (Ciudad del Sol).

Pete levantó la vista del papel.

-¿No hay ninguna indicación precisa del lugar donde se encuentran esas montañas, Padre?-preguntó.

-No. Es posible que estén cerca de Cariso, por la frontera Norte del Estado. Entre Lomas Negras y la sierra de Cabeza Pireta.

Pete Rice sabía cuando estaba derrotado.

Los lugares que indicaba el franciscano estaban separados por unas distancias enormes y encontrar algo allí era lo mismo que buscar una aguja en un pajar.

Pocos estados hay más montañosos que Arizona, y las montañas que se citaban en el documento azteca podían ser tantas que no podía pensarse en buscarlas.

Sólo un hombre habría podido indicar algo más al sheriff y ese hombre era Tiburcio Estrada.

Al pensar en el desaparecido hacendado, Pete Rice se volvió hacia el franciscano y le preguntó:

-Padre, ¿podría decirme qué opinión tiene usted formada de don Tiburcio Estrada?

-Hijo mío -replicó el franciscano con una bondadosa sonrisa-. Sólo puedo juzgar a los hombres por sus acciones, y por lo tanto, mi opinión sobre el señor Estrada es que se trata de un hombre de honor a quien la Providencia ha premiado por su espíritu caritativo.

Permaneció unos instantes observando al preocupado Pete Rice. Poco después se despidió de él y de sus comisarios.

Los tres hombres regresaron por el mismo camino de la víspera. El sheriff cabalgaba silencioso y pensativo. Su mirada estaba fija en la cordillera que se extendía ante él.

¿Por qué John Carver había dicho tantas cosas de la Ciudad del Sol y, sin embargo, calló las montañas donde estaba situada? ¿Lo sabía acaso Estrada?

Pete cogió la traducción que el padre Adolfo había hecho de las notas de Estrada y la leyó varias veces. Luego la guardó en un bolsillo.

Al hacerlo, el papel crujió al rozar con otro. Era la carta que enviara John Damon Carver la víspera de su muerte.

Mientras Sonny subía una pendiente, Pete releyó de nuevo la carta.

Muchas cosas habían ocurrido desde la primera vez que el sheriff posó la vista sobre aquel papel. Dos o tres veces lo había vuelto a leer rápidamente.

Sin embargo, mientras su caballo ascendía lentamente la cuesta, Pete releyó con todo cuidado la nota.

-¡Hum! -murmuró. Observó con atención la carta y volviéndose hacia Teeny Butler, llamó-: Teeny, ven un momento, he descubierto algo...

¡Bum! ¡Zinnnn!

A poca distancia, frente a los tres camaradas, entre un macizo de pinos, acababa de ser disparado un rifle. Una columnita de humo se elevaba frente a los árboles, marcando el lugar de dónde había partido el disparo.

La bala pasó a un milímetro escaso de la cabeza de Teeny Butler, después de rozar el sombrero de Pete Rice.

-¡Rendios!-ordenó una voz.

Pero los representantes de la Ley no se «rindieron». De un salto abandonaron las sillas de sus monturas y en cuanto sus pies tocaron el suelo, los revólveres aparecieron en sus manos.

Una descarga cerrada partió de detrás de los árboles.

-¡Buscad algún cobijo! -gritó Pete-. ¡Dirigios a la derecha, a aquellas piedras!

Los tres hombres golpearon a sus caballos en las ancas, para alejarlos de la zona de peligro, y, en seguida, se dirigieron hacia un cúmulo de rocas que en caso necesario podían constituir un refugio pasable.

Pete empuñaba sus dos 45. Pero no disparó en seguida. En sus ojos brillaba el más profundo desconcierto. Infinidad de veces había caído en emboscadas preparadas por enemigos suyos, pero aquella era la más extraña de todas.

No podía comprender la razón de que aquellos hombres ocultos detrás de los árboles, dispararan sobre él y sus comisarios.

No era probable que los atacantes fueran Durkey y Red Hook Regan al frente de su cuadrilla. Los dos gangsters suponían muertos al sheriff y sus ayudantes.

¡Pam!

El sheriff acababa de descubrir un blanco. Oyóse un alarido de dolor y un hombre salió de detrás de un árbol agarrándose fuertemente al brazo derecho, Pete Rice no le había visto nunca.

CAPÍTULO XI
¡POR LA LIBERTAD!

El herido era un hombre joven. Se trataba de un mejicano de aspecto muy atractivo cuyo labio superior lucía un fino bigote.

Olvidando momentáneamente todo, menos su dolor, el joven permaneció en descubierto el tiempo suficiente para que Pete Rice vaciara sobre él la carga entera de su revólver. Pero el sheriff ordenó a sus comisarios:

-¡No disparéis!

Orden completamente innecesaria, porque Teeny Butler y «Miserias» nunca disparaban sobre hombres indefensos.

-Fijaos en el uniforme que lleva -dijo Pete Rice-. Ahora comprendo con quien nos las habemos.

El herido fue arrastrado hasta ponerle a cubierto de las balas por uno de sus compañeros. El tiroteo había amainado y detrás de las rocas oíanse parlamentos en español. Aquel incidente hizo recobrar la sensatez a los atacantes, que comprendieron que se las habían con una oposición muy tenaz.

Pete Rice sabía ya quienes eran los emboscados. El joven herido vestía un uniforme caqui. El brazo del compañero que le ayudó a resguardarse, también llevaba una manga de uniforme.

Aquellos hombres no eran soldados norteamericanos. Tampoco eran soldados del ejército federal mejicano.

Indudablemente pertenecían a las fuerzas rebeldes de Vicente Garza.

-No disparemos hasta que ellos vuelvan a empezar- dijo Pete a sus comisarios.

-Es posible que la mayoría de esos hombres sean excelentes personas.

En aquel momento, el sheriff miró hacia la izquierda. Un militar se dirigía hacia él. En las mangas de su uniforme veíanse los galones de sargento.

En la mano derecha llevaba un revólver y al verse descubierto, se dispuso a disparar sobre los tres hombres.

Pero de nuevo el Colt de Pete Rice entró en acción y un fogonazo se proyectó hacia el mejicano, cuyo revólver salió despedido.

La bala había chocado contra el arma, sin rozar siquiera al hombre.

El sargento quedóse tan asombrado que, momentáneamente pareció no saber qué hacer contemplando, como embobado a los tres guardadores de la Ley.

Pero, como buen hispano americano, el valor era el sentido dominante en él y sin pararse a reflexionar en la terrible puntería de que acababa de hacer gala Pete Rice, con la mano izquierda empuñó el 45 que guardaba en la otra pistolera.

¡Craccc! El largo látigo de Teeny Butler silbó en el aire yendo a enroscarse en el cañón del revólver del mejicano.

Este, ya convencido de la clase de hombres con quienes tenía que habérselas, y, además, completamente desarmado, se puso en pie dispuesto a huir.

¡Zass! Las boleadoras de «Miserias» silbaron también en el aire y fueron a enredarse en las piernas del fugitivo, haciéndole caer de rodillas.

En el momento en que el sargento se disponía a deshacerse de ellas, el lazo de Pete Rice cayó sobre él, y, poco después, le arrastraba hasta donde estaban los tres.

Tras de los árboles los rebeldes volvieron a abrir el fuego. Las balas de plomo se aplastaban contra las rocas de granito que protegían al sheriff y a sus comisarios. Mientras éstos permanecieron tendidos, había muy pocas probabilidades de que recibieran ninguna herida, a pesar de que de vez en cuando, alguna bala se abría paso por las grietas de las rocas.

-¡No os retiréis! ¡Cabo Aguilar, ve a pedir refuerzos al general Alvarez!

Una voz dura y fuerte, sin duda la del cabo Aguilar, contestó respetuosamente a su sargento. Pistol Pete Rice se echó a reír.

El sargento no se figuraba que los hombres que le habían apresado sabían hablar el español.

-¡Por los clavos de Cristo! -exclamó «Miserias»-. Me parece que nos hemos metido en un nido de revolucionarios. ¿Qué nos hará tan importantes a los ojos de esos señores?

-No sé -replicó Pete-. Lo cierto es que parecen morirse de ganas de matarnos. Lo único que no creo probable, es que sea gente a las órdenes de Regan y Durkey. Esos nos creen en las nubes.

Después de la orden del sargento, y seguramente, para no herirle, el tiroteo cesó. Los tres representantes de la Ley vigilaban atentamente a sus enemigos para evitar toda sorpresa.

¡Clocloc, Clocloc, Clocloc!

El ruido de los cascos de un caballo al chocar contra el suelo llegó del Sur.

Rápidamente se fueron debilitando hasta apagarse por completo.

Indudablemente el cabo Aguilar iba a avisar al general Alvarez.

-Debemos deshacernos pronto de nuestros sitiadores -dijo Pete a sus dos amigos-. Si Aguilar vuelve con refuerzos nos rodearán en un momento-. En seguida, volviéndose hacia su prisionero, el sheriff preguntó en español- ¿Cómo te llamas?

E1 joven sargento mostró una gran sorpresa al oír hablar en su propio idioma a aquellos extranjeros. Con mucho orgullo contestó:

-Soy el sargento Hernández Orozco. Sirvo a las órdenes del libertador, el general don Vicente Garza. Es una locura tratar de hacerle frente. Es demasiado poderoso. Lucha por la

libertad y toda la juventud mejicana le sigue. Es también una locura mantenerme preso, yo algún día seré general también.

Pete sintió cierta admiración por aquel joven. Acostumbrado a tratar con criminales comprendió que el sargento era sólo un patriota equivocado.

Así, con una sonrisa en los labios contestó:

-Puede que alguna vez llegues a general, muchacho, pero no será en el ejército rebelde. Los sargentos de una tropa insurrecta no viven lo suficiente para alcanzar altos cargos. Ahora, hazme el favor de decir quién os ha ordenado que nos matéis.

-Fue el mismo jefe, el general Garza quien ordenó al general Alvarez que os detuviésemos, para impedir, según creo, que os apoderaseis de un gran tesoro.

Pete se volvió hacia sus comisarios y les dijo en inglés:

-Por fin sabemos porqué asesinaron a John Damon Carver. En esa Ciudad del Sol debe de haber una enorme fortuna en oro. La población azteca y la revolución mejicana están íntimamente ligadas. Este asunto se enreda cada vez más. Es necesario que alcancemos a ese hombre que ha ido a avisar a sus compañeros.

A Pete no le gustaba tener que maltratar al prisionero, pero en aquellas circunstancias no podía hacer otra cosa.

Arrancando un pañuelo de hierbas que el joven llevaba en un bolsillo, le amordazó fuertemente. Para lo que intentaba hacer, el menor grito podría ser fatal.

-Voy a salir de aquí arrastrándome -dijo el sheriff a sus camaradas-. Tan pronto como se haya alejado, atraed la atención de los insurrectos disparando. Pero disparad alto, sin herir. Cuando me oigáis lanzar el graznido del búho, retiraos hacia la derecha y disparad por encima de las cabezas de los mejicanos. Debemos meterles el susto en el cuerpo.

-Cuenta con nosotros, patrón-aseguró Hicks «Miserias».

-Yo soy tu hombre-dijo Teeny Butler.

Arrastrándose lentamente, el sheriff abandonó las rocas y se fue ocultando por entre los matorrales, siguiendo el ejemplo que le había dado el sargento mejicano.

Pero era una cosa muy expuesta, pues si alguno de los rebeldes le descubría, sériale muy difícil librarse de las balas. Pero no ocurrió nada y unos minutos más tarde el sheriff estaba fuera del alcance de las armas de los sitiadores.

Con la cautela de un indio, Pete Rice fue bordeando el lugar donde se refugiaban los mejicanos hasta colocarse detrás de ellos, en un sitio desde donde podía verlos sin ser descubierto.

Los soldados eran siete en total. El que había resultado herido estaba sentado en el suelo, curándose la herida del brazo: en su rostro se reflejaba una gran preocupación.

Todos eran jóvenes, demasiado jóvenes para estar metidos en semejante empresa. Sin embargo, sus balas podían matar lo mismo que las de un soldado veterano. Pete se encogió de hombros. Tenía que correr aquel albur.

Empuñó uno de sus revólveres y abrió el fuego contra los soldados, pero, disparando al suelo para que el silbido de los proyectiles les desconcertase.

Gritos de profundo terror contestaron al ataque.

De pronto, el sheriff se mostró a los rebeldes, no sin antes haber escogido un árbol tras el cual refugiarse. Los siete mejicanos abrieron el fuego contra él, después de una momentánea paralización debida al asombro que les produjo la aparición de Pete Rice. El desconcierto duró sólo dos segundos, pero ello fue suficiente para que el sheriff de la <Quebrada del Buitre> pudiera guarnecerse detrás del árbol.

A la sorpresa siguió una exclamación de ira y los hombres se precipitaron hacia Pistol Pete Rice, disparando sus armas.

¡Hu-huuu! ¡Hu-huuu! ¡Hu-huuu!

En el momento en que el sheriff daba la señal convenida con los suyos, una bala silbó a pocos centímetros de su cabeza. Los mejicanos estaban a pocos metros de él.

Presentaban un blanco fácil, pero a Pete Rice le hubiera repugnado matar a aquellos inocentes jóvenes que luchaban por lo que ellos creían la libertad de su patria. La situación del sheriff se hacía desesperada.

Antes de cuarenta segundos, aquellos muchachos habrían alcanzado su refugio y se vería obligado a morir matando, a pesar de su repugnancia en causar el menor daño a aquellos jovenzuelos equivocados.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! Varias balas silbaron por encima de las cabezas de los soldados. «Miserias» y Teeny acababan de entrar en acción.

Pete Rice lanzó un suspiro. Humano al fin, los últimos segundos habían sido de prueba. Temió que los mejicanos le alcanzasen antes de que sus comisarios abriesen el fuego.

Pero de tragedia, la situación acababa de convertirse en comedia.

La sorpresa paralizó a los rebeldes. Creyéndose rodeados de enemigos por un momento permanecieron indecisos, vacilación que aprovechó el sheriff para hacer varios disparos al suelo, después, saliendo de su refugio, les gritó en español:

-¡Soltad las armas! -¡Arriba las manos!

Los insurrectos obedecieron de mala gana y mientras Pete Rice les apuntaba con sus revólveres, Teeny y «Miserias» les despojaron de sus armas y cananas.

Inmediatamente fueron conducidos todos junto al maniatado sargento.

Pete Rice hizo un breve discurso a los prisioneros. No trató de hacer reaccionar su patriotismo sino el instinto de conservación.

Explicó lo más sencillamente posible que ningún gobierno instituido por un bandido puede resistir mucho tiempo.

Aún en el caso de que Garza consiguiese sus propósitos, no tardaría en hundirse y entonces, aquellos que con él hubiesen subido, con él se hundirían. En aquel juego todos los triunfos estaban en contra de Garza.

Si triunfaban, su triunfo sería efímero, y si fracasaban les esperaba el fusilamiento. -Ya habéis probado lo que es la guerra -continuó Pete-. Como habréis visto, no tiene nada de agradable. Tengo derecho a llevaros detenidos. Seréis castigados severamente, pero no tanto como si os hubieran cogido los soldados federales de Méjico. Ellos, después de alinearos contra una pared os fusilarían.

Los jóvenes miraron asustados al sheriff.

-No quiero que ocurra eso -siguió diciendo Pete-.Os voy a soltar de manera que podáis volver a vuestro país y convertiros en ciudadanos honrados. Os devolveré vuestros caballos, pero no las armas ni las municiones.

Como Pete no podía confiar demasiado en aquellos muchachos, dadas las circunstancias, entre él y sus comisarios, después de soltar a los prisioneros, condujeron sus caballos a unas millas de distancia.

Cuando los jóvenes recuperaran sus monturas, los tres defensores de la Ley estarían ya lo bastante lejos para reírse de las posibles ideas de venganza de los insurrectos.

-Ahora, démonos prisa -dijo el sheriff espoleando a Sonny-. Si no alcanzamos al cabo Aguilar antes de que llegue al campamento de los rebeldes, estamos perdidos.

Miró a Teeny unos instantes, y, al fin, le preguntó:

-Cómo dijo el sargento que se llamaba el general, ¿te acuerdas?

-Creo que Alvarez-replicó Teeny.

Pete Rice asintió.

-Sí, Alvarez. Desde luego puede que no sea quien me figuro. Alvarez es un apellido tan corriente en Méjico como el de Jones en nuestro país. Pero me parece haber oído algo

acerca de un primo de Estrada que está enredado en esa revolución y creo que se llama Alvarez. En fin, ya veremos. ¡Démonos prisa, muchachos!

CAPÍTULO XII
CAMINO DEL SUPLICIO

Pete Rice y sus comisarios iban a una velocidad asombrosa. Sus tres caballos eran animales escogidos para desarrollar grandes velocidades.

Hasta el bayo de Teeny podía llevar al gigantesco comisario a una velocidad increíble.

Los anímales descansaron cumplidamente en la misión, donde recibieron un pienso extraordinario por lo cual su galope no sufrió variación alguna y Pete empezó a tener esperanzas de alcanzar al cabo Aguilar.

A juzgar por las monturas de los demás rebeldes, la de Aguilar debería de ser un jamelgo incapaz de competir con los caballos del trío de la «Quebrada del Buitre».

Pete y sus comisarios galopaban montaña arriba con la misma rapidez que si lo hubieran hecho montaña abajo. Sonny iba en primer lugar, e inmediatamente después seguían los caballos de Teeny Butler e Hicks «Miserias».

Torrentes y arroyos eran cruzados de un salto. El terreno que atravesaban los tres jinetes estaba cubierto de pinos, cedros y robles.

Ni una sola vez perdió Pete la pista del cabo. El sheriff de la «Quebrada del Buitre» tenía la vista de un halcón y la habilidad de un comanche para seguir pistas.

En realidad avanzaban con mucha más rapidez que el mejicano, pues éste, desconocedor del terreno, tenía que orientarse constantemente, como lo indicaban con toda claridad las huellas.

Indudablemente el cabo Aguilar caería en sus manos.

Esta suposición adquirió mayores visos de verosimilitud cuando al descender a un valle, los tres jinetes vieron, dirigiéndose hacia la otra montaña, un jinete que espoleaba ferozmente a su caballo.

-¡Ahí está nuestro hombre, muchachos!-exclamó Pete.

Sonny pareció comprender lo que deseaba de él. El alazán emprendió un galope que los demás caballos se vieron con dificultades para igualar, y, rápidamente, fueron ganando terreno sobre el fugitivo.

-El caballo del fugitivo va cojo-chilló Pete, para hacerse oír de sus comisarios, pues el galopar de los cascos en tierra, el choque de los revólveres y los gemidos del cuero de la silla y de las chaparreras, apagaban la voz.

-La culpa es de Aguilar -aulló Teeny-. Le está espoleando cruelmente. Así no se consigue nada de los caballos, sólo destrozarles los ijares e impedir que puedan dar de sí todo lo posible.

-Ese animal debe de tener una «miseria» enorme en los ijares -tronó «Miserias»-. No cabe duda de que cogeremos al rebelde ese.

Los tres camaradas habían recorrido las tres cuartas partes del valle cuando el cabo empezaba a ascender la montaña. A los primeros pasos, el caballo se desplomó, incapaz de ascender la cuesta. El insurrecto obligó al animal a levantarse, pero Pete sabía que el caballo aquel ya no daría nada más de sí...

Rápidamente el sheriff y sus hombres iban ganando terreno sobre el fugitivo.

Este se volvió hacia ellos y desenfundando su Colt disparó sobre sus perseguidores.

Pete Rice masculló una maldición. La bala fue a parar a gran distancia de los tres jinetes. El rebelde era un mal tirador, pero Pistol Pete Rice comprendía que aquel disparo podía ser también una señal.

El fugitivo debía de estar cerca del cuartel general de los insurrectos y el tronar de un revólver podía hacer acudir en su ayuda a sus compañeros de armas.

-¡Abrid bien los ojos, muchachos! -recomendó Pete-. Estad dispuestos a sacar a relucir los revólveres. No disparéis sobre ese joven. A1 fin y al cabo hace lo que considera su deber.

Pete se dio cuenta de que él y sus comisarios corrían un grave riesgo. Pero no podía hacerse otra cosa. Mientras anduvieran buscando la Ciudad del Sol no podrían impedir que una numerosa banda de hombres les persiguiese con las peores intenciones.

El mejicano, después de abandonar su caballo, se perdió de vista al otro lado de la colina. Cuando el sheriff y los suyos llegaron allí no pudieron ya verle.

Las huellas de sus pies quedaban muy espaciadas, claro indicio de que huía a toda velocidad.

De nuevo Pete frunció el entrecejo. Aguilar no podía ser tan estúpido, que creyera poder escapar a pie de la persecución de tres hombres montados.

Además, podía haber encontrado infinidad de sitios para esconderse y, sin embargo, seguía corriendo ¿Por qué? Pete creía conocer la respuesta.

Seguramente el fugitivo estaba cerca del campamento de los suyos.

Al escalar la siguiente colina, Pete descubrió al joven a un centenar de metros delante de él. Iba corriendo a toda velocidad.

El sheriff rozó ligeramente con las espuelas los flancos de Sonny y el noble bruto partió a todo galope. La distancia entre perseguido y perseguidores disminuyó rápidamente.

Pete cogió el lazo que llevaba en su silla y haciéndolo girar sobre su cabeza lo lanzó a distancia. La cuerda, semejante a una larga culebra, partió en dirección al fugitivo cayendo sobre él, aprisionándole los brazos contra el cuerpo.

Pero en el momento en que Pete tiraba hacia sí del lazo, una nubecilla de humo surgió tras un matorral cercano y una bala silbó a poca distancia de la cabeza del sheriff .

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! Tres nuevos disparos sonaron en la cumbre de la colina.

Pete detuvo a Sonny. De una ojeada se hizo cargo de la situación. Por la colina bajaban corriendo infinidad de mejicanos, cuyas cabezas iban cubiertas con sus típicos sombreros.

E1 sol se reflejaba en los cañones de los fusiles y revólveres. El sheriff comprendió en seguida que siendo ellos tan pocos, y tantos los enemigos, era una locura intentar la menor lucha, que sólo podría causarles perjuicios.

Los caballos podían aún dar de sí otra carrera y la movilidad de los blancos impediría a los mejicanos disparar con posibilidad de éxito.

-¡Media vuelta, muchachos! -gritó Pete-. ¡No disparéis! Pasad delante. Yo os guardaré las espaldas.

Tenía en la mano su Colt del 45, pero no disparaba. Los mejicanos avanzaban refugiándose tras los troncos de los árboles. Tampoco disparaban.

Únicamente habíanse oído cuatro detonaciones y de ellas, sólo una pareció provenir de un arma dirigida al cuerpo de Pete.

Quizá el general quisiera apoderarse de los tres norteamericanos vivos. En tal caso, las probabilidades de escapar eran mayores.

El sheriff hizo dar media vuelta a Sonny y emprendió la huida. De pronto sintió erizársele los cabellos, y el corazón le latió desenfrenadamente.

El caballo de «Miserias» aparecía sin jinete. El barbero comisario estaba tendido en el suelo con un pie todavía cogido al estribo.

Su inteligente caballo, comprendiendo que algo anormal ocurría, permaneció inmóvil.

La cabeza del pequeño comisario aparecía bañada en sangre. Aquello hacía presumir que había llegado al final de las aventuras del barberillo.

Pete Rice saltó a tierra como un rayo. Ya no pensaba en los soldados que le perseguían; ni siquiera pensó en él.

No se atrevía a acercarse a su compañero por temor a encontrarle muerto.

Teeny Butler habíase apeado también. Los mejicanos, abandonando ya el refugio de los árboles, corrían a cuerpo descubierto hacia los tres hombres.

Pero ni Pete ni Teeny se daban cuenta de su proximidad, mientras se inclinaban sobre su amigo. El sheriff cogió la muñeca de «Miserias».

El temor se le alejó del rostro y los ojos brillaron alegres. El pulso de Hicks latía normalmente. La bala no había hecho más que rozarle la cabeza.

El cuero cabelludo presentaba un largo desgarrón, pero la herida, desde luego, no era mortal.

En aquel momento diez u once hombres cayeron sobre Pete Rice.

Este se deshizo de dos de ellos, mediante otros tantos puñetazos. Los demás vacilaron un momento y el sheriff vislumbró una leve esperanza de poder escapar aún con su herido comisario, ya que era indudable que les querían coger vivos y no volverían a emplearse las armas de fuego.

Teeny Butler también manejaba con gran destreza los puños y un joven que se puso al alcance de ellos fue despedido a gran distancia.

-¡Resístete, compañero!-aulló Pete. No creía ya poder escapar, pues cada vez eran más numerosos los enemigos que le rodeaban. Comprendía que la captura equivaldría a una sentencia de muerte. Uno de sus puños chocó con demoledora fuerza contra el mentón de otro insurrecto.

En el momento en que se disponía a repetir el golpe sobre otro enemigo, oyó que Teeny le gritaba:

-Cuidado, patrón. -Detrás de...

Pete Rice no oyó más; algo muy duro acababa de chocar contra su cabeza.

Por unos segundos notó que aún se mantenía en pie. Como en sueños le pareció que trataba de golpear a unos extraños y borrosos seres humanos, pero, al fin, cayó de bruces.

Cuando recobró el conocimiento se encontró tendido en el sucio suelo de una choza de ladrillo. Hicks «Miserias» había recobrado el sentido.

Un tosco vendaje le rodeaba la cabeza y hasta el sheriff llegó el olor de un fuerte antiséptico. Indudablemente los insurrectos tenían entre ellos a alguien que se tenía por médico.

Hicks «Miserias» apartó la mano con que se había arreglado el vendaje y señalando un rincón de la choza que estaba envuelta en densa sombra, indicio de que la noche estaba a punto de caer, dijo:

-Los mejicanos tumbaron también a Teeny. Bonito sitio éste, ¿verdad, patrón?

Pete miró a su alrededor. La choza era de la peor especie. Dos agujeros en la pared hacían las veces de ventanas. La entrada carecía de puerta.

Notábanse diversos olores a excrementos de animales, claro indicio de que hacía mucho tiempo que aquello había dejado de ser un lugar habitado por personas.

Pasando frente a las ventanas, Pete vio varios hombres vestidos con uniforme color caqui, armados de fusiles Máuser.

Aquel lugar, supuso Pete, debió de ser una ciudad minera y al agotarse el mineral se convirtió en ciudad fantasma.

En aquel momento servía de alojamiento a los rebeldes. Sin duda era el cuartel general de Alvarez. El sheriff se imaginó que estaba muy cerca de la frontera, pero no podía decir en qué parte.

Por la puerta pudo ver algunas montañas cuyo color le indicó que se encontraba en la sierra de Baja, pero esta sierra se extiende hasta Méjico.

Indudablemente los insurrectos evitaron el encuentro con los guardias de la frontera, siguiendo atajos y veredas sólo por ellos conocidos.

En el rincón donde estaba tendido Teeny oyóse un gruñido y el enorme comisario se sentó en el suelo. Apretándose con las manos la cabeza, preguntó:

-¿Qué me ha pasado en la cabeza, patrón? ¡Pardiez cómo me duele! ¡Ah, ya sé! Alguno de esos mejicanos me pegó un culatazo. Bueno, algún día se lo devolveré.

Pete sonrió. Era imposible permanecer serio con un par de hombres como Teeny Butler e Hicks <Miserias>.

-Pues a mí también me hicieron la raya con la culata de un revólver-explicó a su vez.

Era indudable que Hicks <Miserias> no se encontraba mejor. Frotándose la nuca, exclamó:

-Será mejor que procures conservarla sobre los hombros -replicó, sonriendo, Pete-. Si queremos salir de aquí necesitaremos emplear bien la cabeza.

Volvióse hacia la puerta y exclamó:

-¡Vaya, vaya! Parece que aquí tenemos a nuestro perseguido, ¿no?

El recién llegado era el cabo Aguilar, el joven mejicano a quien persiguieran tan encarnizadamente. Cuadrándose ante los prisioneros, empezó en español:

-Vengo con una orden de mi general, pero antes quiero decirles, amigos, que fueron ustedes muy locos al perseguirme a mí, el teniente Mariano Aguilar. Como pueden ver por mis estrellas, ya no soy cabo del ejército libertador. Su persecución dio por resultado su captura y por ello el general Alvarez me ha nombrado teniente. Vengan conmigo, gringos.

Pete se echó a reír. Aquel jovencito acababa de conseguir un ascenso en un ejército donde los grados valían tanto como la vida de los hombres que lo componían.

-Podría escribir tu historia en una sola línea, hijo mío -dijo en español-. Peón, Cabo, Teniente, Cadáver. Será mejor que dejes este ejército y vuelvas a casa con tu madre. Te aseguro que es un buen consejo

-¡Macanas! -replicó, ofendido, el joven-. Al hablar de cadáveres habla usted bien. En seguidita les llevaremos a que les baleen frente a un muro.

Desenfundó una excelente pistola automática de construcción española y apuntando a los prisioneros, ordenó:

-¡Andando, amigos! ¡Andando, si no quieren que les perjudique!

Y como parecía muy dispuesto a «perjudicar» a cualquiera de los tres camaradas, éstos se pusieron en pie, mientras el mejicano continuaba:

-Vamos a ver, amigos, cómo se tienen ustedes frente a los fusiles.

CAPÍTULO XIII
LA LLAVE DE BAJAQUITL

El trío de la «Quebrada del Buitre» siguió al decidido teniente. No cabía pensar en la huida, pues en la entrada tres soldados, fusil al brazo calaron bayoneta a la orden del teniente y rodearon a los prisioneros. El camino que siguieron les condujo hasta otra choza de ladrillo, ante cuya puerta se detuvieron los soldados mientras Aguilar hacía entrar a los prisioneros dentro de la choza.

Pete Rice esperaba encontrarse ante un hombre de rostro bovino y aspecto salvaje, pero por el contrario, se halló con un joven de rostro distinguido, vestido con un bien cortado uniforme caqui oscuro sobre el cual lucía el fajín de general.

Aquel hombre debía tener la edad de Pete Rice, quizá un año o dos más joven que éste. Sus ojos eran brillantes y sus modales aristocráticos.

Al ver al sheriff, una sonrisa le curvó los labios, mostrando una doble hilera de blanquísimos dientes bajo el fino y negro bigote.

Al verles, el general se levantó de la silla de enea donde estaba sentado e inclinándose ligeramente ante Pete Rice, le tendió la mano:

-Señor Rice -dijo en inglés-, es para mí un placer recibirle en mi domicilio.

Mientras estrechaba la mano que le tendían, el sheriff replicó, sonriendo también:

-¿Cómo está usted, general?

-He oído hablar mucho de usted, sheriff Rice -continuó el general Alvarez.

Su voz sonaba agradablemente en los oídos de Pete-. Es usted todo un hombre y lo mismo digo de sus compañeros. Sin embargo, resulta un personaje peligroso. Personalmente no siento la menor antipatía por usted. No obstante, usted en libertad podría dar por resultado mi fusilamiento.

-¿Por qué?-preguntó extrañado Pete.

-Como ya debe usted de saber -replicó sonriendo Alvarez-, mi jefe, don Vicente Garza, libertador de Méjico, cuenta para la continuación de la campaña con el tesoro que se encontrará en una ciudad azteca recientemente descubierta en estas montañas. Usted trata de encontrar al hombre que mató al descubridor de esa ciudad y su fama es de que nunca ha fracasado en sus propósitos. ¿Podemos esperar que esta vez fracase? Hemos de procurarlo por todos los medios. Su éxito significaría nuestro fracaso y la muerte, por lo tanto.

El general se interrumpió para encender un cigarrillo.

-Habría un medio de salvar a usted -continuó-. Puede unirse a nuestro ejército, ahora llamado rebelde. Mi jefe, don Vicente Garza, se alegraría mucho de tener a sus órdenes a unos hombres como ustedes. Con su palabra tenemos suficiente.

-Y de lo contrario, ¿qué?-preguntó Pete.

-De lo contrario -replicó Alvarez-, morirán fusilados al amanecer.

Y Pete Rice, ante la sorpresa de sus comisarios, que asistieron en silencio a la conversación, replicó: -Me gustaría que me diese algún tiempo para reflexionar sobre su proposición, general. Quizá si nos hiciesen un resumen de las ventajas que encontraríamos uniéndonos a ustedes...

Sin terminar, dirigió una significativa mirada al general Alvarez, quien, volviéndose hacia Aguílar, le dijo, señalando a los dos comisarios:

-Acompañe a esos dos hombres a su prisión.

Aguilar saludó militarmente y obligó a los asombrados <Miserias> y Teeny a abandonar la casa.

El general Alvarez miró fijamente a Pistol Pete Rice cuando se quedaron solos.

-He dicho al teniente que se retirase, porque supongo que lo que ha de decirme no debe ser oído por otros. ¿Me equivoco?

-No, señor -replicó el sheriff-. Ante todo, quiero que sepa que no me da usted ningún miedo, general. Y también le diré que no temo ofenderle.

El general frunció el ceño.

-¿Qué quiere usted decir?-preguntó.

-Quiero decir que un hombre de su clase y de su inteligencia no está en su ambiente en un ejército rebelde. Vicente Garza es un peón ignorante con ciertas dotes de caudillo. Si alguna vez, cosa que no sucederá, llegase a dominar Méjico, usted sería de los primeros en combatirle. Por lo tanto, voy a hacerle una pregunta: ¿Por qué se ha unido a ese hombre?

Alvarez se encogió de hombros.

-Quizá porque estaba harto de la tranquilidad que reinaba en mi casa, o porque en el fondo sea un ser perverso. También podría ser que una señorita me hubiera robado el corazón y quisiera hallar la muerte en el campo de batalla. ¡Quién sabe!

-Creo que yo lo sé -replicó secamente Pete Rice-. Las revoluciones han arruinado a muchas familias aristocráticas de Méjico. Estoy convencido de que usted se encuentra en esa condición y se ha unido a Garza para coger parte de ese oro que hay en la Ciudad del Sol con el cual quiere rehacer su fortuna familiar.

Por un momento, Alvarez miró fijamente al sheriff . Al fin murmuró:

-Eso que acaba de decir podría costarle muy caro. Indudablemente es usted muy valiente o muy loco. No sé cómo llamarlo.

-Llámelo sentido común -replicó el sheriff-. No soy hombre para rogar por mi vida. Creo que usted lo sabe ya. Pero tengo dos amigos, y no me gustaría verles morir. Si usted les facilita la huida, le indicaré dónde puede encontrar el tesoro de la Ciudad del Sol.

Era indudable que Alvarez sentíase profundamente interesado. El mejicano era un aventurero, soldado de fortuna. Cautelosamente miró por las ventanas de la casa. Nadie estaba lo suficientemente cerca para enterarse de lo que se decía allí.

-Habla demasiado -dijo en voz baja-. Pero suponiendo por un momento que aceptase sus condiciones, ¿cómo iba a saber que me decía la verdad? Nadie conoce el exacto emplazamiento de la Ciudad del Sol. Sé que el pergamino de Carver ha desaparecido. Conozco algo de lo que estaba escrito en él. Pero se ignora el nombre de las montañas donde se halla esa ciudad. Dudo que mi mismo primo, Tiburcio Estrada, pudiera enterarse del nombre de la cordillera.

-Es posible que no -murmuró Pete-. Pero yo lo sé. Ahora voy a exponerle mi proposición: Procure que mis comisarios escapen sanos y salvos y yo le diré el emplazamiento exacto de la Ciudad del Sol, adonde podrá usted llegar como simple ciudadano, sin necesidad de permanecer en contacto con los revolucionarios. Acepte mi palabra y será rico. Esta es mi oferta. Usted es muy dueño de aceptarla o rechazarla.

Las sombras de la noche habían caído sobre el poblado fantasma. Alvarez dirigió una suspicaz mirada hacia las ventanas. Inmediatamente se puso en pie y con voz dura, dijo:

-A menos que se unan al ejército de Vicente Garza serán fusilados al amanecer.

Se acercó a la puerta y dio una orden. Tres insurrectos armados salieron de las sombras y se acercaron.

-Llevad a ese gringo a su prisión-ordenó Alvarez.

De regreso a la choza de ladrillo, Pete Rice se tendió en el suelo. La noche había cerrado por completo.

La luna aparecía envuelta en una masa de negros nubarrones. Por las aberturas que hacían las veces de ventanas, Pete veía brillar algunas estrellas.

Un cabo de vela ardía en el centro de la estancia, y su vacilante luz permitía a los soldados que guardaban la choza, ver a los prisioneros cada vez que pasaban por delante de la entrada.

Pero los prisioneros sólo veían a sus guardias cuando éstos asomaban la cabeza por la puerta.

Pete Rice no pudo cambiar ni una sola palabra con sus comisarios. La constante vigilancia de los centinelas lo impedía.

Cuando parecía que ésta iba a aminorar, entró en la improvisada cárcel el teniente Aguilar, seguido de cuatro soldados que en un momento ataron a los tres hombres.

Las probabilidades de huir fueron muy pocas desde el principio, pero a partir de aquel momento, desaparecieron completamente.

Sin embargo, la esperanza nunca moría en el corazón de Pete Rice.

A1 amanecer, cuando el pelotón que debía fusilarles les acompañara al lugar de la ejecución, podría presentarse una desesperada oportunidad.

Cuando se enfrentasen con el pelotón, los desatarían a los tres.

El ánimo de los comisarios seguía tan firme como de costumbre. Teeny Butler estaba tendido cuan largo era en el suelo y roncaba plácidamente.

Hicks «Miserias» también dormía. De cuando en cuando, el dolor causado por la herida de la cabeza, le hacía lanzar un gemido.

Pete Rice permanecía despierto, reflexionando acerca de lo ocurrido con el general Alvarez.

¿Se había enfadado realmente el general por la proposición hecha por el sheriff y por la suposición de éste de que se encontraba mezclado en aquella revolución más por motivos monetarios que patrióticos?

¿Temió acaso el joven aventurero que alguien escuchara lo que decía en el cuartel general? Pete Rice no podía contestar a estas preguntas.

¿Habría creído acaso el general que él, Pete Rice, le engañaba al decirle que podía llevarle hasta la Ciudad del Sol?

¿Quería reflexionar sobre aquella proposición? Alvarez era hombre a quien tentaban las riquezas, pero también era hombre que reflexionaría bastante antes de ponerse a mal con Garza, corriendo el peligro de ser fusilado.

Hicks «Miserias» lanzó un gemido, luego un gruñido y por fin dijo:

-Oye, patrón. Si seguimos durmiendo sobre este suelo tan asqueroso vamos a llenarnos de «miserias».

Los ronquidos de Teeny cesaron bruscamente. El enorme comisario se sentó en el suelo y con voz que trataba de ser baja dijo:

-No te apures, camarada. No viviremos lo bastante para coger ninguna «miseria». De todos modos -continuó-, ya que ésta es nuestra última noche, creo que podrían habernos dado mantas.

-Aunque no es la mejor cama en que he dormido -intervino Pete Rice-, creo que no podemos escoger y, por lo tanto, lo mejor es conformarse-. Acercóse más a sus compañeros y les dijo-:

-Muchachos, creí poderme ganar a Alvarez y conseguir que nos dejasen escapar. Le prometí convertirle en uno de los hombres más ricos de Méjico con la fortuna escondida en la Ciudad del Sol. Ya le tenía medio convencido, o por lo menos, así lo creía yo, cuando de pronto me dijo que no aceptaba nada. Sin embargo, no puedo creer que ese hombre sea un convencido seguidor de Garza.

-Es la primera vez que me entero de que has mentido -murmuró «Miserias»-. ¿Cómo puedes entregar los tesoros de la Ciudad del Sol, si ni siquiera sabes dónde está esta ciudad? Ni el mismo fray Adolfo supo descubrir dónde están las montañas de la Ciudad del Sol.

-No -replicó Pete-, él no lo sabía, pero yo ahora lo sé.

-¿Qué?-preguntó asombrado Hicks «Miserias».

-¿Te estás burlando de nosotros, patrón?-preguntó Teeny Butler.

-Nada de eso -replicó Pete-. Esta mañana, cuando hemos caído en la emboscada de los insurrectos, iba a explicaros una cosa que acababa de descubrir en la carta de John Carver, la que me escribió el día en que volvimos de Buffalo Ford. El nombre de esas montañas está explicado en ella con toda claridad.

-Haz el favor de no burlarte de nosotros, patrón-repitió «Miserias».

-No me burlo -replicó Pistol Pete Rice-. Ya sabéis que John Carver tenía una manera muy especial de hacer las cosas. Nunca iba directo al asunto, como nosotros. Pues bien, en su carta dejó escrito el nombre de esa cordillera donde los aztecas construyeron su ciudad. Desde la primera vez que leí su carta me extrañó un detalle. Varias palabras aparecían en mayúsculas

sin necesidad de estarlo, pues se hallaban en mitad de párrafo y no eran nombres propios. Bueno, el caso es que uniendo todas las mayúsculas que aparecen en la carta de Carver, he formado un nombre: BAJAQUITL. ¿Sabéis qué significa?

-¿La Sierra Baja?-preguntó Teeny.

-La misma. Y en el pico de Bajaquitl es donde está la Ciudad del Sol. Apostaría hasta mi último peso de que es así.

-¡Diablo! -exclamó «Miserias»-. ¡Mira que enterarnos de eso unas horas antes de ser fusilados! ¿No es mala suerte, patrón?

-Sí, no es precisamente muy buena -admitió Pete-. Bien -continuó-. Ahora a ver si descabezamos un sueñecito. Reunamos fuerzas, porque si se nos presenta alguna oportunidad de escaparnos deberemos aprovecharla.

-¡Cá!- no se nos presentará -replicó Teeny Butler-. Podemos darnos ya por enterrados.

A pesar de sus fúnebres pensamientos, Butler se dejó caer al suelo y a los pocos minutos reemprendía sus estrepitosos ronquidos.

Pete Rice y «Miserias» le imitaron. Habíanse encontrado muchas veces en los umbrales de la muerte y esa familiaridad hacía que no sintiesen por ella el mismo miedo que otros que nunca la habían tenido tan cerca.

CAPÍTULO XIV
LOS MUERTOS CAEN HACIA ADELANTE

La aurora acababa apenas de mostrar sus primeras luces, cuando el teniente Aguilar entró en la choza y dio un puntapié a cada uno de los prisioneros.

Pistol Pete Rice se levantó bostezando, después sacó un cigarrillo y lo encendió en la vela. Sus esperanzas en el general habíanse desvanecido ya.

Aquello significaba que el pelotón que debía fusilarles estaba aguardando fuera. Pero los nervios del trío de la «Quebrada del Buitre» estaban hechos a prueba de emociones.

Por eso permanecieron atentos a la menor oportunidad que se les presentase de huir.

Inmediatamente les quitaron las ligaduras. Pete Rice dirigió una mirada de inteligencia a sus hombres.

Con ella les decía, con la misma claridad que si les estuviera hablando, que se preparasen para aprovechar la menor coyuntura de huir.

Probablemente los cazarían a tiros; pero lo mismo daba morir huyendo, que morir parados frente a los fusiles.

-¡Id con cuidado, muchachos! -dijo en inglés, dirigiéndose a sus compañeros. Sabía que Aguilar sólo hablaba o entendía el español-. Hay demasiados soldados por estos alrededores. Esperad a que estemos en pleno campo. Ahora decid algo para que este jovencito no sospeche.

Hicks «Miserias» siguió las órdenes de su jefe.

-Oiga -preguntó en español al altivo teniente-, ¿no podrían retrasar un poco la ejecución? Me gustaría reanudar un sueño la mar de agradable que tenía. Cuando ha entrado tenía cogido por el cuello al general Alvarez y le estaba haciendo chocar el cráneo contra la cabezota de Vicente Garza.

Aguilar masculló una maldición.

-¡Marrano gringo! -exclamó-. ¿Ni la muerte puede enseñarle un poco de decencia? ¡Póngase en pie! Dentro de cinco minutos les van a manchar los chalecos! Comprobaré la hora en mi reloj.

Y mientras hablaba dirigió una mirada al reloj de pulsera que le adornaba la muñeca.

-¿Y si el reloj se parase? -preguntó «Miserias»-. No podrían llenarnos de sangre la camisa.

Aguilar se volvió hacia la puerta y gritó: -¡Llevaos a estos hombres!

Ocho soldados, armados de fusiles, entraron en la choza y rodearon a los fugitivos. El teniente Aguilar dio la orden de marcha y la fúnebre comitiva salió de la casa.

Pete y sus comisarios fueron conducidos a un campo. Antes de llegar pasaron ante una carreta de bueyes. El conductor, un viejo peón, miró tristemente a los prisioneros.

Pete creyó comprender el porqué de aquella mirada. La carreta estaba destinada a transportar los cadáveres al lugar donde debían ser enterrados.

El pelotón se detuvo ante el muro de piedra del que fue Banco del pueblo.

-¿Qué hacemos, patrón?-susurró Teeny Butler.

-¡Esperar! -replicó Pete-. Alvarez querrá, seguramente, hablarnos antes de que nos fusilen. Es nuestra única posibilidad de salvación.

El sol doraba con sus rayos las altas cumbres de las montañas cuando el general Alvarez salió de la casa que le servía de alojamiento.

Todos los insurrectos habían acudido a presenciar la ejecución de los gringos. No estaban en el lugar donde debería realizarse, pues el general lo había prohibido, pero sí se hallaban lo suficientemente cerca para no perder detalle del espectáculo.

El rostro de Pete acusaba la tensión de los músculos del sheriff. Todos los rebeldes iban armados.

No les cabía a los prisioneros la menor esperanza de escapar, ni de que acudiera nadie en su ayuda, perdidos como estaban en aquellas desiertas montañas.

El general Alvarez se dirigió a los prisioneros. Iba recién afeitado y resplandecía dentro de su elegante uniforme, caminando muy erguido, con una expresión de gran dureza en la mirada.

-¡Preparaos! -les dijo Pete a sus comisarios-; pero no hagáis nada hasta que me veáis obrar a mí. Me tiraré sobre Alvarez. Vosotros apoderaos de su pistola o revólver, después os resguardáis tras él. Es posible que salga bien lo que parece un disparate; al fin y al cabo no podemos hacer otra cosa. Recordad que no debéis hacer nada hasta que yo empiece.

Alvarez se paró frente a los prisioneros, saludándolos con una leve inclinación de cabeza.

Pete Rice le miraba como un halcón. La mirada del sheriff trataba de penetrar la tela del uniforme del general.

Alvarez no llevaba cinturón con pistolera aquella mañana. Sobre él no se veía arma alguna. Pero, ¿la llevaría, acaso, en un bolsillo?

De estar seguro de ello, Pete Rice no habría perdido ni un solo segundo en lanzarse sobre él. Los soldados habrían vacilado en disparar por miedo a herir a su jefe.

Luego, Teeny y «Miserias» podrían apoderarse del arma del general, que, vuelta contra su dueño, serviría para hacer que los mejicanos entraran en tratos con los tres representantes de la Ley, por miedo a que éstos cumpliesen la amenaza de matar a Alvarez, hecha con la sola intención de engañar a los rebeldes, pues ninguno de ellos era capaz de matar a un hombre a sangre fría.

Sin embargo, se presentaba un problema. ¿Tendría Alvarez la pistola que necesitaba Pete Rice y sus camaradas?

De no tenerla, el proyecto de Pete fracasaría lamentablemente, sin otro resultado, tal vez, que la muerte en medio de los más horribles tormentos.

Alvarez llevaba en la mano un bloc de notas y un lápiz. Por unos momentos permaneció con la mirada fija en el rostro del sheriff.

Este levantó ligeramente los tacones del suelo, dispuesto a saltar sobre él.

Pero, en seguida, volvió a bajarlos. En el rostro del mejicano creyó notar una extraña expresión que despertó su curiosidad, pero aquello podía ser sólo una fantasía suya.

-Como muestra del profundo respeto que sentimos por los valientes -dijo Alvarez en español, con voz clara y vibrante-, nos comprometemos a hacer llegar a sus familiares cualquier noticia que ustedes quieran darles.

-Muy amable, general -replicó Hicks «Miserias»-. Es usted un asesino encantador, se lo aseguro.

-Sean breves -siguió el general, sin hacer caso de la interrupción-. Dentro de una hora levantamos el campamento y nos vamos hacia Méjico. Me encargaré de que sus cadáveres sean enterrados decentemente. Tengo ya encargadas las sepulturas. Esa carreta que han visto al venir hacia aquí, les servirá de coche fúnebre.

-¿Has visto alguna vez un hombre más cortés, Pete?-preguntó Teeny Butler, clavando la vista en su compañero y esperando ansiosamente una señal de éste.

Sin hacer caso de las palabras del comisario, Alvarez continuó:

-Supongo que hombres de su valor no querrán que les venden los ojos, ¿verdad? Quedan ya pocos minutos, señor Rice. Usted dirá qué recado quiere que dé a sus amigos de la «Quebrada del Buitre».

Pete Rice forzó una sonrisa.

-Diga a los muchachos de la «Quebrada» que Pete Rice y sus comisarios se han ido al otro mundo. No creo que necesiten más.

Pero, a pesar de su sonrisa, Pete Rice volvió a levantarse sobre la punta de los pies. Todos los nervios los tenía en tensión.

Los biceps se marcaban fuertemente bajo las mangas de la camisa. Una corriente eléctrica parecía circular bajo la atezada epidermis del sheriff.

Iba a correr el albur de que Alvarez guardara un arma en el bolsillo pistolera. Inclinóse un poco hacia adelante, dispuesto a saltar sobre su presa.

-¿Es éste su mensaje?-preguntó Alvarez, tendiendo al prisionero el bloc de notas, sobre el cual acababa de escribir unas líneas.

Pete Rice pareció sobresaltarse ligeramente. Pero ésta fue la única señal que dio de que ocurría algo anormal. Moviendo afirmativamente la cabeza, dijo a Alvarez:

-Tenga la bondad de enseñar la nota a mis compañeros, general.

Alvarez hizo lo que el sheriff le indicaba. «Miserias» leyó lo escrito en el bloc y estuvo a punto de lanzar una exclamación, que contuvo una oportuna mirada de Pete.

Cuando Teeny se hubo enterado del mensaje que Pete enviaba a sus conocidos de la <Quebrada del Buitre>, el general guardó el bloc y, dando media vuelta, se alejó unos treinta pasos, hasta ponerse fuera de la línea de fuego, luego se volvió al teniente Aguilar y le hizo una señal.

Aguilar, que era el encargado de dirigir la ejecución, dio una orden y los ocho hombres pusiéronse en posición de firmes.

Otra orden les hizo maniobrar los cerrojos de los fusiles e, inmediatamente a otra, se encararon los fusiles.

Pistol Pete Rice apretó los labios. Una llamita brilló en sus ojos. ¿Se habría equivocado al juzgar a Alvarez? ¿Tenía derecho a exponer la vida de sus comisarios, sólo porque fiaba en el general?

Podía apreciar la tensión nerviosa de «Miserias» y Teeny. ¿Qué estarían pensando en aquellos momentos, posiblemente los últimos que pasaban en la tierra?

Durante dos o tres segundos reinó un terrible silencio. La mirada de Pete Rice estaba fija en Alvarez.

Pero el mejicano no hizo la menor demostración de notar la inquietud del condenado.

-¡Sí que tardan! -gruñó Teeny Butler-. Tengo ganas de...

-¡Fuego!-ordenó una voz.

Ocho fusiles vomitaron rojas llamaradas. Las detonaciones parecieron una sola.

Pete Rice fue el primero en caer. Llevóse las manos al pecho, dobláronsele las piernas y cayó hacia delante, quedando con el cuerpo ligeramente arqueado tendido en el suelo.

Hicks «Miserias» desplomóse de bruces. Teeny Butler cayó de rodillas, levantó las manos como para cogerse a algo, y, al fin, enterró el rostro en el polvo.

El general Alvarez dio otra orden en español. Aguilar y el pelotón que mandaba dieron media vuelta, dirigiéndose a sus alojamientos a fumar y a charlar acerca de la ejecución.

E1 viejo peón que estaba sentado en la carreta aguijoneó a los bueyes, dirigiéndose hacia el lugar donde habían caído los tres condenados.

El general Alvarez se acercó también a los caídos y de su bolsillo sacó un revólver de corto cañón y gran calibre.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pom! Tres veces disparó el revólver, y cada una de ellas el arma había apuntado a uno de los cuerpos. Eran los llamados tiros de gracia.

Muchas veces, las blindadas no son suficientes para terminar con los condenados.

El peón saltó de su carreta y acercóse a los tres ejecutados llevando en la mano tres mantas que extendió sobre ellos.

Alvarez llamó a dos soldados, y los cuerpos del sheriff y sus comisarios fueron colocados en la carreta. El peón saltó al asiento del conductor y, aguijoneando a los bueyes, la carreta partió con lúgubre chirrido.

A dos millas del campamento, el boyero detuvo a sus animales. En aquel lugar, altos pinos, cedros y juníperos, ocultaban la carreta a la vista de los soldados.

A los pocos minutos un hombre salió de la espesura, y, acercándose a la carreta, tiró una bolsa al boyero. El recién llegado, de bien proporcionada figura, vestía un uniforme caqui.

La bolsa, al caer en manos del peón, emitió un argentino sonido. El hombre la abrió y, con manos codiciosas, sacó un puñado de monedas de oro, que examinó con todo cuidado.

-Ahí tienes dinero suficiente para el resto de tu vida -dijo el militar mejicano-. Has desempeñado bien el trabajo que te encargué, procura seguir cumpliendo tus compromisos y no te arrepentirás de ello. Si contaras a alguien esto, te costaría la cabeza.

El boyero asintió con la cabeza.

-Muchas gracias, general Alvarez -dijo-. Toda mi vida la he pasado trabajando mucho y ganando poco. ¿Cree usted que iba a desperdiciar esta ocasión de salir de penas, acortándome la vida por tener la lengua demasiado larga?

-Espero que no -replicó el general-. Te has convertido en cómplice mío y aun en el caso de que los hombres de Garza me fusilen a mí, a ti te torturarían por haberme ayudado. Ahora procura alejarte lo más posible de este lugar.

-En seguida, señor, en seguida -se apresuró a contestar el boyero-. Tenga usted la seguridad de que el viejo Vasco no dirá una palabra de este secreto. Usted ya sabe que Vasco le es fiel.

En aquel momento, en la parte trasera de la carreta aparecieron las cabezas de los tres norteamericanos, que estaban más vivos que nunca.

-¡Pardiez! -exclamó «Miserias», quitándose la manta que le cubría y saltando al suelo-. ¿Qué tal, general? Le aseguro que llena usted por completo mi ideal de un caballero.

De debajo de las otras dos mantas salieron Pete Rice y Teeny Butler.

-¡Hola, general! -saludó-. Nos ha hecho usted un favor y le aseguro que no saldrá perjudicado con ello.

-Los cuatro somos hombres de palabra -dijo sonriendo Alvarez-. Ustedes tuvieron confianza en mí y yo la tuve en ustedes al faltar a mi deber. Estoy seguro de que encontrarán el tesoro de la Ciudad del Sol y que me entregarán mi parte...

-Puede usted estar tranquilo, general -aseguró Pete Rice-. Sepa usted -dijo después- que me ha hecho pasar momentos de bastante inquietud. Era difícil convencerse de que estaba usted fingiendo.

-Tenía que hacerlo como lo hice -replicó Alvarez-. Cuando, ayer noche, habló usted conmigo, no podía asegurarme de que nadie nos escuchara. Es necesario ir con mucha cautela cuando se hace una cosa así.

Sonrió levemente y tras una breve pausa, continuó:

-Por fortuna, su cerebro es rápido de comprensión. Tenía que ir con mucho cuidado al escribir aquella nota. Podía haber caído en manos de algún enemigo personal, quien se hubiera apresurado a hacerla llegar a manos de Garza. Por eso escribí aquellas palabras que no podían significar ningún compromiso para mí.

-Comprendí en seguida sus intenciones y se las indiqué a mis camaradas. Le aseguro que, a pesar de la confianza que tenía en su palabra, general, pasé unos momentos infernales. Desempeñó su papel estupendamente.

Alvarez se encogió de hombros.

-Fue muy fácil engañar a esos ignorantes peones. Tienen muy poca cabeza y no saben nada de las armas de fuego. Fue la cosa más sencilla del mundo cargar los fusibles con cartuchos de fogueo. Por fortuna, tenía también los suficientes cartuchos para mi revólver y pude disparar los tiros de gracia.

Durante esta conversación, Hicks «Miserias» estuvo husmeando por el interior de la carreta. De pronto, el barberillo comisario lanzó un grito de alegría y una amplia sonrisa apareció en su rostro, al ver las cananas con los revólveres de los tres compañeros, las sillas de montar y hasta sus boleadoras, el látigo de Teeny y el lazo de Pete.

-¡Están aquí todos nuestros bártulos!-exclamó.

-Sí -dijo Alvarez-. Y si miran detrás de esos árboles encontrarán sus caballos. Pero ahora vayamos al negocio.

En voz baja empezó a hablar con Pete Rice. El sheriff de la «Quebrada del Buitre» no quiso explicar al general insurrecto cómo se enteró del emplazamiento de la Ciudad del Sol, ni tampoco dónde se encontraba ésta.

-Debe usted confiar en mí, general -dijo-. Si encontramos algún dinero, nos quedaremos una pequeña parte para nosotros. Yo, todo cuanto necesito son unos miles de dólares para asegurar una vejez tranquila a mi madre en el caso de que algo me ocurriera. El resto será para usted. A mí, lo único que me interesa en este asunto, es encontrar al asesino de mi amigo John Carver y entregarlo a la justicia. Para nosotros ésta es nuestra única distracción.

-Una manera muy original de distraerse-sonrió el general.

-Cada loco con su lema -replicó Pete-. Hay gente que sólo encuentra placer gastando dinero. Otros se emborrachan. John Carver no conocía diversión mejor que buscar ruinas. Para otros, su mayor placer será cuidar gallinas. Y nosotros lo encontramos en perseguir criminales. Siempre que quiera decirnos algo, general, nos encontrará en la «Quebrada del Buitre». Si hallamos el tesoro, usted tendrá su parte, se lo prometo.

-Confío plenamente en usted -dijo Alvarez-. Llevóse la mano derecha al bolsillo y sacando un bloc de notas, añadió, sonriendo-: Quizá deseará guardar esto como recuerdo.

Y mientras hablaba arrancó una hoja del bloc y se la tendió al sheriff.

Minutos antes de su «ejecución» éste había ya leído lo escrito en ella. Era esto: Los muertos caen hacia delante.

CAPÍTULO XV

EL TORRENTE DE LA MUERTE

El sheriff de la «Quebrada del Buitre» se agitó entre las mantas que le cubrían. Abrió los ojos y contempló el puro cielo de la mañana que semejaba un azulado mar.

El sol acababa de emprender su diario viaje y una pequeña masa de niebla parecía colgar aún del cielo hacia Poniente. Pero pronto el astro del día la deshizo con sus ardientes y brillantes rayos.

En dos días de constante cabalgar a través de las montañas, Pistol Pete Rice había dormido sólo seis horas.

El trío de la «Quebrada del Buitre» dedicó al descanso sólo breves momentos, procurando poner la mayor distancia posible entre ellos y sus posibles perseguidores.

La comida tampoco fue muy excelente. Bayas silvestres y alguna que otra perdiz, asada sin sal.

Sin embargo, después de aquel breve descanso, el sheriff sentíase tan fuerte como si hubiera dormido veinticuatro horas.

Sus hombres seguían roncando. Pete no les despertó, pues ya no tenía prisa, en la seguridad de que tras los altos picachos que se divisaban a corta distancia, se hallaba la Ciudad del Sol.

Siguiendo las indicaciones contenidas en la traducción que fray Adolfo había hecho de los jeroglíficos aztecas, los tres compañeros habían llegado ante el pico de Bajaquitl en la sierra Baja. Desde el valle de los caballos que en él se mencionaba, el avance fue muy penoso y los hombres corrieron grandes peligros, pues en muchas ocasiones el camino era apenas una senda de cabras bordeando profundos precipicios, cuyo fondo aparecía erizado de puntiagudos roquedales.

Comprendiendo que el avance en aquellas condiciones sería sumamente peligroso para hombres y bestias, los tres compañeros regresaron al valle donde dejaron sus monturas, pues en él hallarían gran cantidad de hierba y agua.

En seguida, los tres servidores de la Ley emprendieron a pie el camino hacia la Ciudad del Sol, llegando al río «que mordía la montaña» y, poco después, a un monte en forma de pirámide, pero no les fue posible encontrar el pino que mencionaba el documento.

Seguramente se debía esto a que haría muchos años que debió ser destruido por algún alud o por un rayo.

Los tres hombres estaban acampados en la meseta de una montaña ante otra de más de trescientos metros. La configuración de aquellos montes era bastante curiosa, pues siendo de enorme altura, todos ellos terminaban en amplias mesetas.

En cuanto se hubo levantado, Pete Rice dirigióse a un manantial cercano a buscar agua. Quería preparar el almuerzo mientras sus comisarios dormían como osos en invierno.

Teeny roncaba musicalmente. Hicks «Miserias» dormía con la placidez de un niño. Pete les dejó dormir.

Los asesinos de John Carver podían encontrar otra entrada a la Ciudad del Sol y, entonces, los revólveres serían los encargados de dar voz a los saludos, en cuyo caso, «Miserias» y Teeny necesitarían todas sus energías.

La tarde anterior, Pete Rice encontró una especie de urna medio enterrada.

Este detalle le indicó que se hallaban cerca de la ciudad azteca; pues aquella urna estaba decorada con figuras de águilas y otros animales.

El sheriff añadió la urna a los escasos enseres que llevaba consigo y, en aquel momento, la cogía para llenarla de agua.

Mientras se dirigía a la fuente, cuyo líquido sobrante formaba un pequeño riachuelo, el sheriff examinaba con atención el terreno.

Como al llegar, el día anterior, a aquella meseta, era ya de noche, no se entretuvieron en investigar por los alrededores.

De pronto, Pete Rice se detuvo, con la vista fija en el suelo.

La mayor parte de la gente no hubiera visto allí nada anormal, Sin embargo, Pete Rice, que podía seguir una pista con la misma destreza que un comanche, comprendió que otros hombres habían pasado por allí... y no muchas horas antes. Siguió por el camino, que aparecía bordeado por altos peñascos, cuyo piso estaba cubierto de menuda grava que crujía bajo las botas. De pronto, antes de llegar al riachuelo, los ojos de Pete brillaron emocionados.

Pendiente de la arista de una roca veíase un trozo de tela roja.

El sheriff la cogió, examinándola atentamente. Era un trozo de faja bordeada por una estrecha franja azul.

Cuando Pete Rice miraba a un hombre, en realidad lo fotografiaba, pues su imagen le quedaba profundamente grabada en la mente, con todos los detalles, color de los ojos, del cabello, ropas que vestía, etc.

Por eso, mientras examinaba aquel trozo de faja, entornó los ojos y pareció sumirse en una profunda meditación. Por fin, moviendo la cabeza, murmuró:

-¡No cabe duda, es la misma!

La última vez que había visto a Tiburcio Estrada, el acaudalado mejicano llevaba una faja roja semejante al trozo que tenía en la mano.

Pete llenó de agua el cacharro y regresó al campamento. Pero su pensamiento estaba fijo en algo más importante que el almuerzo: ¡Tiburcio Estrada había pasado por allí!

Además, las huellas demostraban que Estrada no iba solo. ¿Quién le acompañaría? ¿Red Hook Regan? ¿Durkey?

El sheriff se arrodilló para examinar con más atención las huellas. Parecían las de dos o tres individuos. Pero podía haber muchos más.

Aquellas marcas podían ser las de los hombres que fueron al riachuelo a buscar agua para los menesteres del campamento.

Pero, ¿dónde había estado el campamento?

Mientras caminaba con la urna llena de agua, Pete no dejaba de pensar en Tiburcio Estrada. ¿Sería, acaso, el mejicano el asesino de John Carver?

Era primo del general Alvarez y cabía dentro de lo posible que estuviera mezclado en la revolución mejicana acaudillada por Garza.

Pero, en tal caso, ¿era lógico que su primo, el general Alvarez, se hubiera puesto en contra de él, al tratar de apoderarse de parte del oro de la Ciudad del Sol?

¿Por qué desapareció tan misteriosamente de su hacienda? ¿Estuvo, acaso, aliado con Regan y Durkey?

¿O acaso los dos bandidos le raptaron, sabiendo que él podría traducirles el pergamino azteca y conseguir así llegar a la Ciudad del Sol?

El sheriff se detuvo y dirigió una mirada a su alrededor. No pudo ver la menor columna de humo, indicadora de una hoguera de campamento.

Miró arriba y abajo, sin descubrir ninguna señal de vida en la senda.

La sierra de Baja era una de las regiones más solitarias de Arizona y, en realidad, de todo el Sur. La sierra tendría una extensión de unas doscientas millas. De cuando en cuando la cruzaba algún viajero que deseaba pasara Méjico sin ser molestado. Sus sendas y vericuetos eran poco menos que intransitables, y los que conducían a las cumbres, lo eran completamente.

Durante unos segundos, la mirada del sheriff se clavó en una especie de parapeto rocoso que dominaba el camino, cerca de donde estaba durmiendo Teeny y «Miserias».

Pete creyó notar que algo se movía allí. ¿Sería acaso una cabra montés, un hombre, o simple imaginación suya?

Siguió hasta el campamento y despertó a Teeny y «Miserias».

Los dos se levantaron bostezando.

-¡Vaya sitio para dormir! -exclamó el barbero comisario-. La gente se hincha de potingues para librarse de los constipados y demás «miserias», teniendo estas montañas que curan hasta lo incurable. Pero la gente es idiota y no le gusta venir aquí.

-No toda la gente hace lo que tú supones -intervino Pete-. ¡Acabo de descubrir la pista de unos que se nos han anticipado!

Teeny Butler miró, asombrado, a su jefe.

-¿Qué dices, patrón?

-Acabo de encontrar un trozo de faja que, para mí, pertenece a don Tiburcio Estrada. Además, hay huellas de otros hombres. Creo que debemos andar con cuidado. Hasta ahora creíamos que éramos los únicos en seguir este camino, pero, en adelante, deberemos tomar las precauciones posibles para no caer, cuando menos nos lo esperemos, sobre un grupo de gente. Me figuro que llegaron por esa senda que...

¡Buuum!

La explosión había tenido lugar en el parapeto en el cual se fijara poco antes Pete Rice. Una mirada del sheriff le bastó para darse cuenta de la situación.

Aquel parapeto contenía un pequeño lago de reserva, formado por el agua de las lluvias. En aquel momento, una tromba de agua se precipitaba sobre los tres hombres, arrastrando a su paso enormes moles de granito.

Si el torrente alcanzaba a los tres servidores de la Ley, no habría salvación posible para ellos. No podía perderse ni un segundo. Si estaban vivos aún, era debido a las rocas que oponían cierta resistencia al avance de las aguas.

Pete Rice cogió su lazo, y con la rapidez del rayo lo hizo girar lanzándolo a una roca que sobresalía de la superficie de la pétrea pared.

Si la puntería le fallaba, no tendría tiempo de probar otra vez, pues la catarata avanzaba con terrible estruendo.

Pero no falló. El nudo corredizo quedó fuertemente fijado al peñasco; y un segundo después los tres hombres escalaban a toda velocidad la pared.

Momentáneamente quedaron envueltos en una nube de espuma producida por el agua al pasar por donde estuvo instalado el campamento. Un segundo de retraso y el torrente los habría precipitado montaña abajo.

El estruendo de la enorme cascada hacía imposible que los tres hombres se oyeran. Pero en realidad no eran necesarias las palabras.

Lo que tenían que decirse, todos lo sabían. Acababan de librarse de la muerte por puro milagro.

Pete Rice comprendió en seguida que la rotura de la presa no fue debida a causa natural e inmediatamente recordó la impresión que tuvo poco antes de que alguien se había movido cerca del muro.

Algún enemigo dinamitó la represa. ¡Durkey!

El nombre pareció sonar en el espacio. Durkey, Red Hook Regan y quizás otros de la banda fueron los causantes del desastre.

Colgados de la cuerda sobre el impetuoso torrente, se encontraban en muy precaria situación. No habían tenido tiempo de recoger sus armas y éstas, junto con el látigo de Teeny y las boleadoras de «Miserias» fueron arrastradas por el agua.

Al sheriff y sus hombres no les quedaban más defensas que sus propios puños y el lazo de Pete Rice.

Como la situación era insostenible y el torrente tardaría aún en decrecer, los tres hombres treparon hasta el saliente de donde pendía el lazo.

De allí, siguiendo una especie de sendero de unos veinte centímetros de anchura, los tres hombres, en fila india, se dirigieron hacia el paredón.

El avance se hacía con enormes dificultades. Gruesas gotas de sudor resbalaban por los rostros de los tres hombres.

Habían dejado ya el sendero y en aquellos momentos subían cogiéndose a los salientes de la pared.

-¿Por qué diablos no nos habrán pegado un tiro? -preguntó «Miserias», deteniéndose a descansar en la cavidad de una roca.

-Pues porque tenían miedo de que replicásemos -contestó Pete, mientras sentábase frente a su comisario secándose el sudor-. Las rocas aquellas ofrecían amplia protección y si no nos hubieran matado del primer tiro, habríamos disparado con mejor puntería que ellos.

-¿Quién crees que habrá sido? -preguntó Teeny, que también acababa de entrar en la gruta.

-Durkey, no me cabe la menor duda. Los explosivos son especialidad suya.

-¿Y qué hay de armas? -preguntó < Miserias»-. Nos hemos quedado sin ningún revólver, sólo tenemos ese lazo. Los hombres que han querido darnos un baño, están bien provistos de esos instrumentos. Los puños desnudos no significan gran cosa contra gente que está dispuesta a dispensarnos un recibimiento de los más calurosos.

Pistol Pete Rice permaneció callado unos instantes. Era una gran verdad que estaban en una situación desesperada.

Red Hook Regan y Durkey ya habían intentado matarles cuando la riqueza encerrada en la ciudad azteca era sólo un rumor.

En aquel momento, después del segundo fracaso, cerca ya de la fortuna, los dos pistoleros no cejarían en su empeño de exterminarles.

-Una ventaja tenemos a nuestro favor -dijo al fin Pete Rice-. Y es que no estamos metidos en este asunto por ansias de lucro personal. Perseguimos a unos asesinos. Sabemos que Red Hook Regan y Durkey lo son, y es muy posible que Estrada también lo sea. En cambio, esos hombres, van ciegos de codicia detrás de un tesoro. Están enloquecidos por el ansia de riqueza y cuando un hombre se halla en tal situación no es capaz de guardar la menor cautela. Esta es nuestra única ventaja.

-Pues yo -intervino Teeny-, en lugar de esa ventaja que tú dices preferiría encontrar un buen par de revólveres por cabeza. Por mucha razón que tengamos nosotros, y por poca cabeza que tengan ellos, siempre tendrán la suficiente para no ponerse al alcance de nuestros puños.

-Tienes toda la razón -asintió Pete-. Por lo tanto, nuestra única preocupación ha de ser ponernos fuera del camino de las balas. Debemos portarnos como indios y procurar cazar a alguno de esos individuos para quitarles sus revólveres. Desde luego, si toda la banda se nos viene encima, tendremos las mismas posibilidades de escapar que un vaquero caído ante una estampida. Pero ya hemos hablado bastante, pongámonos en marcha.

De nuevo reanudaron la ascensión, lenta y dolorosa. En primer lugar iba «Miserias», le seguía Teeny Butler, y Pete Rice cerraba la marcha.

A1 poco rato la subida se hizo menos penosa con la abundancia de fisuras en las paredes que permitían a los tres hombres subir con menos esfuerzos y más seguridad.

Por fin, bañados en sudor, llegaron a la cumbre de la meseta. Al mirar hacia abajo, vieron que el torrente había cesado de correr, a pesar de que el depósito natural de agua aparecía casi lleno.

Esto sorprendió a Pete Rice, pero tras un atento examen, comprendió el motivo. El agujero producido por la explosión del cartucho de dinamita quedaba por encima del nivel del agua que aún llenaba el depósito.

-¡Diablos! -exclamó Hicks <Miserias> que, puesto en pie, examinaba las montañas vecinas-. ¿Me he vuelto loco, patrón? ¿Ves lo que veo?

-Si te has vuelto loco que me encierren a mí en la misma celda. ¡Patrón! ¡John Carver tenía razón! ¡Estrada tenía razón! ¡El fraile de la misión también tenía razón!

Pete Rice asintió con un movimiento de cabeza. Ante sus ojos se ofrecía un espectáculo que le hizo estremecer a pesar de la vida de emociones que había llevado en sus veintitantos años.

A poca distancia, en aquella región rehuída por los hombres, se extendía una gran ciudad, cuyo camino de acceso fue borrado por algún terremoto.

Una ciudad de grandes y hermosos edificios, restos de una de las más grandes civilizaciones de América.

El sheriff de la «Quebrada del Buitre» y sus comisarios se hallaban ante la Ciudad del Sol.

CAPÍTULO XVI
LA LLAMADA DE LA SANGRE

Desde aquel mirador, Pistol Pete Rice y sus compañeros podían contemplar la ciudad entera. Las tres murallas, las macizas construcciones que semejaban templos, las amplias plazas y calles.

-¡Vive Dios! -exclamó «Miserias»-. ¡Eso no puede ser real! ¡Es imposible que exista una ciudad semejante en el mundo!

-Si los aztecas construían así sus casas -hizo notar Teeny Butler- no podemos vanagloriarnos de haber progresado, sino todo lo contrario. En la «Quebrada del Buitre» no tenemos ninguna vivienda que pueda compararse a esas.

Las casas que admiraba Teeny eran enormes construcciones de granito que debieron de requerir centenares de obreros para trasladar los bloques de piedra que la formaban.

Aun a la distancia a que se encontraban, los compañeros podían ver las grotescas figuras que adornaban las fachadas de los edificios y las macizas columnas.

Todas las plazas estaban bordeadas por gigantescas figuras de dioses aztecas. Muchas de ellas las adornaban fuentes que hacía siglos que no funcionaban.

Por doquier se veían claros indicios de la tragedia que asoló la Ciudad del Sol. Calles y plazas aparecían sembradas de esqueletos y huesos sueltos.

Donde mayor cantidad había era en las gradas de los templos. Los enfermos debieron de acudir allí a rogar a sus dioses que les libraran del terrible mal y la muerte debió de sorprenderles allí.

-¡En mi vida había visto tanto hueso junto! -exclamó Teeny-. Menuda guerra debieron de armar esos indios para aniquilarse de tal manera.

-Fue la viruela. -explicó Pete Rice recordando las palabras de Estrada-. Se la contagiaron unos a otros y no escapó ni un solo hombre de los que se encontraban en aquellos momentos en la ciudad.

Con el mayor cuidado, Pete fue examinando la ciudad, en busca de alguna señal de vida. La única que se mostró a sus ojos fue un enorme buitre.

Los bandidos no habían entrado aún, pero no por falta de deseos, pues en un lugar del muro el sheriff pudo ver los estragos causados por la explosión de varios cartuchos de dinamita, que no pudieron abrir el paso deseado.

Seguramente, al pistolero se le acabó la dinamita antes de poder conseguir sus propósitos.

Acabado su examen, Pete Rice se volvió a sus comisarios y les preguntó inesperadamente:

-Muchachos, ¿para qué hemos venido aquí?

-Hemos venido a buscar al asesino de John Carver -respondió presuroso Teeny.

-¡Eso es! -replicó Pete-. Es posible que en esta ciudad haya escondido un tesoro, pero el único tesoro que a nosotros nos interesa, es la captura del asesino de John Carver. Ahora es necesario que preparemos algún plan de acción. Durkey y Regan creían que morimos en la explosión de la casa de Durkey. Por lo tanto, deben de habernos visto ascender por la montaña. Han tratado de matarnos volando ese depósito de agua y es muy probable que regresen en busca de nuestros cadáveres. Mi parecer es, pues, que entremos sin perder tiempo en la ciudad y les esperemos allí para cogerles por sorpresa cuando entren. ¡A ver, un momento!

Pete Rice corrió al borde de la meseta y miró hacia abajo, al lugar donde habían acampado. El sitio, libre ya de las aguas, estaba ocupado por varios hombres. A pesar de la distancia que le separaba de ellos, Pete Rice pudo contarlos.

-Once -murmuró-. ¡Hum!

No pudo reconocer a ninguno de ellos, aunque estaba seguro de que entre los reunidos allí se encontraban Durkey y Red Hook Regan. Y además, Estrada, como lo indicaba el trozo de faja encontrado.

¿Quiénes eran los otros? ¿Serían insurrectos mejicanos, o gangsters neoyorquinos? Pete reflexionó un momento, y al fin decidió que fueran quienes fueran, lo indudable era que estarían muy bien armados.

Y él y sus comisarios no tenían ni un simple revólver.

Regresando junto a sus compañeros les explicó lo que ocurría.

-Once contra tres, ¿dices? -preguntó Teeny-. No está mal. Si por lo menos tuviésemos un revólver.

-Una ventaja a nuestro favor -replicó Pete, dirigiéndose a su comisario- es, que esos once hombres no se tienen entre sí la menor confianza. Cada cual sospecha que su compañero le engañará tan pronto como pueda. Por lo tanto, es muy probable que antes de poco lleguen a las manos. En cambio, nosotros estamos muy unidos. Es, pues, necesario que procuremos entrar lo antes posible en esa Ciudad del Sol.

Los tres hombres descendieron de la meseta y se dirigieron hacia la antigua fortaleza azteca. Al cabo de varias millas, recorridas a toda la velocidad que les permitía el escabroso terreno, llegaron frente a la primera muralla.

Esta la formaban grandes bloques de piedra y tenía unos treinta metros de altura.

Aquel muro no dejaba abrigar la menor esperanza de escalarlo y Pistol Pete Rice, sentándose en el suelo, procedió a quitarse las botas.

Una de sus mayores preocupaciones durante su cautiverio fue la de que alguno de los mal calzados insurrectos le quitara las botas, pues en ellas guardaba las tres llaves que encontrara cerca del cadáver de John Damon Carver.

-Me parece que nos va a costar bastante trabajo abrir esta puerta -observó Teeny Butler.

-Nada puede decirse hasta que lo probemos -replicó Pete Rice-.

Había notado que a pesar de que los goznes aparecían muy oxidados la inclinación de la puerta facilitaría su apertura.

En seguida se acercó a la cerradura y probó una de las llaves. No era la que correspondía.

Probó otra y lanzó una exclamación de alegría.

-¡Esta es, muchachos!

Tomó aliento para moverla, pero la cerradura, lo mismo que la llave, era de cobre y el óxido no la atacó. Así, con un ligero esfuerzo el pestillo fue corrido.

Los tres hombres se apoyaron seguidamente contra la puerta y tras un breve esfuerzo ésta crujió y abrióse lentamente al principio, luego, con una ligereza que sorprendió a los tres compañeros, fue a chocar contra la pared.

Una vez rota la capa de tierra y barro endurecido que se acumuló en sus goznes un hombre sólo hubiera podido manejarla.

Entre la primera y segunda muralla existía un espacio de unos siete metros.

Cuando los aztecas habitaban la ciudad, aquel espacio probablemente estuvo despejado, pero entonces se veía lleno de maleza y árboles, algunos de los cuales parecían muy viejos.

Para llegar a la segunda puerta, Pete Rice y sus compañeros tuvieron que recorrer más de una milla entre los dos muros, abriéndose paso difícilmente por entre la maleza, y lo mismo ocurrió para alcanzar la tercera. Esta exigió grandes esfuerzos para ser abierta, pero al fin, uniendo la fuerza de todos, se consiguió franquear el paso.

Pete la dejó abierta, lo mismo que las otras dos, para que los bandidos pudieran entrar en la ciudad.

Una vez dentro, los tres compañeros se perdieron por un laberinto de calles.

Las casas eran de adobe, pero los templos y los edificios principales eran de granito. La mayor parte de las construcciones carecían de puertas.

Los tres representantes de la Ley vagaban por las calles pisando constantemente esqueletos humanos y huesos sueltos.

Una de las calles por donde pasaron aparecía llena de momias, sin duda dispuestas para un entierro que no llegó a verificarse.

Al entrar en una extraña construcción, «Miserias» se llevó un susto mayúsculo al ver que estaba llena de calaveras.

En uno de los templos encontraron un ídolo de oro macizo, tan pesado que los tres hombres juntos no pudieron levantarlo. Además, sobre los esqueletos había en joyas el rescate de un príncipe.

Hallaron también una piscina llena de agua tan fresca como cuando los nobles aztecas se bañaban en ella, la cual se llenaba con las lluvias y el sobrante se iba por un desagüe invisible.

-¡Fijaos en eso! -exclamó «Miserias» señalando un monumento. Un ídolo metálico cuya sola cabeza medía unos quince metros de altura. Tenía la boca abierta hasta la cual conducía una escalera. Era una figura verdaderamente repulsiva.

-Seguramente ahí era donde los aztecas celebraban sus sacrificios humanos -dijo Pete Rice-. Debe de ser una especie de horno o algo por el estilo.

Las plazas públicas aparecían llenas de pozos, o por lo menos esto creyeron los tres amigos hasta que Teeny tiró una piedra dentro de uno de ellos.

El coro de silbidos que siguió no les dejó ninguna duda acerca de la clase de bichos que los ocupaban.

-¡Están llenos de serpientes de cascabel! -exclamó Teeny-. ¡Diablo de aztecas! Pero, ¿es que nadie moría en la cama en aquellos tiempos?

Entraron en la larga construcción que Pete supuso había sido una sala de banquetes, pues en el centro se veía una larga mesa flanqueada de bancos.

De allí, los tres amigos pasaron a una habitación más pequeña, sin duda, la cocina, pues veíanse varios fogones e infinidad de marmitas y potes de cobre.

Hicks «Miserias» acercóse a un pote, y metiendo la mano dentro, la sacó llena de un polvo grisáceo. Acercóselo a la nariz para olerlo, pero apenas lo hizo empezó a estornudar violentamente.

El pote estaba lleno de chile molido. Aquella especie de pimienta, con el tiempo había adquirido mayor fuerza.

Salieron de nuevo al aire libre. Durante un rato vagaron por las calles, pasando frente a varias aras de sacrificios colocadas ante los templos.

Pete iba con el ceño fruncido. El tiempo transcurrido desde la entrada en la ciudad era más que suficiente para que los forajidos hubiesen subido desde la meseta.

Posiblemente estarían ya dentro de la solitaria población azteca. Pete notaba una extraña sensación que parecía advertirle un próximo peligro.

De pronto, un horrible aullido resonó en la antigua ciudad, aullido que heló la sangre en las venas a los tres hombres.

Teeny y «Miserias» se volvieron hacia Pete Rice.

-Parece un grito de mujer -murmuró el primero-. Pero es imposible...

-Has oído infinidad de veces ese mismo aullido -dijo Pete Rice. Era la llamada de la sangre de un jaguar-. Antes me había parecido ver una especie de coto. Es posible que en él estuvieran encerrados varios jaguares para servir de caza a los nobles. Durante todos estos siglos se habrían alimentado de conejos y otros bichos que se alimentan de hierba y son muy prolíficos.

De nuevo sonó el terrible aullido, pero esta vez fue seguido de varios otros.

Pete Rice miró a Teeny.

-¿No te ha parecido que esta vez han sonado más cerca?

Sonó un disparo de revólver. Era indudable que los bandidos estaban ya dentro de la Ciudad del Sol.

-¡Vamos, muchachos! -exclamó Pete Rice-, alejémonos de aquí antes de que nos alcancen. Recordad que si nos ven estamos perdidos. Un hombre no puede luchas con los puños contra las balas de un Colt. Ante todo hemos de apoderarnos de algún individuo de esos para quitarle su 45. Con un arma en nuestro poder podremos hacernos con otras.

Pete y sus comisarios se alejaron a toda velocidad. Pero al torcer la primera esquina se vieron ante un terrible peligro.

La calle estaba llena de jaguares. Los enormes animales mostraban amenazadores sus agudos colmillos mientras con las colas se azotaban los flancos.

Habían descubierto el extraño olor a hombre y estaban sedientos de sangre.

La presencia del sheriff y sus comisarios les hizo detenerse indecisos. Pero sólo durante una fracción de segundo. Inmediatamente se lanzaron hacia delante rugiendo amenazadores.

CAPÍTULO XVII
COLMILLOS

Toda posibilidad de huida parecía imposible. Pete Rice podría haber echado el lazo a uno de los animales y estrangularlo.

Teeny habría podido matar a otro de ellos de un puñetazo. Pero había más de veinte libertados de su encierro, sin duda, por los bandidos con la sana intención de que los animales matasen al sheriff y a sus hombres.

-¡Seguidme! -chilló Pete Rice. Y dando media vuelta echó a correr calle abajo seguido de sus dos hombres.

No se descubría ningún sitio que ofreciera la suficiente seguridad para hacerlo servir de refugio.

Las casas, como ya advirtieran antes, carecían de puertas, y cualquier lugar donde pudieran subirse, habría sido alcanzado inmediatamente por los jaguares.

Los fugitivos corrían a una velocidad difícilmente igualable por un hombre, pero, para los felinos, no tenía importancia.

A poca distancia sonaron unas carcajadas que indicaron al sheriff que los bandidos iban detrás de los jaguares.

Luego, el disparo de un revólver le hizo suponer que uno de los felinos, dando media vuelta, acometió a los bandidos, los cuales le mataron de un tiro.

Pete Rice volvió la cabeza. A medio metro de él iba Teeny Butler y a unos dos metros, <Miserias> .

El barberillo era quien se hallaba en peor situación, pues sus cortas piernas no le permitían desarrollar la velocidad de sus compañeros.

El primero de los jaguares le seguía a poquísima distancia y no pasaría mucho tiempo sin alcanzarle.

El sheriff se hizo cargo de la situación, y, en el momento que pasaban frente a un templo, vio una especie de cetro de cobre, tirado en el suelo junto a un esqueleto.

-¡Pasad delante! -ordenó a sus comisarios al mismo tiempo que recogía el cetro y se volvía hacia el jaguar.

El animal se detuvo un momento examinando al hombre que se colocaba ante él, momento que aprovechó Pete para coger el cetro de la misma manera que un jugador de basse-ball empuña el bate.

El jaguar, afianzándose sobre sus patas traseras, tomó empuje y saltó sobre el sheriff. En el mismo instante éste descargó con toda su fuerza el cetro sobre la cabeza del animal, el cual cayó a tierra con el cráneo casi destrozado.

Sin esperar que se recobrase del golpe, Pete echó a correr, mientras los demás jaguares se detenían a husmear al caído.

Un aullido general siguió al examen y la manada reanudó la caza de los tres compañeros, que se hallaban a unos cincuenta metros delante de ellos.

Metiéndose por una calleja, Pete guió a sus comisarios a la sala de banquetes donde estuvieron poco antes.

-¡Ahí no hay ninguna seguridad! -exclamó <Miserias> -. ¡No tiene puertas!

-Seguidme -replicó Pete-. No os apartéis de mí.

Unos segundos después el sheriff y sus compañeros atravesaban la sala de los festines en dirección a la cocina, pero antes de llegar a ella el primer jaguar entraba en el salón.

Una vez en la cocina, Pete Rice corrió al estante donde estaban los potes de chile molido, y, cogiendo uno, se lo tendió a «Miserias».

Luego entregó otro a Teeny y cogió un tercero para él.

En el momento que Pete abría su pote los jaguares hicieron su aparición en la cocina. Los dos hombres miraron al sheriff desconcertados, pero al momento comprendieron sus propósitos.

Pete se les había adelantado y, colocándose el pañuelo sobre el rostro de modo que sólo quedaban visibles los ojos, lanzó un puñado de aquella terrible pimienta sobre los felinos.

Instantáneamente, el primer jaguar de terrible fiera se convirtió en asustado gato que estornudando y aullando retrocedía tratando de librarse con las patas del fuego que le abrasaba los ojos.

-¡Diablos! -exclamó «Miserias»-. ¡Has tenido una gran idea, patrón!

Y seguido de Teeny empezó a tirar chile a los jaguares. Cuando hubo vaciado su pote corrió a buscar otros al estante repartiéndolos entre sus compañeros.

Los felinos retrocedieron espantados. Los tres amigos tosían y sentían abrasárseles los ojos, pero siguieron tirando chile hasta que los felinos, incapaces de resistir más tiempo aquello, emprendieron la retirada en busca de aire puro.

Cuando hubieron salido, Pete y sus compañeros corrieron a una de las ventanas a respirar un poco de aire.

Tenían los ojos enrojecidos por la pimienta y anegados en lágrimas.

Durante muchos días notarían los efectos del irritante chile, pero podrían consolarse con el pensamiento que a no ser por él habrían perecido entre las garras y los colmillos de los jaguares.

-¡Diablos! -exclamó «Miserias»-. ¡Cómo pica ese polvo!

-Es peor que la... -empezó Teeny, pero el estampido de un 45 le interrumpió.

El disparo había sonado en la plaza, frente a la construcción donde se hallaban. Una confusión de gritos y disparos se mezcló con los aullidos de los jaguares.

-Me parece que nuestros amigos los bandidos también tienen su parte en la fiesta -dijo Pete-. Sin duda siguieron a los jaguares para divertirse viendo cómo nos destrozaban. Me parece que ahora se presenta la ocasión de armarnos. ¡Vamos, muchachos!

Salió al salón, pero al momento regresó, diciendo:

-No me sigáis, id por otro sitio. Si las cosas se presentan bien apoderaos de esos hombres y quitadles sus armas. Reunios conmigo en aquella piscina que vimos. ¡Adiós!

Hicks y «Miserias» marcharon por la izquierda. Procurarían atacar a sus enemigos por la espalda para apoderarse de alguno de los revólveres de los bandidos.

Pete les estuvo mirando hasta que desaparecieron. En seguida, marchó en dirección opuesta.

Cerca de la sala de los festines se levantaba un hermoso templo rodeado por un alto muro. Pete Rice corrió hacia allí.

El peligro de que le viese uno de los pistoleros era menor que el de ser descubierto por los jaguares, que libres ya de los efectos del chile no dejarían de lanzarse sobre él y destrozarlo en cuatro zarpazos.

Saltando la muralla del templo, Pete se refugió detrás de una de las enormes columnas del edificio desde donde pudo presenciar la lucha entablada entre los bandidos y los felinos.

Por un momento su mirada se posó en los hombres, tratando de descubrir si conocía a alguno de ellos.

Y, en efecto, en seguida reconoció a Regan y a Durkey. Estaban uno al lado del otro, disparando rápidamente sus revólveres sobre los animales.

Detrás de Durkey, el sheriff vio a un bien parecido joven que disparaba con terrible acierto.

Con asombrosa tranquilidad esperaba que el jaguar que iba a lanzarse sobre él estuviese en el aire y entonces, de un solo tiro, le destrozaba la cabeza. La ira hizo brillar los ojos de Pete al reconocer a un tercer hombre... Tiburcio Estrada. El mejicano no era ya el elegante hacendado que viera Pete unos días antes.

Tenía las botas manchadas de barro y las mejillas desaparecían bajo una barba de varios días. Parecía estar medio borracho; sin embargo, empleaba su 45 con excelente tino.

Los otros siete sujetos, totalmente desconocidos para Pete Rice, eran en su mayoría mestizos, bandidos de los que infestan la frontera.

Si los jefes encontraban el tesoro, la paga de aquellos pistoleros a sueldo les sería entregada en plomo. Los que parecían llevar la voz de mando eran Durkey, Regan, Estrada y el desconocido, que no lo fue por mucho tiempo para Pete, pues en aquel mismo instante Durkey, exclamó:

-¡Cuidado, Kildare!

El hombretón dio un ágil salto de lado librándose por poco de las garras de un magnífico jaguar. Inmediatamente encañonó al animal con su Colt y disparó.

El felino, que se disponía a saltar de nuevo, recibió la bala entre los ojos y cayó como herido por un rayo.

Siete jaguares habían muerto ya. Otros estaban heridos y llenaban el suelo con su sangre. El hombre que respondía al nombre de Kildare tenía hecha jirones una manga de la camisa y el brazo lleno de sangre.

Los felinos estaban enloquecidos por el pavor. Todos aquellos estampidos eran cosa nueva para ellos.

Uno lanzóse sobre Tiburcio Estrada. El mejicano vació su 45 sobre él antes de detenerlo. Y aun entonces, el animal siguió arrastrándose hacia el hacendado.

A1 llegar a unos dos metros de él un temblor convulsivo recorrió su cuerpo y se desplomó sin vida.

Otro jaguar lanzóse sobre Regan. El leonado cuerpo se perfiló en el aire y el gangster sólo le esquivó gracias a un ágil salto de lado.

El animal cayó al suelo, pero inmediatamente volvió a saltar, yendo esta vez a caer sobre uno de los pistoleros que lanzó un grito de terror, cortado con horrible brusquedad.

Pete se estremeció. La yugular del pistolero había quedado destrozada por el terrible animal.

El rubio hombretón disparó su revólver sobre el jaguar, tumbándolo patas arriba, pero el pistolero estaba ya muerto.

Otro de los felinos avanzó hacia Durkey. El hombrecillo disparó dos veces sobre él. Las balas se hundieron en su cuerpo, pero las heridas sólo sirvieron para aumentar la ira del animal que, agazapándose, se dispuso a saltar.

Durkey, con los ojos brillantes de miedo, levantó el percusor de su Colt y apuntó al felino. La mano le temblaba ligeramente cuando apretó el gatillo.

Oyóse un chasquido y el percusor cayó sobre una cápsula ya disparada. El revólver estaba descargado.

CAPÍTULO XVIII
EL ANIMAL MÁS CRUEL

Pete creyó llegada su oportunidad. Dejando su refugio, saltó el muro, disponiéndose a correr tras Durkey. En la mano derecha tenía ya preparado el lazo.

A su espalda alguien lanzó un grito. El sheriff se volvió a mirar. Uno de los pistoleros acababa de descubrirle. Dos balas silbaron a poca distancia de su cabeza, seguidas, inmediatamente, por una verdadera granizada de plomo.

Delante de él, Durkey corría hacia la plaza donde estaba la piscina. Su intención era, sin duda, tirarse al agua para escapar de las garras de la bestia.

Pero Pete comprendió que el hombrecillo no lograría sus propósitos.

El jaguar se hallaba a menos de cinco metros de él y a varios más allá de la distancia que podía alcanzar el lazo.

En aquellos momentos el sheriff estaba en una situación desesperada.

Detrás de él nueve hombres disparaban sin cesar. El blanco que ofrecía no era muy fácil, pero la casualidad podría hacer lo que no podía la puntería.

Además, corría también el peligro de que Durkey pudiera cargar otra vez su revólver.

A1 doblar una esquina se libró del peligro de los disparos de sus perseguidores, pero entonces se encontró ante otro. El jaguar, en cualquier momento, podía volverse contra él.

Sin embargo, Pete continuó la persecución. Durkey iba aflojando el paso.

De pronto hizo algo incomprensible en un hombre que se sabe perseguido por un jaguar sediento de sangre.

Se detuvo, dio media vuelta y se encaró con la fiera al mismo tiempo que se llevaba la mano al bolsillo interior del chaleco y sacaba algo.

Pete se paró también, comprendiendo lo que iba a ocurrir. Durkey se disponía a emplear su arma favorita. La dinamita.

Levantando el pequeño cartucho lo tiró contra el animal que estaba a punto de lanzarse sobre él. Oyóse una ensordecedora explosión y una cegadora llamarada pareció disolver al felino.

Una casa próxima se derrumbó y la conmoción sufrida hizo vacilar a Pete Rice. Pero no cayó. Sin perder un segundo echó a correr hacia Durkey haciendo girar vertiginosamente el lazo.

Durkey rebuscaba afanosamente en el bolsillo interior del chaleco. Por fin sacó la mano, y en ella apareció un nuevo cartucho de dinamita.

El lazo de Pete Rice partió silbando hacia él.

El gangster trató de evitar el lazo que se le venía encima, pero antes de que pudiera hacerlo, la cuerda le aprisionó por el cuello. Entonces el sheriff acercóse rápidamente cobrando cuerda.

-¡Alto! --chilló Durkey.

Pete Rice siguió avanzando

-¡Te digo que te detengas! ¿Me oyes? -repitió Durkey, blandiendo el cartucho de dinamita-. Si das un paso más -continuó-te tiro esto y te hago añicos.

Pete no le hizo caso y siguió avanzando. Cuanto más cerca estuviera de Durkey menos peligro correría.

El gangster no provocaría la explosión a menos que les separase una respetable distancia.

-Puedes tirarlo -dijo-, pero ten en cuenta que cuando te recojan, la cabeza estará a mil metros de los pies.

Durkey masculló una maldición y levantó una mano, pero era la izquierda, y con ella tiró su vacío 45 contra Pete Rice.

El miedo le hizo calcular mal la distancia y el revólver pasó por encima de la cabeza de Pete Rice yendo a caer a veinte metros detrás del sheriff .

Pete Rice se mordió los labios. Los bandidos estaban a punto de llegar y no podría recoger aquel revólver y cargarlo con las balas que llevaba Durkey en su canana.

Las primeras balas de sus perseguidores empezaron a silbar a su alrededor.

Los pistoleros no disparaban a dar, por miedo a herir a Durkey.

De un salto, Pete llegó junto al gangster y cogiéndole por la cintura le hizo marchar delante de él. El hombrecillo trató de resistirse, pero el sheriff le dijo con voz amenazadora:

-Será mejor que vengas conmigo.

-¿De veras? ¡Prueba si te atreves!

-Te doy un segundo de tiempo! -dijo Pete-. Transcurrido ese tiempo te tumbaré de un puñetazo y volaremos los dos. ¿Vienes, o no?

El hombrecillo palideció intensamente. Dejó de luchar y apretó con fuerza el cartucho de dinamita. Pete le cogió del brazo y le hizo seguirle.

Durkey gritó frenéticamente a los pistoleros que dejaran de disparar.

Llegaron a la próxima plaza. Al final se veía la enorme piscina llena de agua. Pete confiaba en que aquella piscina le proporcionaría el medio de escapar.

Cogió el cartucho de dinamita que sostenía Durkey y se volvió para enfrentarse con sus perseguidores.

Pero inmediatamente se dio cuenta de que le era imposible matar a tantos hombres, aunque fueran bandidos de la peor especie, por lo cual tiró el cartucho a un pozo cercano.

Oyóse un estruendo ensordecedor. El piso de la plaza tembló violentamente.

Una columna de fuego, piedras, ladrillos y destrozadas serpientes ascendió por los aires.

Pete, con su lazo en la mano, corrió hacia la piscina.

Los pistoleros le seguían de cerca. Una bala rasgó la camisa del sheriff, otra le rozó el cabello y una tercera le mordió la pierna.

¡Pam!

El sheriff notó una quemadura en un costado. Negras sombras le bailaron ante los ojos. Los gritos de los pistoleros y demás ruidos parecieron alejarse.

Los revólveres seguían disparando, pero a él le hacían el efecto de una traca muy lejana. Se estremeció, trató de dominarse y, por fin, notó que perdía pie.

De pronto experimentó una sensación de ahogo seguida de un frío intenso.

El resto de conciencia que le quedaba le indicó que acababa de caer en la piscina. Después, densas tinieblas le envolvieron y perdió el sentido.

CAPÍTULO XIX
EL POZO DE LAS SERPIENTES

Cuando Hicks «Miserias» y Teeny Butler separáronse de su jefe se dirigieron por una estrecha calle hacia el Oeste yendo a parar al extremo de la plaza. «Miserias» fue a ocultarse en una pequeña construcción de adobe y por una especie de aspillera que había en ella asistió a la lucha entre los pistoleros y los jaguares.

Teeny Butler metióse en otra casa cercana al salón de los festines. Los dos compañeros estaban a una distancia de unos cincuenta metros el uno del otro.

Desde su refugio vieron cómo el jaguar mataba al pistolero y cómo Pete Rice apresaba a Durkey. Luego escucharon la explosión.

Los dos se inquietaron un poco, pero habían aprendido a confiar en su jefe, y, al fin, decidieron que nada malo debía de haberle ocurrido.

«Miserias» pudo comprobar que la lucha con los jaguares costó a los pistoleros un muerto, un herido grave, y otros varios leves. Las fieras no se dejaron matar impunemente.

Desde su refugio asistió al feroz aniquilamiento de los animales heridos, que se realizó en medio de las salvajes carcajadas de los bandidos.

El pequeño comisario estaba deseando que uno de aquellos hombres se acercara lo bastante para podérsele tirar encima y apoderarse de su revólver.

Por último vio que los jaguares heridos se retiraban arrastrándose por el suelo para ir a morir lejos de aquellos seres más salvajes todavía que ellos.

Los bandidos seguían disparando sobre las bestias. Uno de los maltrechos animales pasó cerca de la casa de adobe, «Miserias» le perdió de vista en seguida, por entonces.

Los bandidos empezaron a disparar en aquella dirección. Una bala silbó a pocos centímetros de la cabeza del comisario.

En aquel momento oyó unos suaves pasos a su espalda. Hicks se volvió, encontrándose con la desagradable presencia del jaguar que poco antes había visto desaparecer.

El pobre animal había escogido aquel lugar para morir tranquilamente. Pero aún le quedaba vida suficiente para terminar con la del barberillo comisario.

Lanzándose contra él, le dirigió un zarpazo con una de sus ensangrentadas garras.

El comisario corrió a la puerta. El jaguar se precipitó sobre él no alcanzándole por muy poco.

Sin aguardar la reacción del animal, «Miserias» salió a la calle.

-¡Ahí está el enano! -oyó gritar a alguien-. ¡Matadle!

¡Pam! Una bala silbó sobre la cabeza de «Miserias»: El comisario volvió la cabeza. Era Estrada quien había disparado.

Hicks siguió corriendo, tratando de ganar el recodo de la calle y refugiarse al otro lado.

¡Pam! Pero esta detonación Hicks «Miserias» no llegó a oírla, pues en el preciso momento en que sonaba caía de bruces al suelo.

En aquel mismo instante Teeny apareció inesperadamente en medio de los pistoleros. Había presenciado la caída de su camarada y, sin poderse contener, acudió en su ayuda.

Sus poderosos puños, semejantes a mazas, que la ira hacía más terribles, entraron en acción.

¡Crac! El puño derecho chocó contra la mandíbula de Tiburcio Estrada. El mejicano cayó al suelo sin sentido.

¡Crac! Un izquierdazo casi aplastó el rostro de uno de los mestizos que intentó disparar su revólver.

El hombre cayó de bruces a tierra y quedó allí inmóvil, mientras los combatientes le pisoteaban.

Era imposible usar las armas de fuego en una lucha como aquella, sin exponerse a herir a un compañero. Así lo entendieron los bandidos, los cuales guardaron sus revólveres y trataron de valerse de los puños.

Clay Kildare, comprendiendo que a puñetazos era imposible vencer a aquel gigante, cogió su Colt por el cañón con la esperanza de descargar un culatazo sobre la cabeza de Teeny, pero el fornido comisario, viendo la maniobra a tiempo le pegó tan fuerte golpe en la frente, que el mercenario se tambaleó, soltando su revólver.

Teeny hubiera querido enviarle de otro puñetazo a la región de los sueños, pero el golpe destinado a Kildare lo interceptó un mestizo que se colocó ante él y cayó al suelo. Red Hook Regan intervino a la lucha, dispuesto a terminarla con sus fuertes puños.

Pero sus golpes no parecieron causar ningún efecto en Teeny Butler. Con un gruñido, éste dejó sin sentido a Kildare y volvióse contra Regan.

Los luchadores se descargaron una lluvia de puñetazos que parecían chocar contra roca viva. Pronto, sin embargo, ambos acusaron los efectos del aporreamiento y la sangre empezó a resbalar por una herida que Teeny recibió en una ceja.

Los labios de Regan no sufrieron mejor suerte, pues quedaron partidos de un puñetazo del comisario. A este golpe siguieron otros dos que amorataron los ojos del sucio pugilista.

Al disponerse a convertir la nariz de su enemigo en algo que no la recordase ni siquiera vagamente, Teeny recibió un directo en el estómago que por unos segundos le hizo sentirse completamente vacío.

Pero antes de que Regan pudiera aprovecharse de la ventaja conseguida, el comisario se recobró, y ciego de ira, cayó sobre el pugilista.

Este retrocedió asustado al recibir varios terribles directos, uno de los cuales fue a parar a la nariz del púgil y un chorro de sangre manchó a los dos enemigos.

Por el rabillo del ojo, Butler pudo ver que el mercenario Kildare se ponía lentamente en pie.

Antes de que pudiera recobrarse del todo, un puñetazo de Teeny intentó tirarle al suelo de nuevo.

Pero Kildare no cayó. Sosteniéndose en la pared, se frotó los ojos y luego, inclinándose, recogió su revólver; e inmediatamente lo dejó caer sobre la cabeza de Teeny.

El golpe habría dejado sin sentido a un buey y Butler cayó de bruces. Regan le pegó un salvaje puñetazo.

-Esto para empezar -dijo-. Ahora verás cómo te dejo la cara.

Clay Kildare le contuvo.

-Espera un momento, Regan. Hay un medio mejor. Le tiraremos en uno de esos pozos de serpientes. Así lo oiremos chillar cuando le muerdan. Por poco nos deshace todos nuestros proyectos. Es necesario que nos las pague todas juntas.

-Muy bien -replicó Regan-. Por mucho que le hagas, nunca le harás bastante, para mí. ¡Eh! -la mirada de Regan se acababa de posar en <Miserias>-. Creí que ese gusanejo estaba ya en el otro mundo. Mira cómo se mueve.

El barberillo comisario había lanzado un gemido y se acababa de volver boca arriba. Regan dirigióse hacia él y le pegó un puntapié. -¡Pues está vivo aún! -exclamó.

-No lo estará mucho rato -rió Kildare-. Al mismo tiempo se volvió para interrogar a los pistoleros que persiguieron a Pete Rice.

Durkey y tres mestizos explicaron lo ocurrido.

-Se han terminado ya nuestras preocupaciones -dijo confiadamente Kildare-. Rice ha muerto. Butler va a morir dentro de un momento y a «Miserias» lo despacharemos por medio de una vieja ceremonia azteca. ¡Amigos, el oro es nuestro!

Seguidamente se acercaron a uno de los pozos y atando una cuerda al pecho de Butler, le sentaron al borde de él. El comisario tardó varios minutos en recobrar el conocimiento.

-¿Qué ocurre? -preguntó el comisario-. ¡Dejadme levantar!

-Despacio, despacito -le replicó Clay Kildare. Y volviéndose a los hombres que mantenían inmóvil al comisario, les ordenó: -Bajadle, pero id con cuidado. Si le soltaseis de golpe podría matar dos o tres serpientes. Si sus dientes se han de estropear, mejor será que ocurra al morder la carne de Butler. ¿Habéis oído ese cascabeleo? ¿No os emociona como una melodía?

Del fondo del pozo llegaban una serie de horribles silbidos, vibraciones preludio de la horrible muerte que esperaba al condenado.

Teeny Butler era hombre de gran valor. Pero volver en sí de un golpe para encontrarse a punto de ser lanzado a un pozo lleno de crótalos, era demasiado, hasta para él.

No temía a la muerte. Infinidad de veces la había afrontado y no le asustaba morir a consecuencia de las picaduras de las serpientes.

Lo que le llenaba de horror, era la idea de los momentos que pasaría en vida en medio de los terribles reptiles.

Los forajidos empezaron a descender lentamente al comisario. Teeny, rojo de ira, les increpó con las más variadas maldiciones de su repertorio.

De pronto la cuerda recibió tan violenta sacudida, que los tres hombres que la sostenían estuvieron a punto de caer al pozo.

-¡Ese policía es todo un hombre! -gruñó, admirado, Kildare-. Se da cuenta de que no le queda ninguna esperanza de salvación y, sin embargo, intenta aún arrastrar a alguno de nosotros a la muerte. Me gustaría atraerme ese hombre.Con unos cuantos como él haríamos la revolución en todo el mundo. Pero no, no habría manera de reformarle. Nunca sería un buen bandido.

De pronto el silbido de las serpientes aumentó tanto en intensidad, que los bandoleros callaron sobrecogidos.

El pozo era demasiado hondo para que se pudiera ver lo que en él sucedía, pero el cerebro más obtuso podía imaginárselo.

Alaridos de agonía subieron del fondo. La cuerda se agitó violentamente.

Hasta Clay Kildare se mordió los labios y palideció intensamente al oír a los reptiles y los gritos del desgraciado comisario.

Los lamentos de Teeny cesaron.

La cuerda recibió una violenta sacudida. Kildare movió la cabeza y los mestizos que descendieron al comisario dentro del pozo soltaron la cuerda que se hundió en las tinieblas.

El rostro de Red Hook Regan tenía una mueca de horror mientras un estremecimiento le recorría el cuerpo. Durkey temblaba también.

El único que no demostraba la menor emoción era Tiburcio Estrada.

Por fin Kildare se echó a reír.

-Ya hemos terminado con uno -dijo-. Ahora le toca a «Miserias». Lo que habéis visto no es nada en comparación con lo que veréis. Os voy a enseñar qué clase de gente eran los antiguos aztecas inventando suplicios.

»¿Veis ese ídolo de metal que tiene la boca abierta? Sí, ese de la cabezota es Itzobritl, el dios de la danza. En lugar de cerebro la cabeza está llena de leña. Unas cuantas chispas la encenderían al momento. Bueno, pues, meteremos a Hicks dentro de la boca esa y encenderemos la hoguera para ver si consigue bailar una danza que complazca al dios.

El ídolo al cual se refería Kildare era el mismo visto por Pete Rice y sus compañeros durante su inspección a la ciudad.

El norteamericano tenía razón al explicar el uso de aquella gigantesca cabeza. Las personas destinadas al sacrificio eran colocadas dentro de ella, cerrada la boca del ídolo, se encendía la leña y la cabeza se convertía en horno que abrasaba al infeliz que se hallaba dentro.

Por su crueldad, Kildare era un digno descendiente de aquellos aztecas.

-¿Y serás capaz de asar así a Hicks? preguntó débilmente Durkey.

-¡Ya lo creo que soy capaz! -replicó Kildare-. Voy a terminar con Hicks y con sus «miserias» de una vez para siempre.

*****

Cuando Pete Rice cayó en la piscina, pareció indudable que su carrera había terminado allí. El mismo pensó que no saldría vivo y lo mismo creyeron los mestizos los cuales, como se ha visto, así se lo comunicaron a Kildare.

No podían equivocarse, pues permanecieron junto a la piscina el tiempo suficiente para que el sheriff se hubiera ahogado diez veces.

En el momento en que explicaban a Kildare que el sheriff de la «Quebrada del Buitre» estaba para siempre en el fondo del agua, Pete Rice se hallaba cobijado debajo de un saliente de la piscina y disponíase a salir.

Al hundirse en el agua, el frío de ella le hizo recobrar el sentido.

Procurando contener lo más posible la respiración, Pete Rice nadó por debajo del agua hasta llegar a un sitio desde el cual no podía ver la luz del sol. Entonces, próximo ya a perder de nuevo el conocimiento por falta de aire, ascendió hasta la superficie, encontrándose bajo un saliente de forma circular, adornado con profusión de esculturas aztecas.

La piscina, propiamente dicha, terminaba a medio metro de aquel saliente y el agua sobrante resbalaba por un plano inclinado de unos dos metros de anchura que bordeaba toda la piscina.

Encima de este plano, a modo de techo, quedaba parte del suelo de la plaza.

Pete se subió allí y descansó durante varios minutos.

Cuando ya se encontró más fuerte, dirigió una mirada a su alrededor y estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

A su espalda se abría una especie de túnel o acequia subterránea que en aquel momento estaba seca. La luz llegaba allí por algunas grietas del suelo de la plaza.

Pete comprendió en seguida que aquello era una cloaca del mismo tipo que las modernas, pero construida quinientos años antes.

Sin perder un momento, el sheriff se dirigió hacia el pasaje subterráneo. Al pasar junto a una abertura lateral oyó una serie de silbidos.

Entonces, acercándose al agujero, vio que éste daba a uno de los pozos de serpientes que se abrían en la plaza, a varios metros de distancia de la piscina.

Indudablemente, además de cloaca, aquello era el camino de los servidores y esclavos aztecas encargados de alimentar a los animales sagrados y de otros menesteres.

Siguió adelante metiéndose por un laberinto de subterráneos, guiado por las detonaciones de los revólveres, que sonaban en una de las plazas.

El sheriff, confiando en que sus comisarios permanecerían a cubierto, poco a poco iba recobrando las fuerzas.

Se acercaba el desenlace de la aventura aquella. Pete lo preveía, y se alegraba. Por fin sabía ya con quien luchaba.

El hombre de más cuidado de todos era Clay Kildare, el único que tenía inteligencia suficiente para ser un digno enemigo del sheriff.

Los demás eran unos diablos sin pizca de cerebro.

Un estremecimiento de rabia recorrió a Pete Rice al recordar que había visto a Tiburcio Estrada. No cabía el menor error.

Sin embargo, el comportamiento del mejicano era extraño por demás.

Estrada no era ya el altivo y correcto caballero que conocían los habitantes de la <Quebrada del Buitre>. Su aspecto tenía algo anormal, era más bien el de un bandido que el de un caballero.

Lo que más deseaba Pete Rice en el mundo era capturar vivo a Estrada y conducirle a la «Quebrada del Buitre» para juzgarle allí. Seguramente tratarían de linchar al mejicano, pero ya procuraría que tal cosa no ocurriera.

El sheriff se preguntó qué suerte correría la Ciudad del Sol cuando él anunciara su descubrimiento. A ser posible procuraría que ninguna de las obras de arte encerradas en ella fueran a parar a manos codiciosas.

La fortuna que allí se guardaba era propiedad de la Nación y sólo el oro suelto que ningún valor artístico tuviese, se le daría al general Alvarez, cómo premio por la ayuda prestada.

El sheriff metióse por un subterráneo contiguo al que había seguido hasta entonces. La vida era más importante que el oro y su deber hacia la Ley y sus comisarios se anteponía a los pensamientos de las riquezas acumuladas por los fundadores de la ciudad.

Por lo cual decidió llegar hasta donde se encontraban Hicks «Miserias» y Teeny Butler.

La herida del costado le molestaba mucho, a pesar de que la bala no hizo más que rozar la carne. La cabeza aún no la tenía muy firme, pero las piernas le sostenían cada vez con más fuerza.

Por fin se dilo que se hallaba ya en disposición de luchar con cualquiera de aquellos bandidos que se atreviese a hacerle frente.

Siguiendo la dirección del sonido de los disparos, Pete Rice llegó a una amplia sala subterránea, de forma circular que estaba llena de esqueletos.

Después metióse en otro subterráneo. Aquellos pasadizos formaban un verdadero laberinto. Sin embargo, Pete Rice estaba seguro de poder volver sobre sus pasos en caso necesario.

Siguió avanzando. En el pasadizo reinaba una densa oscuridad.

De pronto, al entrar en una habitación, dio con la cabeza contra un objeto muy duro que pendía del techo.

El sheriff desplomóse sin sentido. No supo cuánto rato permaneció así.

Cuando se levantó estaba aún un poco atontado.

Con cuidado trató de descubrir el objeto con que había chocado y cuando se acostumbró a la semi-oscuridad del lugar, vio que era una especie de compuerta de hierro que pendía del techo.

Pete metió la cabeza por el agujero y entonces comprobó que éste se abría en la parte inferior de la cabeza del enorme ídolo. Esto lo comprendió por los edificios que vio por la abierta boca.

Un examen detallado del interior de la estatua le indicó el macabro empleo que de ella hicieron sus constructores.

En aquel momento se dio cuenta de que los disparos habían cesado.

Aquello significaba la muerte de los jaguares. Por lo tanto, los bandidos dirigirían su atención a otras cosas y esas otras cosas serían, sin duda, «Miserias» y Teeny.

Un débil rumor de voces llegó hasta él.

Oyó un grito que, al parecer, sonó por las inmediaciones de la piscina. Sin perder un segundo, el sheriff echó a correr en aquella dirección.

Las voces de los bandidos se hicieron más perceptibles y no le costó gran trabajo llegar hasta el lugar de donde partían, que era uno de los agujeros que comunicaban con los pozos de serpientes.

Ante él, con profundo horror, vio suspendido el cuerpo de Teeny Butler.

Arriba, los bandidos reían brutalmente; abajo, las serpientes silbaban enfurecidas.

Mentalmente se preguntó cómo habían subsistido hasta entonces aquellos crótalos. Indudablemente su alimento lo proporcionaron las ratas que en enorme cantidad pululaban por las cloacas.

Pero no era momento oportuno de pensar en el alimento de unos bichos que amenazaban la vida de su compañero.

Pete acercóse a la abertura, miró hacia arriba, y pudo ver a los mestizos inclinados sobre el pozo.

Ellos no podían verle a él a causa de las tinieblas que reinaban allí, las cuales apenas le permitían ver a Teeny.

Inmediatamente el sheriff echó a su amigo el lazo, apretándole fuertemente la cintura, al mismo tiempo que le decía:

-Grita fuerte cuando tire de la cuerda. Luego sigue gritando y lanzando ayes, después calla como si te hubieran cortado el resuello. Así creerán que las serpientes te han matado.

De momento, Teeny no hizo nada de cuento le decía su jefe. Su asombro fue demasiado grande.

Pero por último, dándose cuenta de lo que ocurría, lanzó un alarido que sorprendió al mismo Pete, alarido que los bandidos interpretaron como grito de desesperación.

Seguidamente dio unos cuantos gritos más y lanzó unos gemidos que interrumpió en la forma aconsejada por Pete.

Teeny Butler estaba salvado de las serpientes de cascabel.

El sheriff y su comisario permanecieron junto al pozo, escuchando las palabras de Kildare respecto a sus proyectos exterminadores.

-¡Diablos! -exclamó Teeny-. ¡Vaya intenciones! En fin, por lo menos, sabemos que «Miserias» está vivo. Creí que lo habían perforado definitivamente. Pero... ¿será verdad eso de que piensan quemarlo vivo?

Pete Rice no replicó, pero la expresión de su rostro indicó claramente cuál era su impresión.

CAPÍTULO XX
EL IDOLO ARDIENTE

El enorme ídolo metálico que durante siglos permaneció frío en aquella plaza de la Ciudad del Sol, cobró de nuevo vida con las llamas que acariciaban su interior.

La leña que guardara infinidad de años en sus entrañas, dispuesta para un sacrificio que no llegó a realizarse, ardió como yesca cuando Durkey le prendió fuego.

Hicks «Miserias», miró horrorizado al espantoso ídolo. Estaba al pie de la escalera que conducía a la boca del dios, rodeado por Kildare, Regan, Durkey, Estrada y demás pistoleros.

Después de lanzar a Teeny al pozo de las serpientes, llevaron a «Miserias» allí y en cuanto recobró el sentido, le anunciaron la muerte que le esperaba.

-Supongo que querrás reunirte con tus compañeros, ¿verdad? -preguntó burlón Kildare-. Pues vamos a hacer que vayas con ellos de una manera muy agradable. ¿Verdad que nunca pensaste que alguna vez te convertirías en sacrificio humano?

La ferocidad de Kildare en su constante lucha por la vida, había ido en aumento con los años. En Africa, China, en los mares del Sur, en la India, en todos los sitios donde había estado, se impuso a los nativos, por su ferocidad.

Los aztecas no fueron jamás tan crueles como aquel hombre.

«Miserias» comprendió lo que le esperaba y viendo que no tenía salvación, trató por lo menos, de castigar a aquel ser inhumano.

De un salto, pues, cayó sobre Kildare y le arrancó el revólver que llevaba en la funda. Pero antes de que tuviera tiempo de disparar, los bandidos se precipitaron sobre él.

Siguió un momento de terrible confusión. De pronto sonó un disparo y uno de los mestizos cayó al suelo con la cabeza destrozada de un balazo. Pero «Miserias» no pudo volver a disparar. Cuando trataba de levantar otra vez el percusor del Colt, un culatazo dado por Regan con toda su fuerza le hizo caer al suelo sin conocimiento.

-Buena faena, Regan -dijo el soldado de fortuna, sin prestar ninguna atención al mestizo muerto en la lucha. Para él, aquel hombre sólo significaba una paga menos al final de la aventura.

-Ahora subid a ese a la cabeza del ídolo -continuó, señalando a Hicks-. Tan pronto como esté dentro, cerrad la boca para que se tueste bien. Daos prisa, pues si tardáis mucho no podréis entrar.

Durkey y tres mestizos se apresuraron a cumplir la orden. «Miserias» fue introducido en el interior de la cabeza del ídolo en la cual reinaba ya un calor bastante grande.

Después de dejar al inconsciente comisario tendido en el metálico suelo, los bandidos cerraron la boca del ídolo y corrieron a reunirse con Kildare y los demás.

El calor hizo volver pronto en sí a «Miserias». De momento no pudo comprender lo que ocurría.

Después, poco a poco, fue recordando los acontecimientos y tuvo que contenerse para no lanzar un grito de horror.

Se puso en pie y corrió a la boca del ídolo. Trató de abrirla, pero fue en vano. No podía escapar. Moriría allí en medio de los más terribles suplicios.

El calor se fue haciendo más fuerte y en algunos lugares el metal empezaba a tomar ya un color rojo vivo.

Fuera, los bandidos saludaban la agonía del odiado representante de la Ley con tiros y gritos de júbilo. «Miserias» creyó que la cabeza iba a estallarle y mordióse, hasta hacerse sangre, los puños.

De pronto le pareció oír el grito de un búho. Debía de ser una alucinación.

Pero el grito volvió a sonar; esta vez más cerca, seguido de un ruido metálico en el suelo. <Miserias> miró hacia el lugar donde había sonado y con profundo asombro, vio que se abría un agujero en el suelo por donde salía una voz que gritaba:

-¡Salta por aquí, «Miserias», ¡Pronto!

Y «Miserias», sin tratar de explicarse lo que era inexplicable, obedeció la orden, yendo a caer en brazos de Pete Ríce.

Tres hombres muy alegres estaban reunidos en la habitación subterránea que servía de pedestal al ídolo. Era la misma habitación donde Pete Rice estuvo a punto de romperse la cabeza contra la compuerta de hierro.

De momento, el incidente le irritó, pero gracias a él, Hicks «Miserias» pudo ser salvado. A1 oír a Kildare expresar sus intenciones respecto al comisario, Pete comprendió que la salvación de éste sería más sencilla que la de Teeny Butler.

Y a toda prisa corrió por el intrincado dédalo de pasadizos, hasta llegar al del incidente, seguido de Butler, que no podía explicarse lo que le ocurría a su jefe.

Una vez en la cámara subterránea, Pete cerró la trampa, para impedir que los bandidos la descubrieran al meter a «Miserias» en el horno, y aguardó pacientemente los acontecimientos.

Oyó los disparos y por un momento temió que su comisario hubiese recibido una muerte más rápida. Por eso lanzó un suspiro de alivio al oír que <Miserias> era colocado en el ardiente ídolo. Después de dejar pasar un tiempo prudencial, cuando supuso que los bandidos estaban ya fuera. llamó al comisario con la señal acostumbrada y en seguida abrió la trampa.

-¡Diablos! -exclamó «Miserias»-. Me he visto tan cerca de la muerte, que, en adelante, todo cuanto me ocurra me parecerá cosa de niños. Tengo la impresión de ser un resucitado. Estoy casi por abrazar a uno de esos esqueletos y llamarle camarada.

-Te aseguro que me enternece volver a ver esa carota tuya, <Miserias» -dijo Butler-. Después de ésta, creo que mi mayor alegría será cuando pueda hacer unas cuantas caricias al señor Kildare.

-Yo también tengo ganar de darle su merecido -gruñó Hicks «Miserias».

Interrumpióse un momento y en seguida continuó-: ¿Qué vamos a hacer ahora?

-Buscar revólveres -replicó Peter-. Esto es lo más importante, y, además, de urgente necesidad. Nuestra posición subterránea nos facilitará la tarea, pues podremos seguir a los bandidos guiándonos por sus voces. En cuanto notemos que alguno se desvía, salimos fuera y nos apoderamos de él. O si no, será mejor que me encargue yo de hacerme con las armas necesarias.

-¡Protesto! -gritó «Miserias»-. Quiero ser yo quien se las entienda con ese Kildare. ¿No me destinaba a mí el peor de los suplicios?

-No voy a buscar a Kildare, sino a cualquier mestizo que lleve un par de revólveres encima -replicó Pete.

«Miserias» no trató de insistir. Sabía que cuando Pete Rice tomaba una decisión era inútil tratar de disuadirle de ella.

La oportunidad que deseaba Pete, no se presentó hasta transcurridas dos horas del salvamento del barberillo comisario.

Al llegar a uno de los pozos de serpientes, oyeron en el exterior unos ronquidos formidables. Indudablemente alguno de los bandidos se había echado a dormir en plena calle, rendido por las fatigas del día.

El sheriff cogió su lazo y, a pesar de las protestas de sus compañeros, se aproximó al pozo y lanzó el nudo corredizo a un pilar de piedra que se levantaba al borde de él.

Las serpientes, al notar la presencia de los hombres, empezaron a lanzar furiosos silbidos.

Despidiéndose de «Miserias» y de Teeny y después de asegurarse de la solidez del pilar, Pete emprendió la ascensión, mientras a sus pies los reptiles silbaban encolerizados, produciendo un ruido semejante al choque de planchas de madera.

Cautamente, Pete asomó la cabeza por el borde del pozo que daba a una plaza. Poco después descubría al durmiente que, tendido en el quicio de una puerta, respiraba acompasadamente.

Era uno de los mestizos. En cuanto se convenció de que nadie más rondaba por las cercanías, el sheriff salió del pozo, y, muy despacio, acercóse al mestizo.

Lo examinó atentamente y con gran disgusto vio que el hombre no llevaba ni armas ni canana. Sin duda, Kildare no se fiaba de sus hombres y cuando no necesitaban las armas para su defensa, se las quitaba.

Comprendiendo que nada le quedaba por hacer allí, y temiendo que si permanecía más rato el mestizo se despertase y diera la voz de alarma, Pete retrocedió hacia el pozo, pero al llegar junto a él, tropezó con una piedra y la hizo caer sobre las serpientes, que prorrumpieron en un concierto de silbidos que dieron por resultado que el dormido mestizo se despertara.

El hombre se puso en pie lanzando unas cuantas maldiciones en español. Al ver a Pete Rice, llevó la mano derecha a la faja y empuñó un enorme facón.

El sheriff comprendió que no tenía tiempo de regresar junto a sus compañeros y además sería inútil, pues su presencia ya estaba descubierta.

Por lo cual lanzóse sobre el mestizo y esquivando la puñalada de éste, le pegó un fuerte puñetazo.

El rufián no cayó, pero sí soltó el facón, que fue a caer lejos de él. Viendo que no podría recogerlo, gritó con toda su fuerza:

-¡Socorro! ¡Soco... !

El segundo grito fue ahogado por un nuevo puñetazo, pero el daño ya estaba hecho.

CAPÍTULO XXI
ACERO FRIO

Un grito lejano que Pete supuso lanzado por Red Hook Regan, contestó a la demanda de ayuda del mestizo. El sheriff comprendió que no podía perder ni un momento y, recogiendo el lazo, dispúsose a cazar al pugilista cuando llegara a la plaza.

Pero en aquel mismo instante el mestizo, que había vuelto en sí, recogió el facón y se aprestó a seguir gritando y peleando.

Pete se mostró igualmente dispuesto a impedir que el bandido realizara sus propósitos y, con toda la fuerza de su cuerpo, dio un empujón al mestizo, que salió disparado contra la pared de la casa cercana donde cayó al suelo sin conocimiento. El sheriff le quitó el facón y como el momento no era para andarse con muchas contemplaciones, le pegó un puntapié en la mandíbula que le dejó definitivamente fuera de combate.

¡Zisss! Una bala pasó silbando junto a la oreja derecha de Rice. Este, al volverse, descubrió en el tejado de una casa cercada a Red Hook Regan que empuñaba un humeante revólver.

¡Pam! Otra vez disparó el pugilista, pero la bala fue a parar a bastante distancia de Pete, quien, antes de que su enemigo pudiese disparar de nuevo, cogió el facón y apoyándolo en la palma de la mano con la empuñadura vuelta hacia Regan, tomó empuje y lo lanzó sobre él.

El mismo gaucho que regaló las boleadoras a «Miserias» había enseñado a Pete a manejar el cuchillo, siendo tan buen discípulo, que en poco tiempo se hizo un maestro consumado en el difícil arte.

El facón del mestizo describió un semicírculo en el aire y fue a clavarse en el hombro derecho de Regan.

El bandido lanzó un grito de dolor y soltó su revólver, pero por desgracia, el arma fue a parar dentro del pozo de las serpientes cuyos irritados silbidos indicaron claramente que estaba perdida para siempre.

Red Hook, cuya herida era leve, saltó del tejado y precipitóse sobre Pete Rice. Pete le recibió con un directo a la mandíbula que lanzó violentamente hacia atrás la cabeza del púgil, aunque no bastó para dejar sin sentido al hombretón.

La contestación de éste fue terrible, pues se resguardaba el puño derecho con una llave inglesa. El sheriff tuvo la impresión de que cuatro agudos cuchillos se le hundían en la carne al recibir un puñetazo en el pecho, que le dejó sin aliento.

El segundo golpe de Regan pudo esquivarlo, pero el tercero, dirigido al bajo vientre, lo recibió de lleno y durante algunos segundos permaneció insensible a los salvajes golpes del gangster.

Como entre sueños veía a su enemigo y fue un verdadero milagro que la pelea no terminara con el total aniquilamiento del sheriff .

Comprendiendo que la lucha era a muerte, y que no cabía la posibilidad de que el enemigo guardara las reglas que se siguen en un ring, Pete dominó el mareo que sentía y replicó con otro golpe bajo que hizo lanzar un rugido de dolor al púgil, obligándole a retroceder unos pasos.

Durante unos segundos los dos enemigos guardaron una tregua que ambos necesitaban. Pero Pete Rice, que recobró más pronto las fuerzas, decidido a no dar punto de reposo a Regan, precipitóse sobre él y le descargó dos directos a la mandíbula que le precipitaron al suelo.

Antes de que el hombretón pudiera levantarse, Pete, a pesar de que tal acción le repugnaba, pegó con toda su fuerza, un terrible puntapié a la barbilla de Red Hook Regan.

El boxeador lanzó un alarido de fiera herida.

El golpe acababa de destrozarle la mandíbula. Sin embargo, logró ponerse en pie y, ciego de ira y dolor, sin la protección de la llave inglesa, que había caído al suelo, tiróse encima de Pete, lo acorraló contra una casa y durante unos segundos descargó sobre él un diluvio de golpes que terminaron con Pete.

Un negro velo le cubrió los ojos y le pareció hundirse en el vacío. Hizo un último esfuerzo por mantenerse derecho, pero por fin, se dejó caer al suelo.

Esta caída fue providencial, pues Red Hook Regan, después de una breve preparación, lanzó un puñetazo que de haber alcanzado al sheriff le habría destrozado la cabeza, pero el puño del gangster golpeó en el aire yendo a chocar con una violencia indescriptible contra la pared del edificio.

Hay límites para todo y por muy duros que fueran los puños de Regan, aquel muro lo era más y resistió impasible el puñetazo que le pegó el hombretón.

Este fue quien no lo resistió, cayendo sin sentido junto a Pete Rice con la muñeca rota.

CAPÍTULO XXII
¡ARMAS!

El mestizo había vuelto en sí y mudo de horror presenció la terrible lucha.

Cuando el sheriff se puso en pie y dirigióse hacia él, el hombre lanzó un grito de miedo, pero, a pesar de intentarlo, no consiguió levantarse y escapar.

Pete, vacilante, se fue hacia él. A1 llegar junto al mestizo le cogió por el cuello de la camisa y le zarandeó violentamente.

Era admirable la resistencia del sheriff. Cualquier otro hombre en su lugar, después del castigo recibido, no hubiese podido dar un paso.

-Quiero saber una cosa -dijo al aterrorizado mestizo-. Y te aconsejo por tu bien que me la digas en seguida. ¿Dónde guarda Kildare las armas y municiones?

-No lo sé, señor -gimió el pistolero, acurrucándose medrosamente contra la pared-. No lo sé. Se lo aseguro. El jefe nos quitó los revólveres y los escondió en un sitio secreto.

Pete Rice le obligó a ponerse en pie. Con una mano le apretó contra la pared y levantó la otra, amenazador.

-¡Habla o te deshago! -rugió.

No fingía. Su vida y la de sus comisarios dependía del pronto hallazgo de aquellas armas, estuvieran donde estuvieran. Según la declaración de aquel mestizo, los bandidos iban todos desarmados y sin embargo, en el momento de la lucha con los jaguares, todos llevaban armas. Por lo tanto, era indudable que Kildare las tenía guardadas en algún sitio.

-¿Dónde están las armas que os ha quitado Kildare? -insistió Pete.

El mestizo siguió proclamando su absoluto desconocimiento de ello.

-Le aseguro que no lo sé...

¡Paf¡

No fue un golpe muy fuerte, pero el mestizo se tambaleó y lanzó un chillido de miedo. Pete repitió en seguida el golpe con un poco más de fuerza.

-¡Ya se lo diré, ya! -gimió el bandido-. Pero si Kildare se entera de que se lo he dicho, me matará...

-No te preocupes. Kildare no volverá a matar a nadie más en su vida. En cambio, si no me dices en seguida dónde están esas armas, te mataré como un perro.

La luz que brillaba en los ojos del sheriff debió de convencer al forajido, pues con voz temblorosa dijo:

-Están en la segunda casa, a la derecha del ídolo donde quemaron al norteamericano pequeño. Kildare es quien las vigila. Los demás duermen la siesta.

Pete miró con atención al mestizo. Durante muchos años había tratado con aquella clase de gente a lo largo de la frontera y podía decir cuándo mentían y cuándo no.

Era evidente que aquel hombre estaba diciendo la verdad. En sus ojos brillaba el miedo, miedo debido al pensamiento de lo que haría con él Kildare cuando se enterase de su traición.

Sin perder un segundo, el sheriff arrancó la camisa al mestizo y rasgándola le ató las manos a la espalda y después le amordazó.

Luego, quitándole la faja le ató fuertemente los pies.

-¡Si me has engañado -gruñó Pete, volviéndose hacia el pozo-, te desharé la cabeza a puñetazos!

Acercóse al agujero y gritó a sus amigos:

-Quedaos ahí, muchachos. Yo me voy en busca de revólveres y es un trabajo que conviene lo haga uno solo. Si fuéramos todos, nos descubrirían en seguida.

Sin hacer caso de las protestas de sus comisarios, Pete recogió la llave inglesa de Regan y el facón y perdióse por entre las callejuelas de la abandonada ciudad.

Era ya mediada la tarde y soplaba un fresco airecito. Pete aguzó el oído, pero hasta él no llegó más ruido que el del aire.

Después de atravesar varias calles y plazas solitarias, dio vista al ídolo de bronce, a poca distancia del cual se paseaba Kildare.

El fornido norteamericano estaba bañado por el sol poniente y sus rasgos eran claramente visibles.

Refugiado en un portal, el sheriff miró cautamente por si había algún otro bandido, pero no pudo ver a nadie.

Pete esperó durante varios minutos que se presentase una oportunidad de salir de su cobijo para buscar refugio en un portal más próximo a la meta de sus esperanzas.

Kildare no se apartaba más de dos metros de la puerta de una casa cercana al ídolo azteca.

El sheriff empezaba ya a perder la esperanza de conseguir las armas cuando de pronto el bandido miró atentamente a su alrededor, y, después de una corta vacilación, dirigióse hacia la esquina de una calleja, perdiéndose de vista.

Pete lanzó un leve grito de alegría. Aquello era más de lo que había esperado. Podía, por fin, cruzar la plaza y apoderarse de los revólveres y fusiles. Pero no lo hizo en seguida.

Antes quiso asegurarse de que la ausencia de Kildare no era momentánea y esperó unos minutos. Seguro, por último, de que el aventurero se había ausentado por largo rato, salió de su escondrijo y corrió sigilosamente hacia la casa.

Había recorrido ya la mitad de la distancia cuando vio venir al forajido.

Entonces se dio cuenta de que, en su excesiva cautela, había perdido un tiempo precioso.

En cuanto dobló la esquina, el aventurero vio a su enemigo. De momento lanzó un grito de asombro, pues le suponía muerto. Echó mano al revólver y disparó sobre Pete.

La bala pasó silbando junto a una oreja del sheriff, fallando sólo por milímetros. El joven saltó al refugio de una puerta en el momento en que otra bala hendía el aire con siniestro silbido.

Cuatro balas más pasaron a una peligrosa proximidad de Pete.

Terminada la carga de su revólver, Kildare procedió a cargarlo de nuevo.

Pete, aprovechando aquel momento de respiro para guarecerse en un lugar más seguro, abandonó el portal y corrió hacia otro, donde quedaría más resguardado.

Antes de llegar a él, otra bala pasó rozándole la barbilla. Kildare no empleaba, como la mayoría de los vaqueros, un revólver Colt, tipo «Frontiers» que, aparte de ser de simple acción, tienen el cilindro fijo y, por lo tanto, son lentos de cargar, pues la extracción de las cápsulas vacías se hace una a una, por medio de la baqueta de que van provistos. El revólver que empleaba el bandido era el último modelo del 45 de doble acción, cilindro oscilante y extracción por baqueta automática, de las seis cápsulas a la vez. Tres disparos más hizo Kildare, cuyas balas pasaron también muy cerca del joven sheriff.

Y entonces, con dos balas todavía en el cilindro del arma de su enemigo, fue cuando Pete decidió correr el riesgo mayor de su vida.

El mejor tirador puede fallar al primer tiro un blanco en constante movimiento, pero no es fácil que falle tantos tiros como le sucedió a Kildare.

Por lo tanto, era preciso atribuir a la casualidad el hecho de que Pete siguiera con vida. Por eso, al tomar su decisión, el sheriff sabía que tenía todas las posibilidades en contra.

Pero su permanencia en aquel refugio, Kildare no tardaría en cazarle como a una rata, pues se había ido acercando y pronto estaría a pocos metros de él.

-Pete Rice -gritó en aquel momento el forajido-. No te creía ya en este mundo; pero, por muchas vidas que tengas, no tendrás más que balas hay en mi canana...

Antes de que terminara de hablar, el sheriff abandonó su refugio y, en velocísimo zig-zag, corrió a la casa donde suponía se guardaban las armas.

Un tropezón le hizo caer de rodillas en el preciso momento en que Kildare disparaba. Fue una caída providencial, pues la bala pasó silbando a pocos centímetros de la cabeza del joven, a la altura en que una décima de segundo antes estaba su corazón.

Levantándose de un salto, Pete se metió en la casa. Apenas había entrado, una bala se hundió en el quicio de la puerta.

La carga del revólver de Kildare estaba agotada, y ante el valiente Pete se extendía una variada colección de revólveres y cajas de municiones.

Rápidamente cogió dos Colt, y en el momento en que acababa de asegurarse de que estaban cargados, Kildare apareció en la puerta de la casa y disparó sobre Pete Rice.

La bala se hundió en el suelo y el sheriff replicó inmediatamente. Kildare saltó a un lado, refugiándose tras la puerta, desde donde disparó varias veces contra su enemigo.

Pete rió alegremente. La caza había terminado. La lucha era ya igual y a los disparos de Kildare podía contestar con otros disparos.

La lucha siguió sañudamente y, en los breves descansos motivados por la recarga de las armas, Pete recogió un cinturón-canana con dos revólveres en sus fundas y se lo ató a la cintura.

Aquellas armas eran de repuesto, por lo cual quiso asegurarse de que estaban cargadas. Con los dos revólveres que empuñaba mantenía el fuego contra Kildare mientras iba cogiendo las municiones de una caja abierta, que colocó ante él.

¡Ziss! ¡Ziss!

Las balas se hundieron en el suelo ante él, después de rozarle la cabeza. Al volverse a mirar, otra bala le rozó la nariz.

Desde un tejado próximo, y a través de la ventana de la casa, alguien disparaba contra él. La tarde moría ya y no pudo reconocer a su nuevo enemigo.

Otro disparo estuvo a punto de herir a Pete, quien, echándose al suelo, disparó a su vez contra el inesperado atacante.

El sombrero del desconocido voló por el aire y una mancha roja apareció en la morena cabeza del tirador. A1 caer hacia delante, Pete descubrió quién era:

¡Acababa de matar a Tiburcio Estrada!

Pete no tuvo de lamentar lo ocurrido. De repente se dio cuenta de que Kildare no disparaba ya. Asomando cautamente la cabeza, tuvo la inmediata explicación. El bandido huía a través de la plaza.

Pete corrió a la puerta, pero el otro estaba ya fuera del alcance del revólver.

Pete no podía creer que huyera por miedo. Indudablemente era otro el motivo; por eso, sin perder momento, el sheriff corrió detrás del fugitivo.

¡Pam!¡Pam!

Pete volvióse con gran rapidez al oír los disparos y vio que Durkey bajaba por la calle que conducía a la plaza con un revólver en cada mano, disparando frenéticamente.

Una bala rasgó el pantalón de Pete, quien, involuntariamente, cayó al suelo.

Su caída fue acogida con una ruidosa y alegre carcajada de Durkey que, no obstante, siguió disparando.

¡Pam!

Era Pete quien acababa de disparar y la carrera de Durkey se interrumpió.

El gangster soltó uno de los revólveres y llevóse una mano al pecho mientras con la otra trataba de disparar, consiguiéndolo tras algunos esfuerzos.

La proximidad a que se encontraban los dos hombres hacía peligroso que el bandido siguiera disparando y Pete Rice apretó el gatillo de su Colt.

Durkey soltó el otro revólver v, por unos segundos, permaneció trabajosamente en pie, pero, tras inútiles esfuerzos por mantenerse derecho, cayó de bruces al suelo, donde quedó inmóvil.

Entonces el sheriff trató de reemprender la persecución de Kildare, pero en aquel momento aparecieron varios mestizos. No llevaban armas de fuego, pero todos esgrimían sus facones, que, en sus manos, eran armas terribles.

El sheriff de la «Quebrada del Buitre» no mataba cuando podía evitarlo. Su único deseo era entregar a aquellos hombres a las autoridades competentes.

Estas decidirían cuál era su delito y el castigo que merecían. Pete Rice era un sheriff, no un juez ni un verdugo.

Sin embargo, era preciso asustarles para abrirse paso. Los revólveres que empuñaba dispararon repetidas veces sobre los pistoleros. Las balas pasaron por encima de sus cabezas o fueron a hundirse a sus pies.

Dando gritos de terror, los mestizos dieron media vuelta y emprendieron rápida huida. Pete los dejó escapar.

A quien él deseaba coger era a Kildare, y de nuevo echó a correr en la dirección tomada por el fugitivo.

Pero a éste va no se le veía por parte alguna, y por muy experto seguidor de huellas que fuese Pete, no lo era tanto que pudiera leer las impresas en las losas de las calles.

En vano registró callejones y plazas. En ningún sitio halló el menor rastro del aventurero. La noche había caído ya y, tras una hora de inútiles pesquisas, Pete decidió regresar a la casa que servía de almacén a las armas.

A1 llegar al extremo de la plaza vio encendida cerca del ídolo una hoguera.

Entonces divisó la silueta de varios hombres tendidos en el suelo. Sin embargo, a aquella distancia, no pudo identificar a ninguno de ellos.

CAPÍTULO XXIII
EL MISTERIO DE ESTRADA

Pistol Pete Rice atravesó la plaza amparándose en las sombras. Al llegar más cerca creyó reconocer la silueta de Teeny. Este y «Miserias» debían de haber oído los disparos y, saliendo de su refugio, habíanse apoderado de algunas armas.

Para mayor seguridad, Pete dejó oír el grito del búho.

Inmediatamente fue contestado, y Teeny corrió hacia él. -¡Menudo susto me diste, patrón! -exclamó-. «Miserias» te andaba buscando.

-Me alegro de que hayas salido de las entrañas de la tierra -dijo Pete-. ¿Cómo os las compusisteis?

-Salimos por la boca de ese ídolo -explicó Teeny-. Por el mismo camino que tú empleaste para salvar a «Miserias» de la quema. Los bandidos se olvidaron de cerrar con llave la boca de la estatua.

Al llegar cerca de la hoguera, Pete vio cinco hombres tendidos en el suelo.

Cuatro de ellos estaban atados.

-Hemos traído aquí a esos hombres -dijo Teeny, señalando a Regan y al mestizo que Pete ató en la plaza-. Cogimos también a Estrada, después que tú le tumbaste. Además, capturamos a esos otros mestizos y los atamos bien. Son unos cobardes, se han dejado coger como corderos. La lucha no ha sido interesante.

-¿Y qué hay de «Miserias»? -preguntó ansiosamente Pete-. Me has dicho que salió a buscarme, pero Kildare anda suelto aún. Voy en seguida a ver si le alcanzo, antes de que tropiece con esa fiera.

-No pude impedir que se marchara, patrón -replicó Teeny-. Mientras buscaba leña para la fogata desapareció del campamento.

En aquel momento uno de los cautivos se movió. Pete se acercó a él. Era Estrada.

-Creí que había matado a ese hombre-dijo.

-Pues siento comunicarte que no lo hiciste -dijo Teeny-. Le heriste y le trajimos aquí. Estoy convencido de que Estrada es el peor de toda la pandilla.

-Sin embargo, yo le tenía por un hombre honrado. Sólo cuando lo vi disparando con los bandidos me rendí a la evidencia.

Estrada dejó de moverse, pero de sus labios empezaron a salir palabras incoherentes.

Los dos compañeros reanudaron su conversación, pero el pensamiento de Pete no estaba en lo que le decía Teeny, sino en Estrada.

Hasta los sucesos de la Ciudad del Sol, había sido un ferviente admirador del aristócrata mejicano, no por su cortesía y bondad, sino porque detrás de ellas parecía existir un carácter franco y cordial.

Estrada pareció abrumado al enterarse de la muerte de su amigo John Carver.

Al recibir la noticia palideció intensamente. Y un hombre puede hacer tantas muecas como quiera, pero difícilmente cambia de color a voluntad.

Fray Adolfo creyó asimismo que Estrada era un hombre de bien y el franciscano había aprendido a conocer profundamente a los hombres.

Durante muchos años pudo enterarse de todos sus secretos. Sin embargo, allí estaba la prueba vista por sus propios ojos.

Estrada disparando en compañía de aquellos asesinos.

-¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?

Era la voz de Estrada. Se acababa de levantar y miraba, extrañado, a su alrededor.

Pete llevóse la mano al revólver. Creía desarmado al mejicano, pero como éste podía tener algún arma oculta, el sheriff no quería correr riesgos inútiles con aquel hombre.

-¿Que dónde está, pregunta? Pues metido en un lío muy gordo, Estrada. Creí que en los años que llevaba de sheriff había aprendido a conocer a los hombres. Hasta ahora nadie logró engañarme. Yo le suponía a usted un ciudadano decente. Me ha hecho usted perder un poco más de mi confianza en los hombres. Ahora volveremos a la «Quebrada del Buitre» y le entregaré al verdugo.

Estrada se acercó a Pete.

-No entiendo nada de lo que ocurre-murmuró.

En el rostro de Teeny se reflejó el más profundo desprecio.

-Pues han ocurrido muchas cosas, asqueroso coyote. Nadie lo sabe mejor que tú. Pero aún ocurrirán muchas más. Tu cuello va a alargarse bastante cuando te colguemos de una buena corbata de cáñamo.

A pesar de su debilidad, Estrada se volvió, indignado, hacia el enorme comisario.

-Me extrañan mucho sus palabras, señor Butler. Le conozco poco; sin embargo, hace tiempo le tuve por un caballero. En cambio, ahora, emplea usted el lenguaje de un hombre de la más baja estofa. Además, creo que me han pegado un tiro.

-Sí -intervino Pete Rice-, y he sido yo quien lo ha hecho.

Estrada lanzó una exclamación de asombro. Si era fingido, pensó el sheriff, sería necesario reconocer que el mejicano era un actor consumado.

De no saber lo que sabía, le habría engañado. Y eso que él no era hombre fácil de engañar. Así, replicó, amenazador:

-Todos sus buenos modales y espavientos no le salvarán de la horca. Siéntese en el suelo y cierre la boca.

-¡Por favor, amigo mío! -exclamó-. No diga usted esas cosas. No quiera hacerme creer que usted ha disparado sobre mí. ¿Qué he hecho yo? Todo esto es muy extraño. Estoy como si despertara de una terrible pesadilla. He tenido unas visiones fantásticas. Me he visto viajando durante muchos días, disparando sobre hombres y bestias. ¿Es que estoy soñando aún?

-Pues en un sueño más se creerá usted cuando volvamos a la <Quebrada del Buitre> y se vea colgado del extremo de una cuerda, balanceándose al impulso del aire, después de haber sido juzgado por el asesinato de John Carver-gruñó Teeny Butler.

Estrada se echó a reír.

-¡Ahora lo comprendo todo! -exclamó. Y volviéndose a Pete Rice le dijo-: -Está loco, ¿verdad? ¿O es que se trata de una broma? Pero las bromas llevadas a este extremo resultan crueles.Además, no me gusta que el nombre de mi pobre amigo John Carver se mezcle en bromas.

Pistol Pete Rice estaba desconcertado. En uno de los bolsillos del pantalón encontró una pastilla de chicle y, mientras la masticaba, una honda preocupación se reflejó en sus ojos. Al recordar el extraño comportamiento del mejicano cuando los bandidos rechazaron el ataque de los jaguares, Estrada se portó en aquellos momentos como un hombre en estado hipnótico; pero a Pete, obsesionado por la idea de que era un asesino, no se le ocurrió pensar que el individuo que se portaba de aquel modo era un hombre rico, elegante, incapaz de permanecer sin afeitar más de dos días. Cortando el hilo de sus pensamientos, acercóse al mejicano y le miró a los ojos, los cuales tenían una extraña y apagada expresión.

-Acérquese-ordenó.

El rico hacendado apresuróse a obedecer. Pete observó atentamente los ojos del mejicano. Luego le hizo acercarse más a la luz y volvió a mirarlos.

-Inclínese más, hasta que las llamas le cieguen-le pidió.

El mejicano obedeció, extrañado.

-La luz me hace mucho daño en los ojos-dijo.

-¡Hum! -gruñó el sheriff-. ¡Ya sé qué es eso! Sólo tiene dos explicaciones ese dolor. O que está loco de remate, o que le ha sido administrada alguna droga heroica.

-¿Alguna droga? -murmuró, extrañado, el señor Estrada. Su mirada se posó en el repugnante ídolo azteca y exclamó-: ¡No, no me han administrado ninguna droga! ¡Estoy completamente loco! Sigo viendo visiones horribles. ¡No estoy en mi hacienda! ¡No estoy en la «Quebrada del Buitre»!

Se interrumpió un momento, y luego continuó-: ¡Oh, Dios mío! ¡Recuerdo algo! ¡Sí, sí, recuerdo algo! Creo que podré explicarlo todo.

-Creo que sería mejor hacer callar a ese hombre, impidiéndole que nos suelte una sarta de mentiras -intervino Teeny-. Sabemos...

-Espera -le interrumpió Pete-, déjale explicarse-. Y volviéndose hacia Estrada le dijo suavemente-: Explíquese, señor. Ya sabe usted que somos amigos suyos. Hemos creído que era usted un canalla, pero no deseamos más que nos demuestre que no lo es. Empiece.

El mejicano se dejó caer al suelo. Tenía la mirada perdida, pero, poco a poco, unas veces en español y otras en inglés, explicó que la noche en que fue volada la casa de Durkey había sido atacado en su hacienda por Regan, Durkey y dos bandidos más.

-Estaba escribiendo en mi biblioteca -dijo-. Me hallaba dibujando, de memoria, algunos de los jeroglíficos que vi en el pergamino azteca y, con la ayuda de algunos libros, trataba de traducirlos.

Pete miró significativamente a Teeny, pues éste fue quien encontró la nota aquella en la biblioteca de Estrada.

-Mi fiel criado fue apuñalado -continuó el mejicano-. Lo último que recuerdo es que le vi caer en el patio. Estoy seguro de que descubriremos que fue asesinado. Poco después recibí un golpe en la cabeza y ya no recuerdo nada más.

A continuación Estrada explicó cómo, al recobrar el sentido, encontróse encerrado en una choza de la montaña. Le dolía la cabeza y sentía un malestar general. Oyó hablar a varios hombres, Clay Kildare, los dos gangsters y un par de mestizos. Como lanzó un gemido, Kildare le dijo, medio riendo, que pronto le calmaría los dolores.

-A1 principio -explicó Estrada- supuse que quería decir que iba a matarme. Pero Kildare se dirigió a un estante y, cogiendo una jeringa de inyecciones, volvió junto a mí. Unos segundos después se habían terminado los dolores. Recuerdo que me volvieron a pinchar muchas veces más y también que seguí un camino de la montaña. Todos estos recuerdos son muy vagos. Lo único que se me aparece claro es el hecho de que Kildare me pinchaba con una aguja y en seguida tenía unos sueños terribles. Sueños de destrucción y matanza.

-Quítese la chaquetilla-ordenó Pete.

Ayudado por el sheriff el mejicano se quitó la corta chaquetilla.

En seguida, Pete le subió la manga de la camisa. El brazo aparecía salpicado de pequeños puntitos.

-También me dieron droga para comer -siguió Estrada-.Mire en mi bolsillo -Metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó algo oscuro-. Eran hojas secas, pero ahora no son más que polvo.

Pete se inclinó para oler las pulverizadas hojas.

Una expresión de alegría brilló en sus ojos. Ya podía creer la asombrosa historia del hombre que había sido su amigo.

-¡Otea! -exclamó-. Por lo menos este es el nombre que le dan los indios hopi.

Infinidad de veces había visto cómo se ponían la droga unos a otros. A veces se hacían una herida en el brazo y la droga era administrada por vía sanguínea mediante la frotación de las hojas sobre la herida, lo cual hacía retorcerse de dolor al paciente. Pero en seguida parecía llenarse de energía y cantaba y danzaba durante horas enteras. La mayoría de los hopis empleaban la droga en su anual danza de las serpientes.

Sus hechiceros proclamaban que con ella se inmunizaban contra las picaduras de aquellos animales.

A1 parecer, Estrada se había aficionado a la extraña droga, pues cogió un puñadito del polvo e iba a llevárselo a la boca, cuando Pete se lo impidió, desparramándolo por el suelo.

-¡Nada de eso! -exclamó-. Se ha terminado la droga, Estrada. Todo está ya aclarado y crea que me alegro muchísimo.

Los ojos del sheriff brillaron con extraño fulgor.

-Durante estos últimos días he reflexionado -dijo-. Esos gangsters y sus hombres nunca hubieran podido llegar por sí solos a la Ciudad del Sol. Es...

-En mis momentos de lucidez les he oído hablar mucho –le interrumpió Estrada-. El hombre que, a mi parecer, les ha guiado es...

-Cy Williams-intervino Pete.

Teeny Butler se puso en pie de un salto.

-¿Qué dices, patrón? -exclamó-. ¡No te referirás a Cy Williams, el abogado!

-¡Al mismo! -replicó Pete-. Me extrañó mucho que John Damon Carver pidiera la presencia de varios testigos para cuando se abriera su caja de seguridad, después de su muerte. Eso me indicó que Carver, un hombre inteligente, no tenía confianza en Cy Williams.

»También pensé que, a pesar de que Williams podía abrir la caja de Carver, no se atrevería a hacer nada sin antes quitarle de en medio. Entretanto debió de alquilar a los dos gangsters. Cuando dijo que le habían dejado sin sentido para quitarle el pergamino, estaba tan herido como yo. Decidí entendérmelas con él más tarde, pues de momento era necesario descubrir a Tiburcio.

-Pero, ¿y los otros?-preguntó Teeny, refiriéndose a Kildare y a los rebeldes mejicanos.

-Williams, temiendo llevar él solo el peso de la aventura, pidió ayuda a otros. Kildare debió de ser uno de ellos y le prometería conseguir la ayuda de los insurrectos. Aunque, seguramente, no pensaba entregarles ni un céntimo.

Estrada parecía muy cansado después de su larga explicación y pedía, quejumbrosamente, un poco de droga. En lugar de complacerle, Pete vendóle la herida y lo instaló cerca del fuego.

Después curóse sus heridas lo mejor que pudo y se tendió junto a Teeny, quien roncaba con la misma armonía que en la «Quebrada del Buitre».

Pero Estrada no podía dormir y, durante varias horas, siguió hablando con Pete de las aventuras pasadas.

Pete estaba preocupado por Hicks «Miserias». Varias veces pensó en salir en busca de su comisario, pero se contuvo, reflexionando que, si estaba vivo, el barberillo regresaría a aquel lugar.

Por fin Estrada sumióse en un profundo sueño; Pete no tardó en imitarle, pero su sueño era tan ligero, que el más leve ruido le habría despertado.

Pasaron varias horas. Pete se revolvía inquieto. ¿Qué podía haberle ocurrido a <Miserias>? La única explicación que se daba era que el barberillo-comisario, no teniendo más enemigo con quien luchar que Kildare, hubiese estado registrando la ciudad en busca de su patrón, ignorando que Pete había llegado al campamento guiado por la hoguera encendida por Teeny.

De nuevo venció el sueño a Pistol Pete Rice. Ignoraba el tiempo que llevaba durmiendo cuando, de pronto, se puso en pie de un salto. Su oído, pegado al suelo, había percibido la vibración producida por los pasos de un ser humano.

Llevó la mano a uno de sus Colt empuñándolo, gritó:

-¿Quién anda por ahí?

Una borrosa silueta atravesaba la plaza en dirección al campamento.

-¡Patrón! -era la voz de Hicks «Miserias»-. ¡Estás vivo, patrón! ¡Creí que Kildare te había matado!

Corriendo hacia su jefe le estrechó fuertemente entre sus brazos mientras sus azules ojos brillaban de alegría.

-¿Qué has descubierto?-le preguntó Pete.

-Mientras estaba en lo alto de la muralla, descubrí un resplandor y, dirigiéndome hasta el embalse, en el mismo sitio donde acampamos nosotros, he podido ver un par de hogueras... hogueras de campamento.

-¡Bravo! -exclamó Pete-. Apostaría cualquier cosa a que son Cy Williams y sus hombres. Esa rata inmunda, habiendo un tesoro en la balanza, no se fía de los hombres que alquiló. Además de un canalla, es un avaro.

El sheriff inclinóse sobre el dormido Teeny y le sacudió vigorosamente.

-¡Despierta, Teeny! -gritó-. ¡Despierta, que ya está a punto de bajar el telón!

CAPÍTULO XXIV
BAJA EL TELÓN

Los tres compañeros, después de asegurarse de que Estrada dormía y de que los prisioneros seguían bien atados, abandonaron la Ciudad del Sol, regresando a los riscos donde habían estado a punto de perder la vida.

Amanecía ya cuando el sheriff se asomó al parapeto de la represa. Vio las hogueras del campamento y varias figuras que se movían a su alrededor.

Contó siete hombres junto a los fuegos y algunos más que se movían en la sombra. A pesar de su inferioridad numérica, los tres amigos tenían a su favor la ventaja de la sorpresa.

Entre las cosas de los bandidos encontraron cuerdas y, uniéndolas, descendieron al precipicio por un lugar donde no podían verles los bandidos.

Cuando llegaron abajo, el sol salía por detrás de las montañas.

Pete y sus comisarios se acercaron hasta un tiro de revólver del campamento, ocultándose detrás de una enorme roca. Varios hombres estaban durmiendo. Dos, sin embargo, conversaban animadamente. Uno era pequeño y vivaz; el otro, alto y fornido. Pete Rice reconoció inmediatamente a Clay Kildare. Y también reconoció al primero: ¡Era Cy Williams!

-Voy a tratar de apoderarme de esos dos hombres sin necesidad de sacar el revólver -anunció Pete a sus comisarios-. Me gustaría llevármelos vivos... Sobre todo a Cy Williams. Me adelantaré yo solo. Si fuéramos los tres nos verían en seguida.

Pete abandonó su refugio y avanzó de roca en roca hasta llegar a una distancia desde la cual podía oír cuanto se decía en el campamento.

-Ya no podemos confiar en Garza -explicaba Williams-. El pobre ha emprendido un viaje muy largo.

Kildare se echó a reír, indiferente por completo a la suerte que pudiera haber corrido el jefe insurrecto.

-¿Lo han cogido los federales?-fue cuanto preguntó.

-Sí, y no tardarán mucho en ponerle delante de un muro y convertirlo en una verdadera criba. Parece que tú y yo nos repartiremos solos el beneficio.

Pete sintió una gran alegría al enterarse de la desaparición del revolucionario, pero, inmediatamente, la asaltó un pesar; el general Alvarez también habría sido detenido y, en tal caso, habría corrido la misma suerte que su jefe.

El sherif f había llegado lo bastante cerca para ver hasta las bolsas que se formaban bajo los ojos de Cy Williams.

Tenía su Colt al alcance de la mano, dispuesto a sacarlo de la funda e intimar a todos aquellos bandidos para que se rindiesen. Como de costumbre, Pete Rice procuraba evitar todo derramamiento de sangre.

Pero un ligero ruido que oyó a sus espaldas le obligó a tirarse al suelo. Este rápido movimiento le salvó la vida; pues, en el momento que se apretaba contra la tierra, una bala fue a estrellarse en el lugar que, una décima de segundo antes, ocupara.

Un mejicano habíase acercado a él por la espalda, protegido por la escasa luz reinante.

La proyectada sorpresa había fallado. En el campamento de los bandidos reinaba una indescriptible confusión.

Pete disparó sobre el mejicano que acababa de sorprenderle; el hombre soltó su revólver y, con la mano izquierda, se apretó la herida recibida en el brazo derecho.

Los mestizos lanzaban maldiciones en español. Dos de ellos corrieron hacia Pete Rice, pero éste les detuvo con dos certeros disparos, que les obligaron a soltar las armas.

El sheriff refugióse detrás de una roca. Las balas lanzaban en todas direcciones menudos fragmentos de piedra, muchos de los cuales fueron a clavársele en el rostro. Otro mestizo situóse detrás de Pete; un segundo después, una bala pasaba a pocos centímetros del sheriff . En el momento en que Pete se volvía, el bandido, herido por un disparo de Teeny, cayó al suelo y un 45 fue a parar a un par de metros de Pete.

Este, corriendo un gran peligro, abandonó su refugio para apoderarse del arma, regresando inmediatamente a él.

La lucha prometía ser muy encarnizada, y el sheriff pensó que podría necesitar un arma de repuesto.

Unos pasos precipitados a su espalda le indicaron que sus comisarios acudían en su ayuda.

¡Crac-c-c! Un fusil Remington, de gran calibre, dejó oír su voz en el campamento de los bandidos. Teeny Butler, que corría detrás de «Miserias», cayó al suelo y, dando varias vueltas, fue a refugiarse detrás de una piedra.

-¡Estoy perfectamente! -chilló-. ¡Me han fallado!

Pero Pete pudo ver que el fornido comisario trasladaba su revólver a la mano izquierda. La bala del Remington le había «fallado» en el brazo derecho.

¡Pam! ¡Pam! ¡Ziss!

Las balas silbaban alrededor del sheriff . El y sus comisarios replicaban terriblemente a los disparos de los bandidos.

¡Crac-c! ¡Ziss!

El Remington disparaba desde otro punto. Indudablemente, su poseedor iba dando la vuelta y pronto llegaría a un sitio desde el cual la roca no ofrecería ninguna protección al sheriff.

Era, pues, de gran urgencia hacer callar a aquel tirador.

Pete aguardó a que aquel bandido disparase de nuevo. Entonces abandonando su refugio, precipitóse en dirección al tirador. Cuando estaba a mitad de camino, el rifle entró de nuevo en acción y la bala arrancó un trozo de la camisa del sheriff, quien siguió corriendo hacia el bandido, refugiándose detrás de las rocas que ofrecían suficiente protección. Antes de que pudiera llegar junto al tirador sonó otro disparo; un segundo después Pete caía sobre el hombre, tratando de apoderarse del rifle, pero no lo consiguió, recibiendo un fuerte culatazo en un hombro.

Antes de que el mestizo pudiera levantar de nuevo el arma, Pete le apretó fuertemente, dispuesto a no soltarla.

Si no conseguía vencer a aquel hombre, la mayor eficacia del rifle terminaría aquella lucha de un modo poco agradable para él.

Pero el mestizo era muy corpulento y el sheriff comprendió en seguida que no lograría vencerle por la fuerza.

Una bala silbó junto a Pete Rice. Otro bandido acudía en socorro del tirador.

La situación se hacía desesperada. A pesar de su repugnancia en matar, el sheriff comprendió que no le quedaba más remedio y, dando un salto hacia atrás, empuñó el revólver y metió una bala entre ceja y ceja al bandido del rifle. El hombre cayó como un fardo.

Pete arrancóle el rifle de las manos y volviéndose hacia el bandido que disparaba sobre él, le apuntó con el Remington y apretó el gatillo.

El mestizo soltó su revólver. La bala le acababa de atravesar el hombro derecho. Aterrorizado por la terrible puntería del sheriff, el hombre dio media vuelta y corrió a refugiarse detrás de una roca.

Pete hubiera podido matarle, pero no era su costumbre disparar por la espalda.

Los bandidos aún seguían disparando, pero se les notaba cierto decaimiento.

La terrible eficacia de los disparos de los tres compañeros les indicaban las pocas esperanzas que podían abrigar de salir con vida de aquel paso.

«Miserias, que nunca se sentía más contento que cuando estaba metido en una buena lucha, lanzaba alaridos de alegría.

Un mestizo le apuntó cuidadosamente con su revólver y la bala trazó un rojo surco en el cuello del barberillo comisario.

Pero el bandido no tuvo ocasión de volver a hacer alarde de su puntería, pues, un segundo después, su cuerpo había aumentado de peso a causa de una onza de plomo que fue a alojarse en su corazón.

De pronto, Pete vio a Kildare. El soldado de fortuna, comprendiendo que la lucha estaba perdida, se batía en retirada.

Pete, rápidamente, al mismo tiempo que gritaba a sus comisarios que no matasen al aventurero ni a Williams pues quería llevarlos vivos a la «Quebrada del Buitre», llenó los cilindros de sus revólveres y corrió tras Kildare.

Cy Wílliams trató de detenerlo a tiros. Pero sus disparos fueron contestados con uno solo que le arrancó el arma de las manos, haciéndole lanzar un grito de dolor.

El sheriff continuó la persecución de Kildare. Confiaba que sus hombres se harían cargo de Williams y del resto de los pistoleros.

Poco a poco fue ganando terreno sobre el fornido aventurero, que huía con un 45 en cada mano. Pete le disparó una bala, que pasó rozándole una oreja y otra que le segó algunos cabellos.

Kildare se detuvo y, soltando sus revólveres, levantó las manos al cielo.

-No soy ningún loco -dijo, mientras una sonrisa le curvaba los labios-. Me entrego.

¡Pam! Un disparo sonó en el campamento de los bandidos.

Pete vio que Kildare miraba hacia el lugar donde había sonado el tiro.

-¡Eh! -exclamó el aventurero-. ¡Su comisario Hicks ha muerto!

Instintivamente Pete volvióse. Al momento comprendió que se trataba de una añagaza de Kildare.

Pero el breve instante que permaneció vuelto de espaldas al aventurero, fue suficiente para que éste echase mano al revólver que llevaba en una funda, bajo la axila.

¡Pam! ¡Pam!

Los dos disparos sonaron casi al unísono. Pete había disparado una décima de segundo antes que Kíldare y su bala atravesó el corazón del aventurero, quien se dobló lentamente y cayó al suelo con una expresión de profundo asombro reflejada en los ojos.

«Miserias» acudió a toda prisa. Llevaba el rostro manchado por la sangre que le brotaba por una herida que tenía en la frente.

-¡Has terminado con él, patrón!-gritó.

-No he tenido otro remedio. Era necesario escoger entre él o yo y he preferido que marchase delante.

-Has hecho bien, patrón. ¡Y vaya tiro! Le has atravesado limpiamente el corazón. Teeny y yo hemos atado a los mestizos. Esta guerra ha terminado ya.

En efecto, la lucha había terminado. Pete Rice y sus comisarios acababan de destruir una de las más peligrosas bandas de criminales que recordaba la historia del país...

Una banda de asesinos mandada por un jefe más peligroso que los otros, porque era, también, más inteligente y educado.

En la Ciudad del Sol había un tesoro que podía proporcionar la riqueza a cada uno de los compañeros. Una riqueza con la que jamás podían haber soñado, y por la que tampoco se preocuparon.

El descubrimiento sería comunicado a las autoridades competentes. Pete Rice sólo luchaba por la Ley y se atenía en todo a sus mandatos.

El hallazgo del tesoro era sólo un incidente. El viaje y la aventura fueron motivados porque debían de encontrar al asesino de John Damon Carver.

Y el mejor premio para los tres camaradas era haber conseguido sus propósitos.

Seguido de «Miserias», Pete regresó al campamento de los bandidos. Teeny tenía desarmados a los mestizos y estaba curando a un herido.

Cy Williams, con los pies atados, se hallaba tendido junto al fuego, gimiendo y maldiciendo. El disparo de Pete había destrozado la muñeca derecha del canallesco abogado.

En otras ocasiones, el bondadoso corazón de Pete se había conmovido por los gemidos de un herido; pero, en aquel momento, no podía sentir compasión por Cy Williams.

El fue quien dirigió el asesinato de Carver, un pobre viejo, incapaz de causar ningún daño a nadie.

También era responsable de toda la sangre vertida en aquella cruenta lucha en la Ciudad del Sol. Fue él quien pidió la ayuda de Kildare y quien, por lo tanto, atrajo a los rebeldes.

Estrada también fue víctima de sus maquinaciones y estuvo punto de perder la vida por unos hechos de los que no tenía culpa.

Todo estaba ya aclarado.

Cy Williams sería ahorcado por el asesinato de John Damon Carver y en la «Quebrada del Buitre» se hablaría de ello durante muchos años.

Mas para Pete Rice, aquello era asunto terminado. Su único deseo y alegría era poder regresar junto a su madre.

Luego, tiempo vendría en que él y sus comisarios partirían de nuevo tras la pista de algún infractor de la Ley.

FIN